Hebe Uhart

De la Patagonia a México

Crónicas de viaje

Adriana Hidalgo editora

Escaneado con CamScanner

Uhart, Hebe
De la Patagonia a México: crónicas de viaje / Hebe Uhart. - 1a ed . 1a reimp. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2017
256 p. ; 19 x 13 cm. - (la lengua / crónica)

ISBN 978-987-3793-49-3

1. Crónica de Viajes. I. Título.
CDD 910.4

Escaneado con CamScanner

la lengua / crónica

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Tobías Wainhaus

2ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Hebe Uhart
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2016, 2017
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-3793-49-3
ISBN España: 978-84-15851-66-0

Maqueta original: Eduardo Stupía

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Volviendo a Bariloche

El hotel

Se llamaba Hostería Adquintué, que quiere decir "hasta donde alcanza la vista" en mapuche. Ahora se llama "Tierras gauchas" y ha cambiado de aspecto para peor y de precio, ya que es mucho más caro. La escalera tiene un cartel en la pared que dice "Escalera" por si alguien llega borracho a la noche y la confunde con un elefante. Ya en la habitación, a la que me condujo un muchacho bufando, le pedí que me explicara cómo funcionaba el control remoto de la tele: era un control pretencioso, con brillos dorados; no, aire acondicionado no había y me lo dijo con aire de "si no le gusta lo que hay vaya a otro lado". El bidet era color verde nilo, el inodoro blanco y la repisa del baño estaba en plano inclinado, como las pistas de esquí. ¿Quién habrá concebido esa repisa? Ese hotel me empuja a la calle, además es oscuro como el alma de sus encargados, que parecen serenos mal dormidos.

El centro de Bariloche es internacional y rural al mismo tiempo. Se escucha hablar en todos los idiomas: hebreo, portugués, alemán, se escucha el acento chileno, y en la avenida Mitre, que es la Florida de ellos, hay lujosos negocios y galerías, pero si uno come en un local con

Escaneado con CamScanner

mesas afuera, junto a cada mesa hay un perro esperando pacientemente su ración. Todo en piedra y madera. No sé de dónde vino la piedra, se ve de dónde vino la madera: de los bosques cercanos. Y ese cielo azul intenso y el clima intenso, y los cerros que se ven desde cualquier bocacalle me dan una energía que me hace caminar sin parar; iría en todas direcciones para ver qué hay allá y más lejos, pero en el centro hay mucho para mirar. En el centro cívico están los motoqueros, que vienen de Ushuaia y van a llegar a La Quiaca. En Comodoro Rivadavia el viento les torcía la moto; uno de ellos se saca una foto con una pierna en avanzada: se cree un adelantado. En un puesto de la feria un muchacho brasileño (de Bahía) charla con toda naturalidad con un feriante rubio como si lo conociera desde hace diez años, el brasileño también tiene su puesto. ¿Que cuándo llegó? Hace una semana. Descanso en un banco de la plaza del centro cívico, todo está como lo dejé hace siete u ocho años, los enormes perros, los fotógrafos. Pero la gente se renueva y vienen a sentarse a mi lado varias personas. Primero, Alejandra; intuyo que está esperando que le diga algo y lo hago. Es de Bariloche, vive "en los kilómetros", así dicen. Viene a la plaza a buscar tranquilidad, porque en su barrio hay mucho ruido. Presiento que son ruidos humanos y traduzco mentalmente por quilombo. Ella me dice que no encuentra palabras para describir esos ruidos, aproximo "violencia" con cautela y está contenta de que yo lo diga sin que tenga que hacerse cargo. Sólo dice "gritos sin motivo". No ha lugar para indagar. Se va y al rato se

sientan dos chicas, Janina y Luciana. No es su propósito descansar, es una tregua en su vida aventurera. Janina es guardavidas, de Buenos Aires, pero por tres meses está contratada en Bariloche. En Buenos Aires trabaja de lo que venga: guardia de pileta, en una inmobiliaria, y estudia nutrición. "Me gusta aprender cosas nuevas", dice. Y es como la gente del Renacimiento, que debía saber muchas cosas. Por ejemplo, no era raro que un comerciante supiera latín, montar elegantemente, bailar, y además se interesara por las plantas y por los minerales. Luciana es oriunda de Bariloche y es guardabosque, fue a Córdoba a estudiar Psicología y le iba muy bien, pero en la ciudad no se hallaba porque ella nació en un bosque. Ella es guía de bosque en Cueva de las Manos, donde no hay luz. En el bosque de chica con un amiguito exploraban las plantas y se deslizaban en la nieve. Pero son aves viajeras y levantan vuelo pronto y me quedo pensando en cómo me gustaría haberme criado en un bosque. Soy de consuelo fácil, así que me voy a visitar la catedral. Está junto al lago, hecha en piedra. El lago aminora la severidad de la piedra. Ya adentro, veo un enorme mapa de las corrientes colonizadoras de la Virgen María, que en 1672 fue llevada al lugar, y se la llama Nuestra Señora del Nahuel Huapi. En el mapa están situadas la de Itatí, la de Luján. En el mapa se ve a Bariloche tan cerca de Chile que me dan ganas de pasar al otro lado. Es un mapa con ubicación de vírgenes. En un altar lateral hay una monja diciendo una especie de sermón. Tiene una voz monocorde y un ligero acento

Escaneado con CamScanner

extranjero de origen indescifrable. Dice que, cuando vienen momentos de tristeza, algo se arrumba (¿querrá decir se derrumba?). Y añade: "Hasta al papa le sucede lo mismo" (¿se arrumba?). "Somos hijos de Dios, no adoptados." La catedral es de piedra, los bancos de madera clara y el pesebre tiene un aire barilochense, la cabaña de Jesús es color madera clara también. Jesús está en una cuna cubierta de paja, y cerca, una inscripción con dichos de este papa, habla de los pañales de Jesús. ¿Tendría pañales? Detrás del pesebre, un mural con la vida de la gente en la calle, los perros, los cerros nevados. El confesionario es como una casita con puerta que parece la casa de Heidi, toda hecha de madera clara, a grandes listones. Es como si alguien se confesara en la casita de Heidi, sí, pero en un vitral está empotrado Roca.

Damas barilochenses

Al día siguiente visito a dos escritoras locales que conozco, Luisa Peluffo y Graciela Cros en casa de esta última. Se añade al grupo Maureen, norteamericana, de apellido impronunciable para mí; se casó con un argentino y está perfectamente adaptada. Es traductora. Luisa es más bien prosista y Graciela, poeta. Luisa vino a vivir a Bariloche en los sesenta y Graciela en 1971. Luisa dice: "Cuando yo llegué desde Buenos Aires extrañaba toda la movida de esos años, la vida cultural, éramos pobres, no había calefacción, hacíamos leña, el teléfono funcionaba con operadora". Graciela: "Mi novio era poeta y se anotó para guardabosque, tenía la fantasía del guardabosque escribiendo poemas, pero lo echaron del curso de guardaparque por subversivo, porque protestaba, ya que no les daban ropa de trabajo ni comida, y entonces cazábamos ciervo colorado porque eran plaga. (Al margen, en el Bolsón venden empanadas de carne de ciervo.) Yo vivía en el kilómetro dieciséis y medio y fuimos cuidadores del bosque, seiscientos metros hacia adentro". Luisa dice que la violencia de los setenta la vivió más lejana que si hubiera estado en Buenos Aires. "Yo pensaba absurdamente, si nos vienen a buscar, me escapo por el bosque."

Maureen vino de paseo a Bariloche y se enamoró de la Patagonia, "uno se siente el primero que está en este lugar". Y Luisa: "Yo, cuando vine como turista, pensé: 'a mí me gustaría envejecer en este lugar'."

Cuando llegaron, extrañaban varias cosas: Maureen a sus amigas de Estados Unidos, Luisa y Graciela extrañaban el cine, los diarios a la mañana temprano, ya que en el interior llegan como al mediodía.

Les pregunté osadamente si las peleas entre parejas son similares a las de Buenos Aires y me dijeron que no. Graciela: "Uno de los dos protesta porque tiene que llevar al otro en auto. Y yo me levantaba para descongelar el auto, después tuvimos dos autos pedorros, pero dos".

Maureen: "Yo me compré el auto y tengo independencia".

Luisa: "Las peleas son distintas porque al venir solos, no hay familiares cerca y al principio no hay amigos muy

Escaneado con CamScanner

íntimos a quien contarles, si hay una persona que trabaja en la casa, se convierte en amiga".

Le pregunto a Luisa por palabras o giros locales. Me dice:

–"Maldadosa", una mezcla de mala y mañosa. Otra palabra que se usa mucho es "intrusa" por metida o curiosa, "anda intruseando". Un giro popular: "No, ella no se ríe con nadies". Significa que es una mujer honesta, buena, seria.

Así escriben.

Graciela Cros:

> Soy una dama de bajo perfil. Un patito maicero. Un gavilán ceniciento. Un cauquén real. Un ave patagónica que trina en dialecto. Vivo en mi rama. Salgo poco del nido. Rehúyo las entrevistas y no asisto a vernissages. Entre la loca y la muda estoy yo: la cantora. He dado una vuelta completa alrededor de esta idea a pesar de lo cual aún no encuentro ubicación.

Cantos de la gaviota cocinera. Antología personal, Amargord ediciones, Madrid, 2013.

Luisa Peluffo:

Su primera novela, *Todo eso oyes*, fue Premio Emecé 1989.

> Creo que todos nosotros hemos experimentado siempre una curiosa atracción hacia los monumentos y si bien en este pueblo escasea el agua, en cambio proliferan las estatuas y las placas conmemorativas de sucesos importantes. Las hay en homenaje a la madre, al niño, a un

> fraile lanceado por los indios. (...) Y desde luego en la plaza principal puede verse a un adusto general de bronce, en uniforme de campaña, montado sobre un matungo agobiado después de la célebre gesta del desierto.

* * *

La casa de Graciela queda a cuatro kilómetros del centro de Bariloche, en el barrio Melipal. Desde su cocina se ve el lago. Es un lujo. El barrio es hermoso, todo de casas con jardín; estuvimos dentro y fuera de la casa pero desde adentro se ve el afuera como a mí me gusta. Como allí es de día como hasta las diez de la noche, le pedí a Luisa que me dejara en el centro, para tomar un café en la calle. Yo soy de pueblo, y a las siete dábamos la vuelta al perro por la calle principal, y ahí quiero quedarme y fumar en una mesa de la vereda.

Allí en la calle Mitre es donde desfilan todos. Me llamó la atención una parejita de veintipocos años; se pusieron a tocar música de Bach y Mozart detrás de mí. Hippies no eran, pero chicos comunes tampoco. Él de pantalón negro y camisa blanca, ella, con una sobrefalda violeta oscuro, como un delantal completo. Él peladito, ella con su pelo atado, parecían dos pulcros gorriones. Estaban parados muy derechos pero tocaban no mirando a la gente: tocaban como cumpliendo un deber, como para los maniquíes de la vidriera y pedían contribución con suprema dignidad. Se sentaron a mi mesa. Eran uruguayos, estudiantes de la Escuela de Música de Montevideo; ella,

Escaneado con CamScanner

gran lectora, conocía a Macedonio Fernández, a Felisberto Hernández, a Levrero. Se pagaban el viaje con la música a cuestas y en Montevideo estudiaban una especialización que consiste en armonizar el cuerpo con la mente. Podríamos haber seguido hablando horas.

El mercado de la calle Onelli

Los de Bariloche no compran en la avenida Mitre, donde todo es más caro con precio para turistas, compran en la calle Onelli, que está cuesta arriba, subiendo una larga escalinata. (Antes que se asfaltara la calle paralela, cuando había nieve, se tiraban en trineo.) Desde esa cuesta se ve el mejor paisaje de cerros del lugar. Me cruzo con un viejo poblador y se lo comento, y cómo el lago cambia de color. Él también lo ha mirado y me responde, entusiasta:

–Y cuando tormentea, se pone casi negro el lago.

Acá todo comienza a las diez, el mercado no había abierto todavía. Quise tomar un cafecito, pero no había cafés. Todo es cuestión de buena voluntad: la dueña de un kiosco me puso una mesita afuera y pude fumar, escribir y mirar. La silla se pone cuando el cliente llega. No me quiso cobrar el café y yo le regalé una flor artesanal chiquita que me vendió una artesana del centro de Bariloche. Me dijo que vendía para darle de comer a su hija. Tenía pinta de proceder de un barrio medio alto de Buenos Aires.

La calle está llena de grafitis: "Contra la desinformación, tiza y carbón", firma: Escuela Municipal de Artes, que es la misma que ha pintado murales varios. Hay unos cuantos negocios de ropa tradicional, de paisano, con sombreros, boinas, ponchos. Hay otro atavío como para gaucho rubio, con bombachas pinzadas, camisa a cuadros, faja y sombrerito redondo encasquetado. ¿Y quiénes estaban vendiendo en ese mercado? Cuatro morenos, todos de Senegal. Uno de ellos, Ibrahim, hace un año que está. Le gusta Bariloche, la tranquilidad; Buenos Aires le gusta poquito, porque dice que la gente grita mucho en público. Junto a él estaba Black Fal. Mi racismo inconsciente se puso de manifiesto cuando le pregunté si verdaderamente le habían puesto ese nombre, Black. Me dijo: "¿Acaso en castellano no existe el nombre Blanca?". Y tenía razón. En Senegal estudió Informática, Historia y Geografía. Estuvo un año en Brasil, habla bastante bien castellano y es el maestro de idioma de Modoro Batal, de veintidós años, que llegó hace dos meses, y está esperando marzo para empezar la escuela. Dice que va a aprender rápidamente porque sabe muy bien francés. Como me preguntaron por qué indagaba tanto, yo les mostré uno de mis libros de viajes que llevo encima para responder a esa pregunta. Entonces el muchachito dijo: "¡Yo quiero ese libro!". Y como Black dijo que era su maestro de castellano y las cosas son de los que las quieren, se lo di.

Le pregunté qué le gustaba de Bariloche y dijo: "La calle Mitre y los cerros". Me quise quedar un rato más en ese barrio que tenía un tránsito de gente más comprensible

Escaneado con CamScanner

que en las calles del centro: en Onelli no se ven turistas, se ve gente del lugar que va a trabajar al centro, caminan apurados pero van como a algún destino.

La gente de la tierra

Entrevisto a Adrián Moyano, periodista y estudioso de la cultura mapuche. Ha publicado *Komütuam. Descolonizar la historia mapuche en la Patagonia*, ediciones Alum Mapu. Su otro libro, *Crónicas de la resistencia mapuche*, lo editó Caleuche, que es también editorial local. Hay varias que se mueven por el circuito patagónico.

Le pregunto:

–¿Cómo se dio la mezcla de mapuches y tehuelches?

–Ambos tenían acuerdos políticos y familiares, en esa formación política convivían lonkos (caciques) de origen mapuche y tehuelche, se hacían acuerdos políticos a partir de matrimonios. Ya los primeros españoles observaron este hecho a partir del siglo XVI, y ahora también se producen.

–¿Se han mezclado los mapuches con otras etnias?

–Claro, en el idioma mapuche "cien" se dice "pataca" y "mil", "huaranca" y eso es quechua. Para distintas ceremonias rituales se tira a la tierra yerba, tabaco y trigo, y no son productos locales, pero no sólo en los rituales, hay bandas de rock mapuche, y de cumbia y de heavy metal.

–¿Qué trabajos desempeñan ahora los descendientes de mapuches?

–Inmediatamente después de la Campaña del Desierto fueron destinados al servicio doméstico, separando dolorosamente a los miembros de su familia. Luego hubo un proceso de proletarización, se los empieza a emplear en las primeras estancias, alrededor de 1920. Más tarde, engrosaron y engrosan las villas aledañas a Buenos Aires, Bariloche y las grandes ciudades. Gran parte de los trabajadores gastronómicos y de la policía de Bariloche es mapuche. Pero también hay comunicadores sociales, antropólogos, historiadores, geólogos, docentes. Desde fines de los noventa hay sitios en Internet con gran cantidad de información, hechos por gente mapuche.

–¿Hay algún tipo de discriminación (blancos, no blancos) entre ellos mismos?

–Bariloche se piensa a sí misma como producto de la migración suizo-alemana, el relato oficial es claramente discriminador. Pero las organizaciones mapuches han logrado visibilidad. Un ejemplo de discriminación: una docente quiso hacer en la escuela la ceremonia del permiso a los seres de la naturaleza y le hicieron un sumario con el pretexto de que la educación rionegrina es laica.

–Yo vi en Santiago de Chile una película que muestra una enorme represión a los líderes mapuches.

–Sí, en Santiago hay muchos líderes encarcelados y hubo muertos también. Incluso durante gobiernos considerados progresistas.

La tesis que sostiene Moyano, bien fundamentada con documentos y transmisión oral, es que el pueblo mapuche

Escaneado con CamScanner

era una unidad en Argentina y Chile. Cuando se quiso "argentinizar" la Patagonia, la división entre mapuches argentinos y chilenos sirvió para definir fronteras entre países, pero posteriormente y hasta hoy se esgrime la frase "los mapuches vinieron de Chile" para no considerar sus derechos de pueblos preexistentes en cuanto a la posesión de tierras. O sea, que esta tesis tiene consecuencias jurídicas. Basta recordar la descripción de Mansilla de la toldería de Mariano Rosas, para ver el flujo constante de chilenos y la convivencia de los mismos. Incluso antropólogos, basándose en variaciones dialectales que se dan a un lado y otro de la cordillera, los han considerado como idiomas distintos, pero hay unidad de lengua.

Así describe Moyano en *Crónicas de la resistencia mapuche* su participación en el ritual del solsticio de invierno, que es la ceremonia de la reinstauración del Año Nuevo:

> Caminar de noche por el bosque nos envolvió en un profundo pero vivaz recogimiento. Apenas si alcanzábamos a percibir la silueta del compañero que iba adelante, a unos pocos pasos de distancia. Tropecé varias veces durante el breve trayecto, con raíces descubiertas y ramas caídas, hasta que llegué al lugar de la aglomeración. Los golpes del kultrum se aceleraron para acompañar los latidos de los pechos. Éramos decenas alrededor del pequeño arroyo. (...) Con ambas manos formé un cuenco ineficaz que derramó su escaso contenido sobre

> mi cabeza. La diferencia de temperatura me inyectó una especie de claridad. (...) El gran bosque era testigo de una comunión esperanzadora, estaban allí los abuelos que habían custodiado durante décadas los jirones de la cultura que habían quedado, los veteranos dirigentes habitualmente enemistados entre sí por diferencias políticas, las familias enfrentadas por tal o cual pedazo de tierra (...) todos juntos para recrear una práctica antiquísima que no pocos antropólogos e historiadores han querido ver extinta. Todos, para vivir su espiritualidad de una forma que no está registrada en la dirección general de cultos aunque quizás –vaya la paradoja– se trate de una de las "religiones" más viejas del actual territorio argentino.

El Bolsón

Siempre que llego a un lugar es a mediodía, hace calor o llueve, y me pesa la valija. Todo esto me pone de mal humor. Cerca del micro que llegó, innumerables mochileros estaban sentados en el suelo esperando quién sabe qué. Y peor, algunos estaban de pie, delgaditos con su pesada mochila a la espalda, como una gran joroba sobre un cuerpo diminuto. Parecían hormigas con gran carga de hojas. Mi mal humor aumenta, porque yo conocía El Bolsón pero no reconozco casi nada. Hay calles asfaltadas por donde pasa una infinidad de autos. ¿Quién me manda estar al rayo del sol con una valija de ruedas,

Escaneado con CamScanner

quién los manda a los mochileros a que se encorven la espalda cargando esas cosas? En fin, atravesé una calle de piedra y estaba el hotel.

El hotel de El Bolsón es limpio, de una limpieza deslumbrante y se llama "Luz de luna". Los pisos brillan, las mesitas de luz del dormitorio tienen manteles blancos, como almidonados; me da miedo ensuciar esa cama (la colcha es blanca), yo que llegué arrastrando la valija de ruedas por la calle de piedras, con los pulóveres atados con furia a la valija, yo que iba como una mercachifle de campo. Sentí ante tanta higiene y orden algo así como un espíritu religioso, algo que no se debe profanar. La dueña me dijo que si fumaba, me fuera a un balconcito que tiene la habitación desde donde se ve un jardín con flores y sillitas blancas. (Ella, previsora puso en el balcón un tacho con arena; yo, por lo general, fumo clandestinamente en los hoteles tirando el pucho a un vaso con agua.) Me dio la impresión de que era pecado hacer eso en ese lugar. A la dueña no le ha de gustar ese juego, ella que ha realizado la epopeya o el sueño de tener una hostería y la quiere a su manera y de ninguna otra forma. Cuando todavía no había subido a la habitación, llamó con dos palmazos a los hombres de la familia, un muchachito que la respetaba como a una diosa y un viejo muy domesticado, que me llevó la valija al primer piso.

Una parte del jardincito tiene una cadena que impide el paso y todo está lleno de carteles "Toque el timbre antes de estacionar", "No toque bocina que hay gente

durmiendo". Cómo me gustaría sacar ese mantelito blanco de la mesa de luz para apoyar algo sin miedo; siento que no debo. Me voy a portar muy bien, no voy a defraudar a la hotelera para que persista en su sueño dorado de la hostería sin huéspedes o en última instancia, con ángeles.

La feria

En la feria de El Bolsón me llevé agradables sorpresas. Estaba sentada tomando café cerca de los puestos cuando veo a los dos chicos uruguayos derechitos como dos estacas, tocando entre las mesas a Bach y a Mozart. Sí, habían bajado al Bolsón siguiendo su destino latinoamericano; no, no querían comer nada que les quisiera invitar porque no querían desperdiciar el arroz que había en la casa que les prestaron, arroz y dignidad. Caminé después un poco por la feria y escucho que alguien me dice "¡madre!". ¿Sería a mí? Sí, era Modoro Batal, de Senegal, el de la feria de la calle Onelli, de Bariloche. Los artesanos de El Bolsón no lo dejaban vender anteojos de sol, porque no son artesanías. Y eso no corresponde. Pero él se encontró un rincón apartado donde hay dos ponis que se andan buscando o besando todo el tiempo y ahí se quedó. Y otra agradable sorpresa, que don Atilio Curiñarco, un cacique citado en su libro por Adrián Moyano, iba a dar una charla en la Librería de las Raíces y del Cielo.

Escaneado con CamScanner

Pero en ese momento no me alcanzaban los ojos para ver a los que pasaban hacia la feria. En la mesa contigua, una gitana de verdad tomaba jugo con su marido y sus dos nenes. Ella llevaba un rosquete con su pañuelo atado y su pollera gitana. Su marido, vaqueros, una remera y reloj pulsera. Se sacaron fotos del acontecimiento. De un auto bajaron dos gitanas vocacionales con pañuelito mínimo en la cabeza, atado atrás, a la vasca, y los nenes con sus mochilas de colores brillantes. (Los nenes de la gitana verdadera también tenían mochilas y zapatos de colores, pero estos eran más opacos.) La ropa de la gitana verdadera parecía percudida por siglos de tradición, la de la gitana vocacional, pese a sus polleras y sobrepolleras, parecía encarnar una moda bolsonera.

Después pasaron dos viejos paisanos amigos, los dos con las piernas combadas de jinete, uno vestido con ropa de criollo antiguo, botas y sombrero, el otro, con la camiseta de la selección argentina de fútbol. El de traje de paisano se metió en un auto donde lo esperaba un perrito blanco, lanudo.

* * *

Acá se puede ver de dónde viene la gente y adónde va, y hay tantas cosas para ver que uno no sabe qué mirar como en Buenos Aires, cuando hay tantas películas y obras de teatro para ver y uno no sabe qué elegir. En otra mesa están las chicas israelíes, llegan unos amigos y les dicen "shalom" con sonidos llenos de "sh". Un rubio

feriante tiene un extraño peinado: una coleta vertical. Como un cucurucho sobre su cabeza.

Y llegó la hora en que los puesteros toman mate y cerveza artesanal. Dos mujeres de unos cuarenta años se encuentran con gran entusiasmo. Una de ellas es canosa (las bolsoneras suelen no teñirse). Su pelo se ha puesto grueso como una cerda con estrías, pero su piel está horadada por el aire, por el sol, o por su deseo de ser parte de la naturaleza. Se viste de negro con una sobrepollera violeta y sus zapatos son opacos y grises como su piel. Sin embargo, hay como una arrogancia en ese disimularse con la madre tierra. La arrogancia que da el tener una fuerte convicción. La otra mujer es menos "terruñera". Las dos son muy simpáticas y me cuentan su vida. La canosa es cordobesa y hace veinticinco años que vive en El Bolsón y es secretaria de una pileta. En Córdoba estudiaba Psicología pero dejó. La otra mujer es española y está casada con un argentino que conoció hace quince años en El Bolsón, vino como turista. Trabaja haciendo parto natural.

Y los anuncios:

Hamburguesa vegetariana (de garbanzo, de quinoa)

Danzas circulares
Canto y danzas sagradas
Con Laura de Rementería, de Santiago de Chile

Doma natural, conectándose con lo mejor del caballo

Escaneado con CamScanner

La charla de don Atilio Curiñarco

Don Atilio da su charla en la Librería del Cielo y de las Raíces. Sillitas blancas en la vereda, fuera de la librería. Música de Violeta Parra. Hablo con don Atilio antes de su exposición y me dice que ha viajado por todo el sur trabajando.

–Trabajando se conoce gente, se descubre y se sufre. Y ahora viajé para difundir el conflicto por Moreno y Avellaneda.

El conflicto es con los Benetton, que han comprado un millón de hectáreas de tierra, con ríos y glaciares incluidos. La comunidad ha recuperado quinientas hectáreas, pero no tienen ningún papel o escritura. "Esas son las leyes de los huincas", me dice, y me pongo a pensar. Las escrituras hablan de tenencia, posesión, usufructo, y en la cosmovisión de los mapuches no entra nada de eso, la tierra no es mía, es de todos y por lo tanto no puedo venderla, enajenarla, porque si yo soy parte de la tierra, me enajenaría yo mismo al vender. Pero, pero, le digo... algún papel para asegurar la... y me sale posesión. Le digo "la permanencia"; rotundamente me dice que no.

Comienza la charla, lo introducen en mapuche y en castellano, y él dice:

–Soy autoridad de la comunidad de Santa Rosa de Leleque, pero básicamente soy un luchador que usa su autonomía. Soy indio, soy parte de la tierra, soy mapuche. Recuperamos quinientas hectáreas. Sabemos que el poder económico para muchos es todo. Eso hemos

aprendido. En la primera fase del conflicto salimos sobreseídos como intrusos, pero dejaron a Benetton. Pasaron tres años de conversación con Benetton, ninguna respuesta, recuperamos las quinientas hectáreas con denuncia penal. Nací en Leleque, donde está el conflicto instalado. ¿Por qué sufríamos la palabra indio cuando nos despreciaban y ahora para ellos, para la ley huinca no existe la palabra indio? Conocí infinidad de patrones y ahí palpé la esclavitud. Trabajé dieciséis horas por un plato de sopa. Y también viví el desprecio total desde chico y de adulto. Íbamos a comprar algo con unas chirolas y nos decían: "¿Qué querés, indio de mierda?"; y de adulto, una vez que íbamos a comer, los compañeros de trabajo, los blancos, me dijeron: "Vos, indio, sentate en otra mesa".

"Yo era muy ignorante por haberme criado en el campo pero decía 'esa gente que discrimina así es ignorante'. Yo no tengo un referente, una escuela que me está enseñando. El referente para mí es la fuerza de la naturaleza, ella ha sido la universidad del indio, acá no se está jugando sólo por el dinero. Yo le he ido a pedir información a los abuelos, yo aprendí observando y participando en ceremonias ancestrales. Cuando decimos "somos parte de la tierra" es una frase que puede decir cualquiera, pero practicarla... Hay gente de la comunidad que dice (en relación con la recuperación de la tierra): "Para mí esto es un sueño, para mí esto es mentira". No es eso, es una lucha. En el artículo setenta y cinco de la Constitución hay reconocimiento de los

Escaneado con CamScanner

pueblos originarios, tuvimos como doscientos abogados pero todos se dieron vuelta. Yo no tengo un ejército para hacerle frente a Benetton, no tengo armas ni las usaría, mi cultura está basada en otras cosas. Nuestros abuelos nunca nos han hablado de la palabra 'Dios' porque eso lo trajeron los blancos, el blanco trajo la cruz. Cuando recuperamos el lugar hicimos la ceremonia de antes y muchos no sabían cómo se hacía. Yo hice la ceremonia porque la mapu me había permitido recuperar el lugar.

"Han llegado a la comunidad antropólogos y gente de mucho estudio, les hemos respondido con toda sinceridad porque obedecemos a la fuerza de la naturaleza. La naturaleza no sólo nos da cosas lindas, nos prueba con frío, con viento, todas esas cosas hacen a la resistencia. Se conseguiría mucho si la comunidad se pusiera las pilas. Yo les digo: 'A ustedes se les mueren los animales por la sequía y cuando compra un extranjero compra tierra con ríos dentro'. Y fuimos a Italia a ver a Luciano Benetton, él no iba a venir a ver a un indito como yo, y quiso poner en el papel la palabra 'donación'. Y ahí no estuvimos de acuerdo porque lo que corresponde es 'restitución'."

Y desde ya que don Atilio tiene toda la razón del mundo pero me parece que estarían más seguros poniendo una cláusula de permanencia. El librero me invitó para una charla a la noche siguiente.

El cuidado de sí

Al día siguiente las mismas sillitas en la vereda, pero otro público: muchas mujeres jóvenes, algunas embarazadas. La charla sería dada por Adriana M., médica que propaga las virtudes del parto natural. Ella es como un hada distraída, que habla en tono demasiado bajo para no asustar a algún elfo del bosque o de alguna parte. Lleva su pelo blanco, ondulado, largo, con elegancia, un pelo que hará cincuenta años no pisa una peluquería porque todo debe ser natural. El marido sirve vino orgánico con unas tabletas que parecían muy naturales también, algo corrugadas. Como no correspondía a la naturaleza de mis hábitos galletiteros, me abstuve. El marido es sanguíneo, tira a chistoso y sospecho que debe ser censurado por sus licencias verbales en privado. Me gustaría ver cómo es una pelea "natural" entre esos dos, porque se habló tanto de parto natural... Ella dijo: "Yo di un curso sobre cómo se gesta la vida, el mundo prenatal y la crianza. Los que no fueron, se lo perdieron. (...) Sacamos la serie 'Sabiduría' y ahora viene la serie ecológica. (...) Estamos por editar un libro sobre plantas silvestres comestibles".

Editaron muchos cuadernos o fanzines artesanales, qué duda cabe, y la expositora, con coquetería de dama adinerada dice: "Yo personalmente tengo un quilombo con la guita (guita en sus labios no suena fuerte, suena como a guinda). Yo no controlé y terminó siendo una tarea colectiva donde nadie ganó un mango".

Escaneado con CamScanner

Cuando la presentó, Rubén habló de la formación de una editorial alternativa y dijo: "No queremos vivir de la editorial". Y yo me pregunto, si los libros o folletos se hacen y difunden casi sin ganancia, ¿de qué viven?

Adriana distingue la "ciudadanía" de la "cuidadanía"; la primera sería incompleta, sólo la cuidadanía es válida porque cuida la vida en todas sus formas. Después contó que su karma era ir con cajas en los distintos micros difundiendo ese saber de la cuidadanía. Como era tarde y me perdí en la charla, me tomé un remise que me llevó a mi hotel "Luz de luna". Me olvidé por completo de esa charla pero se ve que los saberes se trabajan en el inconsciente. Al día siguiente compré un libro en la feria con orientación ecológica, apocalíptica y moralizadora. Era un folleto, muy barato, que como los de parto natural, se debía difundir para esclarecer a la población. En la primera hoja el que compaginó los artículos del folleto dedica el mismo a "Edgardo Suárez y su milagrosa imprenta artesanal". Nunca pensé una imprenta en términos de milagro pero bueno, leo en el folleto o como se llame cosas asombrosas y me interrogo, ¿debería preocuparme la desaparición del oso ibérico y del atún rojo? No tenía conocimiento de su existencia. ¿Y cómo puede ser que haya llegado a convivir con tanta ignorancia? Leo en otro artículo: "Algunas especies de hormigas cultivan los hongos que les sirven de alimento pero sin desequilibrar la biodiversidad". El ser agricultor humano ha sido el primero en desequilibrar la biodiversidad. ¿Haré bien yo en sacar los yuyos de las macetas? Y en otro orden de cosas, todos los mochileros

que iban a Esquel tuvieron que cambiar de rumbo –hay una caña de colihue que brota cada veinte años y atrae a las ratas, que se juntan en plaga y comen todo lo que está a su paso–. ¿No querrían los comerciantes de Esquel destruir algunas de esas cañas para recibir a algunos mochileros...? Pero estos son tan gasoleros que...

¿Usted sabe que hay una enfermedad que se llama "solastalgia"? Se define como "la sensación de dislocación y pérdida que percibe la persona cuando siente cambios dañinos en su ambiente local". Y en otra parte del artículo se lee: "Luto global: la próxima víctima del cambio climático será nuestra mente".

Yo estoy por salir al balconcito de mi habitación a fumar un cigarrillo y de paso otear el aire para ver si hay señales de alarma, de caos o desorganización: no, en el jardín, unos chicos toman prudentemente una cerveza y en una mesita lejana, una pareja mayor toma mate. Tan ajenos a la que se viene, qué barbaridad.

Gente de antes y de ahora

El pueblo, ¿ciudad?, de El Bolsón es radial. Se extiende hacia la plaza desde los cuatro puntos cardinales. En la plaza está la feria pero también en una gran fuente interna navegan barquitos. Junto a la fuente o lago un grupo reclama justicia por ser víctima de la violencia policial; en los bares la gente descansa. La dueña de un bar está en guerra con los feriantes, le tiran basura junto

Escaneado con CamScanner

a la ventana y le van a fumar marihuana. Ella los corrió con un fierro y en venganza los feriantes le descolocan la base de los bancos. Cerca de la feria están los bancos, el supermercado "La Anónima", locutorios, restaurantes y cafés de todo tipo de precio, y una enorme cantidad de autos que van por la ruta a Bariloche, a Esquel, a lago Puelo... Y pasan los mochileros.

* * *

En su libro *El Bolsón, testimonios*, Juan Matamala registra historias de vida de los pioneros, cuando no había autos, ni hippies, ni turistas. Todos estos testimonios son de la década de 1920. Por ejemplo, Burgos, chileno, cuenta:

> Había mucha libertad en esos tiempos y todos andaban armados con revólver y cuchillo en la cintura. Sólo había carros tirados por bueyes, y llevábamos harina de los molinos a Bariloche, Esquel y Jacobacci. A Bariloche tardábamos cinco días.

Un personaje mítico de El Bolsón es el doctor Venzano, que pasaba más tiempo en los cerros que en el valle. Estudió por su cuenta Botánica, Meteorología y Ciencias Naturales. Y no se sabe cómo apareció en la Patagonia un norteamericano, Martín Sheffield, gran tirador y buscador de oro. Según testimonio de su hija, vino como sheriff para perseguir a unos bandoleros.

Había albaneses, polacos, italianos y criollos. También libaneses y centroeuropeos.

Un rumano, doctor en Economía en su tierra, se quedó en El Bolsón porque se parecía a Transilvania. Fabricaba dulces, iba en camioneta a Esquel y cuando llegaba, anunciaba su mercadería en voz alta.

Eran cultivadores, domadores fabricantes, sieteoficios. Ahora también lo son, pero cursos mediante: hay cursos de fabricación de dulce de rosa mosqueta, de doma natural, conectándose con lo mejor del animal, y se hace licor de semillas de hinojo. Y tal vez sea ese el encanto de El Bolsón, el seguimiento de una tradición, la de los pioneros sieteoficios y a la vez experimentar, como si con uno todo empezara de nuevo.

Los feriantes de ahora

Ángel se vino de Buenos Aires hace veintidós años, la edad actual de su hijo. Hacía pop rock, pero lo desgastó la vida nocturna y buscó El Bolsón como un buen lugar para criar a un chico. El chico se casó a los dieciséis y tuvo mellizas. Pero ahora "se maneja mejor que yo, se autoabastece perfectamente y como se crio en el bosque, cuando tiene vacilaciones o dudas no se persigue: se va al bosque, y busca respuesta en las plantas y en los animales".

En la feria hay muchos libros de ediciones patagónicas, para grandes y para chicos, con temas locales y leyendas de la zona. Cerca del puesto de Ángel, un señor

Escaneado con CamScanner

gordo de cara de un rojo arrebatado, vende un libro de su autoría. Él lo hace y lo vende, no hay duda de que le gustaría imprimirlo y, si fuera posible, seguiría al lector a su casa para contarle algo más del asunto que le quedó en el tintero. Su novela se llama *El puma* ("no crea que se trata del animal", dice). En la tapa hay un obvio bicho gigante. Me dice: "El tema tiene mucho romanticismo, hasta un asesinato, pero todo termina bien". Cuando quiero preguntarle algo a la señora, se anticipa rotundo:

–Ella no escribe.

Y ahí empieza una pequeña discusión. Él en su vida anterior era veterinario.

Otro feriante, Jorge, era profesor de Literatura en Osornio y vino a El Bolsón a vender. Dice:

–Acá me llamó la atención la integración del paisano con el hippie. Vienen de culturas distintas, pero se rozan.

Y tiene razón el chileno, las dos culturas se apoyan en lo natural y también sus miembros son maleables en cuanto a oficios. En la feria se vende verdura orgánica, mostaza artesanal, instrumentos musicales, sombreros con diseño de ramas, zapatos como para duendes, carteras, remeras.

Hay una cantidad increíble de gente nómade, un muchacho francés va por el mundo con un perro que compró en Cuzco y lo trajo hasta aquí. Del perro dice: "Es mi hermano". Verónica, cordobesa, me dice que sí, que ella es nómade. Cuenta: "A los veintisiete años empecé a nomadear y no paré. Estuve en Colombia, Perú, Bolivia, siempre trabajando. En Bolivia ayudé en la recolección de la cebolla".

Pero no todos son nómades o aves de paso, algunos han ido a quedarse. Por ejemplo, Bettina Labrune que es profesora de Educación Artística. Originaria de Buenos Aires, vivió en Cipolletti de chica y allí entonces recorrió los barrios con unos viejitos rusos que hacían títeres. Bettina tiene unos ojos muy particulares, de un celeste como de globo terráqueo y una de sus hijas se llama Alelí. Vino de mochilera a El Bolsón y en un campamento de educación por el arte conoció a su marido Egger. Era titiritero. Con los títeres fueron a Brasil, Colombia y Perú. Fundaron en El Bolsón el Centro Cultural Eduardo Galeano, más conocido como "La Carpa", que alberga a todos los artistas populares que pasan por el lugar; la entrada es a la gorra. Le pregunto por la coincidencia entre mapuches y emprendedores. Dice:

–En la escuela de arte becamos a chicos mapuches. Estamos unidos en ciertos reclamos y ceremonias. Nos reunimos todos cerca del solsticio de invierno y se le pide a la tierra por la salud, por los amigos y familiares. Se baila y se canta: "Diez veces estamos vivos, diez veces venceremos".

La Casa de El Pitío

Me invitan a ver teatro en una casa del barrio de El Pitío, que es cuesta arriba y cubierto de vegetación. Allí hay casas de té y casas escondidas por enormes árboles. El dueño de casa es luthier, músico, actor, jardinero de

Escaneado con CamScanner

su propio gran parque y fabricante de licores artesanales. En la casa hay un estanque con lotos, gallinas pigmeas, y en el mismo predio, cerca de la casa, un taller para fabricar los instrumentos musicales. Se representaba una farsa medieval en la que el burro era rey; el asiento tenía un almohadón de pasto, la escenografía era excelente, la ejecución musical con instrumentos musicales, también, y la actuación muy buena. Los asistentes estábamos sentados en sillitas blancas de jardín, unos cuarenta. Representar una obra de teatro en una casa no es igual que en el teatro, los actores no salen por el foro, salen al jardín (los lotos, las gallinas, los árboles). Y en el lugar de la representación, estaba el gato de la casa que, en un momento de la obra en que su dueño se quiebra y se inclina claudicando, el gato se acercó alarmado a ver qué le pasaba a su dueño. Al día siguiente, el dueño de casa hizo un asado y me invitó. Le pregunté por modismos de El Bolsón. Me dijo que uno es "hipuche". Un paraguayo que vino a componer el tanque de agua le dijo cómo quería el arreglo, si huinca o hipuche (eran dos precios). Y en relación a El Bolsón dijo: "Este pueblo es bastante contestatario. El Bolsón es incómodo para la provincia porque todos somos hipuches". Le pedí que escribiera su llegada a El Bolsón y aquí va:

> Llegué en el año 74 con una mochila, una bolsa de dormir y otra de arroz integral, más algunas latas y sobres de comida envasada, para alquilar una habitación a don Teo, un viejo suizo muy apaisanado luego de treinta

años en la zona... Era abril, empezaban las primeras heladas y don Teo que hacía una vida más que austera y que trataba de trabajar lo menos posible, me ofreció cosechar los nogales, membrillos y manzanos (mitad para él, mitad para mí), y toda la mosqueta que quisiera, una plaga en otoño. Así que en mi piecita tenía el suelo cubierto por estos manjares perfumados para la vista y para el paladar. El viejo me enseñó a hacer la huerta y para eso me dio su pala "hechiza". Con veintitrés años y la vida por delante pensé que la pala tendría alguna suerte de encantamiento, pero no. Aquí le dicen "hechiza" a cualquier herramienta de fabricación casera, lo cual no deja de tener su encanto. Lo que tenía para ganarme la vida era una artesanía, me había traído de Buenos Aires el batik como oficio... dejaba secar las telas en el alambre que iba del cerezo al nogal. Todos los días veía pasar a una viuda gorda, mofletuda y polaca con su pañuelo negro atado en la cabeza camino del cementerio que estaba cruzando el río. Un día se detiene, viene y me habla atraída por el aspecto de vitraux que tiene el batik. "¿Usted puede hacer trabajo para mausoleo de marido?" Y ese fue mi primer trabajo, una madona sentada con el niño que tomé de un grabado bizantino, lo puse entre dos vidrios y lo instalé en el ventanuco del mausoleo donde aún está después de cuarenta años, bastante desteñido pero reconocible. Para mayo ya tenía además del calor de la vela, un calentador Bram metal a kerosén y para junio una cocina a leña usada que humeaba por todos los rincones.

Escaneado con CamScanner

Me volví en micro porque el avión era muy caro, mucho más que el de la ida. Tuve dos compañeras de viaje que me contaron su vida, pero les presté una atención dispersa porque no es lo mismo escuchar las vidas en viaje que en tierra firme. En viaje los relatos me resultan más extravagantes y además ya tenía innumerables historias de vida. Nos dieron para comer "la cajita infeliz", como la llamó un cordobés a la que nos dieron en el aeropuerto de Córdoba mientras aguantábamos una demora, y pasaron en el micro más de seis películas, tres fueron de tiros y ruidos escandalosos. Una vez me dijeron que las con ruido las pasan para que los choferes no se duerman. Un reloj de números rojos marcaba la hora por minutos y segundos. Yo lo consultaba cada media hora como si fuera un oráculo. Paramos en Bariloche, que es como decir "aquicito nomás" en un viaje de veinticuatro horas. Después, en la impoluta terminal de Neuquén, que parece un aeropuerto. Allí subió un moreno de Senegal; hablamos un poco en francés y me dijo que en Neuquén hay once personas de Senegal. Después me desentendí del reloj, del censo de senegaleses y de lo que dejé atrás. Llegamos.

Azul

Llegamos a Azul unos quince escritores de todas las edades para desarrollar miles de actividades, dar charlas, recibirlas, dar entrevistas, leer textos, realizar visitas y recorridos; esos son deberes que nos impone el Filba, porque el último día hay que leer lo que se produjo. Estamos en Azul al que los indios llamaron Gualicho. Se cree que ese nombre se debe a las extrañas figuras que se ven en los cerros. Estamos parando en el Gran Hotel Azul que es de 1945 pero parece más antiguo, como si recordara alguna gloria pasada. Sus pasillos son austeros, sin ningún cuadrito o nota de color. Los ventanales de los pasillos que dan a la calle son amplios, se ve la ciudad por ellos. Me hacen acordar de que Azul, o el Azul como se decía antes, era un fortín y el ochenta por ciento del fortín era el mirador.

Cada escritor tiene actividades asignadas, por ejemplo, yo debo visitar a Marta Catriel y otra escritora visita a la rama de los Catriel que están peleados con Marta. Otros dos escribas recorren la ciudad en bicicleta, y yo ahora voy a dar una vuelta por mi cuenta para ver cómo es esta ciudad, a la que conozco, pero quiero aclarar algunas cosas. Por ejemplo, visito la Casa Ronco y la biblioteca

Escaneado con CamScanner

ídem, q
biblioteca hay trescientas
plares del *Martín Fierro* en distintos idiomas. Es una
ciudad cervantina y martinfierrista. Ronco era carpintero
en sus ratos libres y en su casa museo está su foto con
mameluco de trabajador. En la biblioteca una señora tra-
baja gratis por amor a la cultura y me parece que también
lo hacen las personas a cargo de la hemeroteca. Allí me
explican con orgullo que la han visitado Mallea, Guillén,
Gerchunoff y Borges. El baño de esa casa es tan grande
que debió ser imposible calentarlo; yo tengo la impresión
de que la gente antes se moría de frío en esas casas y a
ese enorme patio deben haber salido con prudencia. Un
cartel dice: "La casa alberga un valioso material librario".
Y en la calle Bolívar, donde hay casas de las que dicen
"de estilo vasco francés", una inscripción: "Ciudad cer-
vantina. Argentina, Castilla, La Mancha". La pared está
hecha con baldositas picadas donde predomina el azul.
Y cerca de la anterior inscripción: "Cantoncillo Santa
Margarita". Con una imagen de la Santa, en homenaje a
la hija de Ronco que se murió siendo chica. La mayoría
de los habitantes de la ciudad sabe quién fue la hija de
Ronco, como si se hubiera muerto ayer.

Son lindas las casas de estilo vasco francés (que no sé
cuál será). Los vascos progresaron, antes eran pulperos
y se ve que inventaron un estilo. La plaza San Martín
que nació como plaza de carretas ahora tiene al prócer
a caballo. No está mal la estatua, sólo la cola del caballo
está mal hecha, parece ancha como la de zorrino.

Azul creció tanto desde su
Zeballos se admira al verla tan pujante y moderna. Cre-
ció porque era centro de abastecimiento de la frontera
sur, hasta allí llegaban las embajadas indígenas, las de
Salinas Grandes y las que venían de Chile. En la catedral,
una leyenda: "Surgiste en este suelo conquistando al
desierto y al indio con bravura. Pedro Burgos fue el jefe
de la aventura y el mártir Serapio el invocado", María
Alex Urrutia, Azul, fundada en 1832. Y esta inscripción
no integra a los Catriel que viven del otro lado del río
y uno de sus barrios se llama Villa Fidelidad, nombre
que le queda de cuando lograron tierras por los servicios
prestados al ejército.

Azul tiene un hermoso teatro restaurado, del que
están orgullosos, y todo se ve en la ciudad muy ordena-
do y pulcro, incluso una casa de remates donde suelen
guardar objetos amontonados y abandonados; en esa
casa estaban cuidadosamente colocados y limpios, como
si correspondiera a un orden natural la convivencia de
una plancha con una computadora. Pero Azul tuvo
rarezas en su historia, como por ejemplo una logia
masónica importante que hacía beneficencia y contri-
buyó con dinero a la creación del primer hospital. Leo
en el libro de Sarramone *Historia del antiguo pago del
Azul*, donde se cuenta cómo creció el pueblo desde la
prehistoria hasta nuestros días, que en los casamientos
de los masones había una ceremonia llamada "de reco-
nocimiento conyugal masónico". ¿Serán de influencia

Escaneado con CamScanner

ídem, que donó su dueño para la comunidad. En esa biblioteca hay trescientas ediciones de *El Quijote* y ejemplares del *Martín Fierro* en distintos idiomas. Es una ciudad cervantina y martinfierrista. Ronco era carpintero en sus ratos libres y en su casa museo está su foto con mameluco de trabajador. En la biblioteca una señora trabaja gratis por amor a la cultura y me parece que también lo hacen las personas a cargo de la hemeroteca. Allí me explican con orgullo que la han visitado Mallea, Guillén, Gerchunoff y Borges. El baño de esa casa es tan grande que debió ser imposible calentarlo; yo tengo la impresión de que la gente antes se moría de frío en esas casas y a ese enorme patio deben haber salido con prudencia. Un cartel dice: "La casa alberga un valioso material librario". Y en la calle Bolívar, donde hay casas de las que dicen "de estilo vasco francés", una inscripción: "Ciudad cervantina. Argentina, Castilla, La Mancha". La pared está hecha con baldositas picadas donde predomina el azul. Y cerca de la anterior inscripción: "Cantoncillo Santa Margarita". Con una imagen de la Santa, en homenaje a la hija de Ronco que se murió siendo chica. La mayoría de los habitantes de la ciudad sabe quién fue la hija de Ronco, como si se hubiera muerto ayer.

Son lindas las casas de estilo vasco francés (que no sé cuál será). Los vascos progresaron, antes eran pulperos y se ve que inventaron un estilo. La plaza San Martín que nació como plaza de carretas ahora tiene al prócer a caballo. No está mal la estatua, sólo la cola del caballo está mal hecha, parece ancha como la de zorrino.

Azul creció tanto desde su fundación hasta 1870 que Zeballos se admira al verla tan pujante y moderna. Creció porque era centro de abastecimiento de la frontera sur, hasta allí llegaban las embajadas indígenas, las de Salinas Grandes y las que venían de Chile. En la catedral, una leyenda: "Surgiste en este suelo conquistando al desierto y al indio con bravura. Pedro Burgos fue el jefe de la aventura y el mártir Serapio el invocado", María Alex Urrutia, Azul, fundada en 1832. Y esta inscripción no integra a los Catriel que viven del otro lado del río y uno de sus barrios se llama Villa Fidelidad, nombre que le queda de cuando lograron tierras por los servicios prestados al ejército.

Azul tiene un hermoso teatro restaurado, del que están orgullosos, y todo se ve en la ciudad muy ordenado y pulcro, incluso una casa de remates donde suelen guardar objetos amontonados y abandonados; en esa casa estaban cuidadosamente colocados y limpios, como si correspondiera a un orden natural la convivencia de una plancha con una computadora. Pero Azul tuvo rarezas en su historia, como por ejemplo una logia masónica importante que hacía beneficencia y contribuyó con dinero a la creación del primer hospital. Leo en el libro de Sarramone *Historia del antiguo pago del Azul*, donde se cuenta cómo creció el pueblo desde la prehistoria hasta nuestros días, que en los casamientos de los masones había una ceremonia llamada "de reconocimiento conyugal masónico". ¿Serán de influencia

Escaneado con CamScanner

lingüística masónica algunos carteles que leo? Una calle se llama "Intendente Profesor Rubén César De Paula". Una farmacia tiene esta leyenda "Centro avanzado de heridas". Y en una avenida: "Curso intensivo de mozos para eventos y restaurantes". Un señor que está cerca del cartel me dice que los mozos no hacen cursos en Azul, que el cartel estaba allí porque sí, nomás.

La ciudad tiene una larga historia de visitas importantes. En el teatro, centenario, cantó Gardel. Y se cree que el personaje en que se inspiró Hernández para su Martín Fierro podría haber pasado un tiempo en Azul. Sí, esta ciudad es cervantina y de tradición gaucha pero también tiene la tradición de no querer industrias. Sarramone escribe en su libro citado que en 1890 la gente se oponía a instalar industrias, porque daban mal olor, había que renegar con los obreros y hay que vivir poniendo plata. Parece que hoy muchos piensan lo mismo.

Marta Catriel

Vamos a visitar a Marta Catriel, Roberto Glorioso, poeta local, Gabriela, periodista de La Plata y yo. Vive pasando un arroyo, donde les dieron tierras a sus abuelos. El arroyo dividía y divide a las clases sociales; los placeros de Azul consideraban humillante vivir del otro lado del arroyo pero parece que los indios tenían razón cuando aconsejaban fundar el pueblo más allá del arroyo: allí no se inunda. El centro del pueblo actual, sí. Marta

Catriel me dice que en tiempos de Rosas no podía pasar el blanco; más allá estaba la indiada. Ella tiene sesenta y siete años y es india por parte de madre, su padre es de apellido italiano. Tiene un fondo grande y ocho perros, muy bien alimentados. Tuvo cuatro hijos, uno de ellos es abogado y vive en Buenos Aires, en un country. En su casa hay un retrato de sus tíos abuelos, dos muchachos tomados de la mano (por miedo al fogonazo de la máquina, dijo Marta). Uno más aindiado, otro de piel más clara "porque ese era hijo de una cautiva", dijo. Está escribiendo un libro sobre la dinastía de los Catriel y otro sobre cómo trataban los indios a los caballos. "Mi tío Rufino trataba a los caballos con amor, venía con sesenta caballos y no se le iba ninguno. Mi mamá iba a trabajar a las tierras de Pereyra Iraola, les hacían trabajar hasta que se ponía el sol, nosotros festejamos el Año Nuevo el 24 de junio, el día más corto del año. Bueno, volviendo a lo otro nos sacaron la lengua también; si hablábamos en indígena nos daban la leña. Y no, el habla no, mis hijos ya no la aprendieron porque los discriminaban en el colegio, les decían indio ladrón. Acá se ocultaba el habla, yo a veces tengo que desfilar sola el día del aborigen, me pongo la vincha, qué sé yo. Ellos me dicen: '¿Para qué vamos a desfilar si después se nos ríen?'. Igual le pasó al abuelo que fue como veinte veces a Buenos Aires para reclamar las tierras y como al principio no conocía el himno le dijeron 'Dale Catriel, que es polca'. Porque él sabía bailarla. Una burla. Bailaba estirando los brazos y a los saltos, porque el indio baila parecido a un pájaro.

Escaneado con CamScanner

Ahora yo me jubilé –soy enfermera jubilada– y me empecé a ocupar de las tierras porque el abuelo vivía en la luna. Le decían: 'Están alambrando' y él decía 'Dejalos que alambren'. Ahora nos van a devolver ochenta lotes, hoy estuvimos reunidos y parlamenteamos y yo les dije a los jóvenes que nosotros somos una nación india y que no me gusta cómo se repartieron las tierras entre ellos, porque unos se agarraron más lotes que otros. Vamos a pedir un diez por ciento del total. Nos sacaron las tierras, el habla y la platería de las tumbas, ellos tienen que decir: 'Sí, les corresponde', pero eso está en manos de Dios y del vicegobernador Mariotto, que vino aquí, donde usté ve, en el patio, hicimos un asado. A mí me llaman de las escuelas para hablar del tema de nosotros, y una vez más de la mitad de la clase me dijo que tenía una abuela indígena."

Antes de irnos, nos vendió una rifa de un poncho pampa y no pudimos negarnos. Ella tiene en una repisa de su amplio living muchas piedras pulidas grandes, como las que usaba su bisabuelo como boleadoras. Su madre, doña Matilde, tenía un nombre indígena antes de ser bautizada pero nunca se lo reveló.

Toda la conversación con ella tiene algo de mareante, como la de un baqueano que cambia de rumbo y desorienta al que va a encaminar. Un día al año desfilan unos pocos de la comunidad y van a regañadientes, y ella dice: "Me pongo la vincha, qué sé yo". Este acto no tiene ninguna visibilidad en la ciudad, de siete personas consultadas, ninguna lo había presenciado y la mayoría no tenía noticias del mismo.

La gauchesca y sus derivaciones

En el congreso hay diversas mesas, foros y actividades, a veces simultáneas, yo elegí ir a la mesa donde se habla de literatura gauchesca. Escucho cosas un tanto desconcertantes, por ejemplo que después de Borges no podemos leer con inocencia y no sé a qué se refiere, el que lo dice ni lo explica. Otra escritora denuncia que en *Martín Fierro* las mujeres no tienen nombre propio, les dicen la china, nomás. Ella también dijo que Martín Fierro no era prototipo de héroe, que era borracho y homicida. Otro escritor lee una versión como de cumbia villera subida de tono, o de escolar zafado, tomando la métrica y el tono del *Martín Fierro*:

Vengan porros milagrosos
Pido a la atención que me asista
En esta ocasión conchuda
Las cumbias me van brotando
Como el meo al escariar.

Y mucho más largo, Pedro Mairal también se animó a escribir con el espíritu de José Hernández, pero su protagonista es un gaucho de las orillas del Paraná o cerca, de Gualeguay. Y lo hizo bastante bien, a mi juicio. Va una muestra:

Escaneado con CamScanner

se escuchaban bailongos en la costa
y ladridos de ranchos y motores
ya empezaban de a poco los calores
había olor a barro a sexo a bosta
la vía láctea temblaba en la corriente
y a pesar de la larga incertidumbre
se me volvió la noche una costumbre
los ruiditos del agua creciente
si había pique pescaba unas taruchas
y las comía crudas eran buenas
pasaban las mojarras y las penas
a veces eran pocas y otras muchas
la noche me envolvía protegido
yo era el loco el piruja el forajido.

Pero cuando Urbina (el decidor, no confundir con payador) escuchó el tono del Martín Fierro con letra de cumbia zafada, se levantó indignado. Es un hombre altísimo con un perfil de nariz aguileña de gaucho, una cara como para hacer una talla. Debemos pensar que estamos en una ciudad cervantina y martinfierrista. Este tema siguió el día siguiente en casa de Florangel Turón, profesora de Literatura que yo conocía de otro viaje. Ella invitó a Urbina y a su hermano Carlos, que tiene un campo en la zona. Toda esta es gente que sabe mucho de gauchesca. Florangel me aclara que una cosa es decidor y otra, payador. Un hombre cuyo hijo quería ser payador, le dijo: "Para ser payador, tenés que pensar en verso desde que te levantás, desde chiquito". Urbina dice: "Payador se nace". Y explica por qué se retiró de la mesa de gauchesca, cuando el muchacho leyó esos versos procaces: "Fue una falta de respeto al *Martín Fierro* y a las mujeres presentes, si lo hubiera 'leido' (sic) a chicas de la edad de él vaya y pase, pero había mujeres mayores". Pero tampoco le gustó "esa señora" que dijo que Martín Fierro no podía ser héroe nacional porque era haragán y homicida. Y añadió: "Será que me estoy volviendo viejo y selectivo pero no fue oportuno lo que dijeron ese escritor y esa señora".

De ese tema pasamos a algo reciente, ocurrido el día anterior. A Carlos se le cayó una vaca en la pileta de natación. La vaca nadaba hasta cierto punto y después no podía subir. Le pide ayuda a un vecino con el celular y este le dice "Sacala con el tractor". Finalmente, la sacó. Volvimos a la payada y Carlos dijo:

–Una noche estábamos acá y salió una conversación sobre virus y bacterias y después se payó el tema.

Y Florangel:

–Y el mayor payador, el padre de todos los payadores, Gabino Ezeiza que era negro, payó sobre el logaritmo. Le quisieron hacer una cargada y dejarlo mal parado, pero él se informó con el profesor de Matemáticas que vivía a la vuelta de su casa y resolvió.

Y me despido de Florangel, de su hermano Carlos, y Urbina me lleva al hotel en su auto.

Escaneado con CamScanner

El monasterio

El monasterio queda a unos treinta kilómetros de la ciudad y allí viven los monjes trapenses. La congregación se originó en Estados Unidos y se fundó en el país en 1958. Es un convento de clausura pero no total, ya que un monje, que conversaba con distintas personas, me explicó las reglas que debe aceptar un postulante a monje:

1) Estabilidad. Debe comprometerse a quedarse en el mismo lugar durante mucho tiempo (Veletas abstenerse).

2) Obediencia.

3) Conversión. Vendría a ser la más difícil de cumplir, porque no es fácil vivir en comunidad, deben cambiar de hábitos y sobre todo adaptarse a personas de costumbres y modos de pensar diferentes de los distintos integrantes del grupo en que le toque estar.

Tienen psicólogos y psiquiatras que examinan a los postulantes para comprobar si se adaptan, dos años de noviciado y los primeros votos son a los tres años de permanencia en el monasterio. Hay jóvenes que no se pueden adaptar y van a una congregación menos severa. La mayoría de ellos sigue su vocación exitosamente.

Me dice el monje que la severidad con uno mismo es una condición esencial, pero no una severidad seca y fría que conduce a la aridez espiritual.

Estos monjes son benedictinos, de La Trapa Cisterciense, fundada en el siglo XII.

Allí los monjes venden extracto de té (digestivo), miel, libros y bombones de chocolate. También son carpinteros: en una repisa hay una foto de dos monjes fabricando un mueble, se los ve felices. Es domingo y la gente se acerca para hablar con su monje amigo o preferido.

Entramos a la iglesia; sus paredes son de ladrillos a la vista y no hay imágenes ni adornos; el techo es de la misma textura que las paredes, todo engamado como el canto gregoriano, sin contrastes. Cerca del altar, hay unos carteles: "Clausura, no pasar". Los monjes van llegando a la zona de clausura donde tienen asientos enfrentados y se acercan a sus asientos tan silenciosamente como si no pisaran el suelo. Y eso me hizo acordar a una crónica de Alfredo Brice Echenique en la que cuenta que cuando tenía doce años quiso entrar al seminario y hacerse cura para levitar. Los monjes tienen un hábito blanco con un cobertor negro y ocupan sus asientos tan imperceptiblemente que si uno desvía la mirada un segundo ya los ve ubicados y sentados. ¿En qué momento se ubicaron? Como si no tuvieran nada de la contundencia de nuestros cuerpos. De repente se paran todos juntos y cantan un gloria. Es canto gregoriano y lo hacen muy bien. Después viene una parte hablada y hablan con la misma falta de énfasis que usan en el canto. Un muchacho que parece un postulante está cerca de ellos pero no en fila, seguro que debe ser un postulante y debe pasar la prueba de la conversión.

No me imagino a esas voces monocordes convirtiendo a alguien, aconsejando, señalando, disuadiendo. La conversión allí se debe hacer por ósmosis; los monjes no parecen gente dispuesta a convertir a nadie.

Escaneado con CamScanner

El parque del monasterio está rodeado por eucaliptos y toda clase de plantas y flores: desde allí se ven los cerros azulinos y los monjes deben soñar que están en el paraíso; de hecho, ese modo de moverse, sin gestos ni matices en la voz, es como una preparación para entrar al cielo (los que logran la conversión, claro, no los veletas como yo, que ya queremos ir al pueblo, donde haya un café o una pulpería). Por el camino de vuelta hay una capilla solitaria y unos paradores para gente que quiere huir por un rato del mundo (también en el monasterio alojan huéspedes que quieren hacer retiro guiados, y a los que necesitan sólo un poco de silencio).

Cuando llegamos a la ciudad, entramos a un gran parque que diseñó Thays; dentro del él corre el río Azul y hay un gran paseo donde, hasta entrado el siglo veinte, las personas caminaban ida y vuelta por él, y su presencia en ese paseo era registrada por los diarios locales. Ahora no, van a andar en bicicleta, corren por él. Vivi Tellas hizo en el parque una perfomance con recitadoras dispersas, una ubicada bajo un gran árbol, otra al lado del río, cada una recitando a su público; ella es como una artífice de lo múltiple simultáneo. En ese mismo parque hacen los conciertos de rock: allí tocaron Los Tipitos, Los Pericos y el Olavarría Rock.

El viejo aserradero

Vamos todos los del congreso a comer un asado al viejo aserradero. Es un predio reciclado por unos chicos muy jóvenes que empezaron tocando la guitarra y cantando con los vecinos y terminaron gestionando un centro cultural barrial, al que el Filba dona libros para la biblioteca y se festeja con un asado. La biblioteca queda rara en la pared sin revocar y el humo del asado que llega de afuera, los perros que dan vueltas y el límite insensible entre el adentro y el afuera dan el tono a este festejo criollo cultural. En el portón del viejo aserradero hay cursos de crecimiento espiritual, de macramé, de tallado en hueso, de Amigurumi (muñecos tejidos). Es una noche fría y un escritor de Bahía Blanca diserta sobre la lectura. Todo lo que dice es para que pierdan miedo a leer. Está bien la charla, el escritor se parece a un nadador o a un padre que trata de explicarle a un novato las ventajas y peligros del mar. Habrá unas cien personas, los perros circulan y se ve una humareda desde lo que vendría a ser adentro. Hay sillitas, y afuera mesas y sillas. En realidad lo más lindo es que no hay adentro y afuera, porque no hay puerta, y la gente circula para ir a buscarse el asado y vuelve, con la botella de vino apoyada en el piso que es de cemento. Y sin embargo, en esa mescolanza de perros, velitas encendidas, botellas en el piso y gente que va y viene, nadie se disturba, es como recuperar el placer infantil del vagabundeo en las fiestas, recorriendo las distintas personas.

Y de repente vemos en el espacio que se despejó como para escenario a un muchacho vestido de gaucho, la ropa era mezcla de estilo estanciero y maniquí. Estaba todo de marrón, un marrón chocolate, el sombrero también

Escaneado con CamScanner

marrón, llevaba botas de potro y un echarpe rosa, que después se sacó. Toda esa corrección de gaucho ideal producido, unida a su piel urbana bien alimentada de clase mediero, en fin, todo su afán por convertirse en un gaucho no convencían. Él también quería convencer al público cantando con excesivo énfasis. Y me puse a pensar en el énfasis en general, no sólo del payador, también del dueño de un restaurante donde comimos que nombraba los platos como si fueran visitantes ilustres, y en el cartel del nombre de calle "Intendente Profesor" que es un tanto excesivo, y me pareció que ese exceso y ese énfasis eran para conjurar a la monocorde llanura, como se dice en la *Ilíada* que "Los cantos de los pájaros agujereaban el deprimido silencio". El muchacho resultó un mediocre cantor, pero buen payador. Mientras el joven cantaba, en un rincón como escondido había un hombre de unos sesenta años, vestido como un pueblero de Azul de entrecasa, nomás. Y yo aposté al mayor porque me pareció menos narciso, menos "el centro del queque", como dicen los chilenos. Y hablando de chilenos le pregunto a Catalina, que es chilena y es una de las organizadoras del Filba, cómo se dice payador por allá. "Paiador", me dijo, con esa impronta seca y rápida de los chilenos. El payador mayor miraba al más joven con una especie de intriga muy aguda, como si midiera el tamaño considerable de ese ser todo de marrón y tan contundente (el mayor era como desvaído, de anteojos redondos). De repente le respondió:

Me han contado que es leído
Y que es medio literato
No me siento confundido
Y aunque la tierra se abra
Apure su poesía...
O morirá su palabra.

Y luego vuelan las alusiones; el joven habla del viagra y el mayor recoge el guante; que sí, que de vez en cuando se toma una azul. El joven se iba poniendo tenso porque el viejo lo vencía con tranquilidad, como si no le produjera ningún efecto lo que el otro le decía. El joven parecía irritado porque no podía sacarlo de sus casillas. Y todo esto me hizo acordar de lo que cuenta Colli, el gran estudioso de los griegos, de cómo debió haber sido la antigua sabiduría: una lucha a muerte, en fin, una especie de payada.

La vuelta

Y volvemos a Buenos Aires. Mientras espero la combi que nos va dejar a cada uno en su casa, me pongo a pensar en lo que no conté. Sasturain escribió un poema a la carne picada que estaba bien, después se entusiasmó y escribió sobre la falda, el puchero y suma y sigue. Sergio Chejfec inauguró el ciclo y recordó aquello tan encantador del cautivo que leía en la toldería y los indios decían que hablaba con el papel (pero hay que decir que

Escaneado con CamScanner

en 1857 ya se fundó una escuela para niños indígenas). Y también recordé a los que se fueron antes porque algo los requería en Buenos Aires, a Patricia Ratto, que se fue a Tandil porque es de allí y pensé qué suerte, ella está sólo a una hora, me iría a dormir a Tandil y así visito a alguna gente. Y ya en la combi, pasada la primera hora de excitación y chistes, alguien perdió un celular, otro escritor recordaba el viaje de ida porque se había ganado un vino en el bingo del micro: era verdad, el acompañante del chofer repartió cartones y cantó los números del bingo. Después de un rato, nos quedamos dormidos y si uno abría los ojos veía la gran llanura desolada y alguna luz lejana. A unos sesenta kilómetros de Buenos Aires empiezan a aparecer los grandes puentes, muchos autos y algún ómnibus nocturno, con poca gente que va al centro.

Nos dejan a cada uno en su casa, donde vamos a recuperar nuestras tareas de adultos porque estar en un congreso tiene algo de volver a la infancia. Uno se sienta o hace la excursión con el compañerito que se lleva mejor; de repente, en los ratos libres, cuenta algo de la propia vida a personas que son prácticamente desconocidas, o sale a recorrer la ciudad del congreso en bicicleta, como los que lo hicieron y tuvieron que escribir sobre ese paseo. Y uno aprende que a cuatro horas, cerquita nomás, está la ciudad de los cerros azules.

Los Toldos

Siempre me intrigó el pueblo de Los Toldos, sabía desde hace tiempo que tiene un alto porcentaje de población indígena, asimilada desde añares a lo que llamamos cultura occidental. Después fui leyendo más sobre el tema y supe que eran las tierras de Coliqueo, cacique que bregó por la escolarización, la cristianización y las tierras de su tribu. Los Toldos es la única gran concentración de mapuches en la provincia de Buenos Aires, así que ahí me fui. Tiene dieciocho mil habitantes, muy desperdigados por los campos.

El centro

La terminal está a dos cuadras del Hotel Italiano, donde por ciento cincuenta pesos tengo habitación humilde con baño privado y desayuno. Enfrente está la remisería, el kiosco y la plaza. La dueña del kiosco, que es la que más vende en el centro, inauguró otro hotel a cuatro cuadras, pero me dice:

–Quedate ahí, que tenés todo a mano.

De los remiseros, uno es escéptico y otro está casado con una descendiente de Ignacio Coliqueo; ya me dijo

Escaneado con CamScanner

que su mujer es muy "para adentro", un poco huraña. Desde la vereda de enfrente, esos visteadores del desierto pueden seguir mis movimientos en la mesita del bar que está junto al hotel. Cuando termino de anotar cruzo y salimos. Porque el hotel está pegado al bar y al teatro. Para desayunar en el bar, tengo que tocar una puerta que dice "empuje". Para ir al baño desde el bar, tengo que ir al del teatro y atravesar un montón de sillones y carteles desparramados y como desactivados.

La plaza está desierta, no va la gente. En el centro hay una hilera de próceres locales, un busto de Ignacio Coliqueo, otro de Electo Urquizo, el fundador del pueblo. Están todos en hilera, como al borde de un paseo, igual que las sillitas de los cafés, todas mirando a la calle.

En la terminal los únicos pasajeros esperando micro son una pareja de bolivianos. "Somos de Oruro", me dice ella. Llevan ropa para Nueve de Julio, para Villegas, donde hay parientes instalados con tienda. Él sonríe con sus dientes blancos (tiene uno de oro) y me dice "Oruro, la capital indestructible". Al salir de la terminal le pregunto a un muchacho:

–El diario *Impacto*, ¿dónde queda?

–En esa esquina, pero es otra marca, ¿sabe?

No era otra marca, era *Impacto* pero estaba cerrado. Entonces me fui a la iglesia, que queda a dos cuadras y un señor desconocido me dice:

–Abríguese, mire que se va a resfriar.

Estaba por responderle "voy a la iglesia, que ahí debe hacer calorcito", pero no quería que me tomara por atea o por mendiga refugiada. Me salió un porteño y glacial "gracias".

En la iglesia hay un Cristo picassiano, rarísimo y me da la impresión de que nadie debe reparar en él. Como tampoco deben mirar a los próceres de las plazas, si alguien los puso, por algo será. En la iglesia hay una imagen de Jesús en un altar lateral; de su corazón salen dos haces de luz esfumada, uno rosa y otro celeste haciendo juego con su túnica que es de un blanco grisado. Junto a la imagen, una leyenda: "No estropees mis planes queriéndome imponer tus ideas". Y otro mensaje: "No me dirijas una oración agitada". En ese altarcito lateral hay un reclinatorio y también dos sillas. Lo de las sillas me pareció una gentileza. Por otra parte, muchas casas del pueblo tienen un banco en la puerta.

Cerca de la pila bautismal, una leyenda: "En este templo, construido por su familia, María Eva Duarte de Perón fue hecha hija de Dios, recibió su primera comunión, amó y sirvió a los humildes, que el Señor la cuente entre sus santos elegidos".

Escaneado con CamScanner

A una cuadra del hotel está la tapera de Leguizamón. Los dueños de ese negocio, que era una cochería, poseían la manzana entera. La casa tiene unos cien años, las puertas cerradas con chapas, y al lado viven unos descendientes de los que antes fueron ricos. Pero ahora la casa de ellos es también tapera, con la puerta carcomida. El chofer que me lleva hacia fuera me dice:

–Lo que pasa es que la señora tiene un hijo faltito.

Y sí, se fundieron, pero nadie sabe bien por qué. Yendo hacia las afueras, más taperas: las puertas cerradas con chapas, ladrillos de cien años. El minimercado está en una casa muy añosa, muchas gallinas, perros, chanchos, caballos. Yendo para el centro, un barrio de casitas bien pintadas, construidas por algún plan. El chofer me dice con cierto orgullo:

–Acá en estas casas no se permite tener cerdo.

No hay colectivos. Toda esta gente que está a unas quince cuadras viaja en remise o en bicicleta.

Vuelvo al centro para caminarlo un poco y ya me estoy contagiando de esa costumbre de explicarlo todo (el remisero se bajó a comprar yerba sin palo porque con palo le trae acidez). ¿Por qué en una ciudad chica la gente da tantas explicaciones y espera que le cuente lo que el otro hace? Porque las personas son fácilmente identificables, son las mismas de siempre, pero esos espectadores que están sentados en sillitas junto a la vereda, en los bares, esperan. ¿Qué esperan? Si Fulano se compró un auto nuevo, si Mengano va por otro camino que el que suele usar, ¿adónde va? Y del vecino: "Qué raro, son las diez y el auto no está". Son una mezcla de detectives y etólogos.

Casi al terminar la calle asfaltada, una señora estaba sentada a la puerta; pasaba muy poca gente. Cuando pasé yo, me di cuenta de que tenía grandes deseos de que yo le hablara y le pregunté:

–¿El pueblo termina acá?

–No, acá es la vía, pero sigue como siete cuadras.

La vía estaba llena de vegetación y el pueblo seguía más o menos después de siete cuadras. Pero si yo le hubiera preguntado cualquier otra cosa, por ejemplo, si se cazan conejos o si no se aburre de estar sentada toda la tarde, daría igual, porque lo importante no es lo que se pregunte sino romper el hielo de la distancia con esa persona nueva. Lo que en la ciudad choca, la interpelación abrupta a una persona que se interpreta como irrumpir en la privacidad, en un pueblo no, porque hay como una relación preexistente entre las personas donde no es preciso decir "disculpe" al abordar a otro. La gente no puede desempeñar muchos papeles porque es coral: por eso también se sientan en sillas alineadas mirando la calle; y yo también y escucho los diálogos:

–¿Aquel que viene no es...?

–No, se fue a Buenos Aires.

–¿Cómo a Buenos Aires, si el auto estaba ahí?

Este diálogo se interrumpe con saludos a los que pasan: "Adiós, Chirola".

Escaneado con CamScanner

Una señora se integra a la mesa y está haciendo una labor manual, poniendo unas plumas en un aro.

–¿Qué es señora?

–Un atrapa sueños. Deja pasar los sueños buenos y detiene los jorobados.

Compro dos para regalar. Ella los vende en el negocito que está justo frente a su silla mangrullo.

Mitos y cuentos

Los de Los Toldos tienen varios mitos y cuentos compartidos. El del empleado del registro civil que cortó las hojas de la partida de nacimiento de Eva, donde figuraba que nació en Los Toldos y se dio por sentado que nació en Junín. La polémica y el encono siguen hasta hoy, ¿por qué Eva que era de Los Toldos lo negó? Porque terminó por favorecer a Junín, mire qué importante que es ahora. Al empleado que se supone que cortó las hojas lo llaman "Otoño". Y algún escéptico añade: "Sí, y a Otoño le regalaron un vehículo por cortar las hojas". Los escépticos son unos cuantos, pero reniegan solitarios; no se entabla discusión alguna. El boletero de la estación también es escéptico porque dice que la gente no trabaja, que el intendente pone en cultura a sus parientes, que el pueblo está estancado. Lo escucha en silencio un hombre menudito de anteojos, como si se tratara de una fuerza de la naturaleza.

Otro mito es el de B, dueño de medio pueblo y que tiene casas y taperas. En una de ellas guardó los artículos para el hogar del negocio que tenía, tenía cubiertos de plata, pero al mismo tiempo tuvo como tres meses una vaca atada en el patio, es rico pero no se casó porque su madre lo amenazó con desheredarlo si se casaba. Otro mito es el de la viveza porteña y de lo difícil que es manejarse en Buenos Aires y en la cantidad de ladrones que hay en la ciudad (pero los que van a robar a Los Toldos son todos de Junín). Uno de los tantos cuentos del loco Cota es que fue a Buenos Aires, entró a una heladería y se compró un helado para él y otros que guardó en el bolsillo para los hijos, para la vuelta. Se tocó el bolsillo y los helados no estaban, entones dijo: "Son rápidos los porteños, me robaron el helado y me mearon el bolsillo".

Los carteles de los museos (hay uno histórico y otro dedicado a Eva Perón) son leyendas sin vigencia. En el cartel del Museo Histórico se lee: "Abierto de 17 a 19 horas". Espero en la puerta del Museo Histórico y el de la remisería de al lado me dice: "No abre sábado y domingo, ella tiene la madre enferma". Lo dijo en tono de "no se emperre en quedarse". En el de Eva sucedió algo gracioso. También había un cartel "Abierto sábado y domingo de 17 a 20hs". Estábamos esperando unas ocho personas y no se abría. Mandamos investigar a una chica muy servicial de la casa de enfrente, que fue y volvió con un comunicado. Contó que la encargada le dijo que cuando ella va, la gente no viene y ahora que se sentía enferma, justo vienen. Finalmente llegó, una

Escaneado con CamScanner

hora después, se encerró en un rincón con su celular y no explicó nada a nadie.

El kiosco de la terminal está de vacaciones, y el teatro-cine no funciona hasta marzo porque Nelly, que se encarga de todo, se quebró una pata. (Es el teatro que veo desactivado cuando voy al baño, junto al café.)

Y cuando llega la tarde les agarra a los jóvenes un ataque de velocidad, pasan a mil, empiezan a dar la vuelta al perro los autos y la gente se sienta a charlar. Los perros se acercan a las mesas y se comportan como ciertos borrachos que toman cuando hay y si no, son abstemios. Huelen algo y si uno les da, sin precipitación, reciben, y si no, se alejan con suma compostura.

Aclarando los tantos

Mc Donell es abogado, presidente del Museo de Eva Perón y autor del libro *Simplemente Evita*. Me dice que el libro se agotó. Su casa está en la calle Ignacio Coliqueo, es una zona de jardines cuidados, no son casas desafiantes que dicen "aquí estoy yo"; son pujantes con prudencia. En su estudio tiene muchos cuadros de la línea gauchesca, uno representa a tres paisanos jugando al truco, otros cuadros son de San Martín, Belgrano e Yrigoyen, y un gran retrato de Leonardo Favio. Le cuento lo que escuché sobre el empleado que arrancó las hojas del acta de nacimiento de Eva y del resentimiento de alguna gente por eso. Me dice:

–No es así. Eva nació a veinte kilómetros de acá, en el campo "La tribu" y después alquilaron una casa donde ahora está el museo. Perón deseaba casarse con ella y necesitaba autorización de sus jefes para contraer matrimonio. Eva era hija natural y en ese entonces no era bien visto que un oficial se casara con una hija natural. Necesitaba una partida en la que figurara que la madre estaba casada legalmente. Entonces un empleado sacó la hoja donde figuraba como hija natural.

En cuanto al progreso de Junín, al que Eva habría contribuido en detrimento de su lugar de nacimiento, dice:

–Junín ya era una ciudad muy importante antes –y añadió–: La gente le objeta que no volvió a Los Toldos; pero no lo hizo porque trabajaba veinte horas por día, ayudó a mucha gente de aquí, cuando iba una delegación a Buenos Aires, allá el general le decía: "Eva, acá hay gente de Los Toldos", y ella los recibía. No hay un caso parecido al de Evita por su capacidad de trabajo; yo creo que era cristiana pero como los primeros cristianos, valiente y de convicciones profundas.

Mientras yo le preguntaba estas cosas, en otra salita lo esperaba un cliente con un perro echado a sus pies.

Caminando me tropiezo con una librería, tirando a bien puesta; ahí estaba Juan, veintitantos años, junto a su computadora. Le digo que soy una escritora de Buenos Aires, que me gustaría charlar con gente que escribe, me dijo que cómo no; nos encontraríamos al día siguiente a las cinco y media. Yo imaginaba una tarde con jóvenes

Escaneado con CamScanner

Además Juan agregó: "Podemos tomar unos mates o unas cervezas acá atrás". Muy bien, tarde cumplida, pensé. Igual en ese momento le hice unas preguntas; él como todos allí, charla. Me dijo:

–La gente de Los Toldos es simpática, pero en los negocios son ventajeros, yo también pinto casas y los albañiles hacen todo mal; acá la gente no protesta y yo tengo la teoría de que como no han salido del pueblo, se acostumbran a lo que hay. Recién ahora le están dando bola a la literatura. ¿Y qué compran? Mucha autoayuda; los que vienen de Córdoba, libros sobre el Monasterio; los del sur, los de Coliqueo.

Juan camina, ceba mate, y se integra a la charla y al mate una lectora de Junín, pero el libro que ella quiere no llegó. Al día siguiente llueve que raja la tierra (desaparecieron todos los perros, varios están durmiendo en el cajero automático) y Juan me está esperando y yo sigo con el reportaje que con ese clima parece raro, un reportaje es indagar sobre puntos de vista, opiniones, y con esa lluvia es como si las opiniones entraran en suspenso. La única opinión que aparecía era: "Por lo menos estamos bajo techo". Se puso a llamar a sus amigos escritores, parece que nadie quería venir. Me dijo:

–La gente cuando llueve no sale de su casa. Y si son del campo, no van al campo.

Me contó que la gente discrimina por la ropa, por ejemplo, al que lleva jogging y gorro con visera. A él lo discriminaron una vez, estaba haciendo un censo y un policía lo paró. Pero el otro policía lo conocía y se cagó de risa de su compañero. También me contó que fue Menem a Los Toldos, con las patillas largas, se puso bombachas de campo, lo adoraron, le hicieron una recepción en el balneario municipal, tanto les gustó que se olvidaron del futuro intendente y se fueron a bailar a Isaura (un boliche).

Me contó que a los de Junín no los quieren, porque son unos camperos aporteñados. Pero ya no tenía nada más para decirme, no sabía qué hacer conmigo ni yo con él. Cuando paró la lluvia salimos a tomar mate a la vereda (nadie se extrañó de que el librero tomara mate afuera). Y de unos departamentos que están detrás de la librería salieron dos personas y me dijo:

–¿Ves? Esta es gente de Buenos Aires, no saluda.

Entramos un ratito y se asomó una vecina de los departamentos y el librero le dijo:

–Ella es una escritora de Buenos Aires.

Se ve que tenía relaciones fluidas con él y le dije: "Invitala". Ella dijo:

–Voy a comprar jamón crudo y vuelvo.

Cuando volvió, tras dejar el jamón en su departamento, dijo:

–Estoy jubilada, me dieron la jubilación, todo plastificado, me dieron retroactivo. Hace treinta y seis años que estoy acá, actualmente me gusta la gente de este pueblo. Soy evangélica y no puedo hacer acepción de personas.

Escaneado con CamScanner

con inquietudes, yo les podría hablar de Simone Weil. Además Juan agregó: "Podemos tomar unos mates o unas cervezas acá atrás". Muy bien, tarde cumplida, pensé. Igual en ese momento le hice unas preguntas; él como todos allí, charla. Me dijo:

–La gente de Los Toldos es simpática, pero en los negocios son ventajeros, yo también pinto casas y los albañiles hacen todo mal; acá la gente no protesta y yo tengo la teoría de que como no han salido del pueblo, se acostumbran a lo que hay. Recién ahora le están dando bola a la literatura. ¿Y qué compran? Mucha autoayuda; los que vienen de Córdoba, libros sobre el Monasterio; los del sur, los de Coliqueo.

Juan camina, ceba mate, y se integra a la charla y al mate una lectora de Junín, pero el libro que ella quiere no llegó. Al día siguiente llueve que raja la tierra (desaparecieron todos los perros, varios están durmiendo en el cajero automático) y Juan me está esperando y yo sigo con el reportaje que con ese clima parece raro, un reportaje es indagar sobre puntos de vista, opiniones, y con esa lluvia es como si las opiniones entraran en suspenso. La única opinión que aparecía era: "Por lo menos estamos bajo techo". Se puso a llamar a sus amigos escritores, parece que nadie quería venir. Me dijo:

–La gente cuando llueve no sale de su casa. Y si son del campo, no van al campo.

Me contó que la gente discrimina por la ropa, por ejemplo, al que lleva jogging y gorro con visera. A él lo discriminaron una vez, estaba haciendo un censo y un policía lo paró. Pero el otro policía lo conocía y se cagó de risa de su compañero. También me contó que fue Menem a Los Toldos, con las patillas largas, se puso bombachas de campo, lo adoraron, le hicieron una recepción en el balneario municipal, tanto les gustó que se olvidaron del futuro intendente y se fueron a bailar a Isaura (un boliche).

Me contó que a los de Junín no los quieren, porque son unos camperos aporteñados. Pero ya no tenía nada más para decirme, no sabía qué hacer conmigo ni yo con él. Cuando paró la lluvia salimos a tomar mate a la vereda (nadie se extrañó de que el librero tomara mate afuera). Y de unos departamentos que están detrás de la librería salieron dos personas y me dijo:

–¿Ves? Esta es gente de Buenos Aires, no saluda.

Entramos un ratito y se asomó una vecina de los departamentos y el librero le dijo:

–Ella es una escritora de Buenos Aires.

Se ve que tenía relaciones fluidas con él y le dije: "Invitala". Ella dijo:

–Voy a comprar jamón crudo y vuelvo.

Cuando volvió, tras dejar el jamón en su departamento, dijo:

–Estoy jubilada, me dieron la jubilación, todo plastificado, me dieron retroactivo. Hace treinta y seis años que estoy acá, actualmente me gusta la gente de este pueblo. Soy evangélica y no puedo hacer acepción de personas.

Escaneado con CamScanner

No me interesan las personas, me interesa Jesucristo, te saca el corazón de madera y te da uno de carne.

Empezamos a hablar de las casas, de las taperas, de las de B, que guardaba los cubiertos de plata junto a la vaca, los dos coincidieron en que en esa casa guardaba un tesoro, y Cecilia dijo: "Ese es medio lechuzón". Y después, como el tema prendía, ella me preguntó: "¿Usted vino a estudiar taperas? ¿Qué hace con todo eso que anota?".

El carnaval

En el diario *El Tribuno* anuncian el carnaval a todo trapo. Título: "Los Toldos, capital nacional de la alegría". Habrá cuatro cantinas, dos con sillas y mesas, y otras dos para consumir de parados. Los kioscos de espuma son atendidos por los bomberos voluntarios y en una propaganda colorida de una hoja "No te apures a comprar la espuma de carnaval". Las cantinas están a cargo de las cooperadoras de las escuelas. Sí, es un pueblo cooperador y alegre, como me habían dicho, pero no sabía que lo era tanto. Una parte del corso se desprendió hasta la plaza, frente al hotel. Desde las doce empezaron ruidos de tambor y aplausos acompasados, cantos espontáneos como de gente que va a cantar a coro todo lo que sabe desde que nació. Así siguieron como hasta las tres de la mañana. Unos vecinos que habían hecho mucho ruido de once a once y media, se despertaron pero el ruido no les hizo el mismo efecto que a mí, para ellos fue estimulante porque

tocaban con un palo sobre algo que parecía madera. El ruido de la plaza era compacto y a veces llegaba como a un paroxismo que parecía alentador; yo decía: "Es el de la despedida". Pero no, falsa alarma. Para ver si me dormía pensé en todos los hoteles donde estuve y en todas las ciudades de Europa y de América que puedo nombrar. Tenía una sensación ambivalente; pensaba: "Cruzo la calle y estoy en la plaza" (como cuando hay un peligro y uno lo conjura acercándose, pero estaba tumbada por el sueño) o sigo con mi lista de palabras, países y ríos.

La abadía de Santa María de Los Toldos

El monasterio benedictino queda a unos diez kilómetros del centro. El remisero me dice que pasamos por La Olla, lugar que tiene un poder energético particular. Dice: "Yo no creo que sea milagroso, debe ser como le dicen un polo energético, pero mi mujer sí cree, el celular no le andaba y acá se le compuso y también parece que el lugar es curativo". Pasamos campo con muchos árboles y aparece el monasterio. Ahí la gente se puede quedar en pensión para descansar, meditar o pastorear. Yo tenía cita a las once con el padre Enrique, llego al final de la misa concelebrada (están todos los monjes) y asiste a la misa una enorme cantidad de gente; afuera hay otro mundo de autos. En el parque hay palomas y cantan los benteveos y las calandrias.

Escaneado con CamScanner

El monasterio tiene un museo perfectamente ordenado, con referencias. Mientras me muestra ciertos aspectos del museo, el padre Enrique me va diciendo: "Tuvimos escuela agrícola durante veinte años, se enseñaban todos los trabajos e industrias del campo, fabricamos dulces y extraemos miel, pero ya no tenemos escuela agrícola, solo una común".

En el museo hay todo un sector con casas, familias del pueblo antiguo, la familia de don Electo Urquizo, el fundador del pueblo, que era un bolichero. También toda la familia de los Coliqueo y en otro sector cuadros de Molina Campos, "auténticos", me dice. Les entraron a robar dos veces, unos que no sabían lo que valía lo que se llevaban y otros que sabían bien. Pero camina muy apurado y me quedan preguntas en el tintero, sólo lo interrogo sobre si había discriminación de la población indígena. Me dice: "Antes había cierta vergüenza en mostrarse como indígena. Ahora tienen como un orgullo de su raza. Han contribuido a ello el padre Meinrado Hux y Haroldo Coliqueo".

Veo recados, espuelas, arcones y morteros. Me da trabajo preguntar caminando y el tiempo que me dispensa el padre es corto pero me hace un regalo invalorable: un libro sobre platería indígena con una introducción exhaustiva sobre vida, costumbres y rutas de Argentina a Chile, con hermosas reproducciones. No voy a subrayar ni a cortar ninguna reproducción para hacer láminas, como es mi primer impulso. Ahí hay mates y pavas de plata, pectorales que usaban los caciques y todo lo vinculado al

adorno del caballo, que medía la importancia del que lo montaba. Todos los diseños son hermosos, sabían fundir el hierro y la plata. Hay estribos y espuelas con adornos de figuras de pumas, aguiluchos y lechuzas, una especie de rastra de cuero de ñandú bordado, fuentes y cuchillos de plata batida. Me parece demasiado lindo para mí, se lo voy a regalar a don Haroldo Coliqueo, que merece tenerlo. No, me lo guardo.

A cumplir mi objetivo

No sólo había leído yo un excelente estudio de antropología urbana sobre la población de Los Toldos antes de viajar, también leí un libro donde se cuenta cómo se encuentran los mapuches del sur con la gente de Los Toldos. Los mapuches de Los Toldos son los únicos en cuanto a cantidad situados en la provincia de Buenos Aires y su historia ha sido distinta de la de los del sur. El cacique Ignacio Coliqueo, bisabuelo de Haroldo Coliqueo a quien visito, vio las ventajas de la civilización y se aculturó, por decirlo así, de modo que cuando los mapuches de Los Toldos visitan a los del sur, estos, más ortodoxos, más celosos de su lenguaje y de sus rituales, primero desconfían de sus hermanos de Los Toldos y luego se entienden. Al entenderse, aparecen palabras olvidadas, cosas que decían sus abuelos que estaban bloqueadas. Entre las actividades que realizó la comunidad indígena cuando progresivamente fue tomando fuerza

Escaneado con CamScanner

la reivindicación del lenguaje y de prácticas, estuvo la de incentivar el aprendizaje del telar, y para ello convocaron a artesanas del sur como docentes. El doctor Haroldo Coliqueo es médico cirujano e historiador y ha bregado mucho por hacer conocer la historia de sus abuelos, que es la historia por las vicisitudes seculares en la entrega de tierras. Mitre entrega a Ignacio Coliqueo unas tierras donde establecerse y una casa. En su folleto "Comunidad aborigen", Ignacio Coliqueo escribe: "Pertenezco a una comunidad aborigen que, aun con resignación, tomó una decisión a costa de sus pautas culturales. Yo no elegí, ni decidí. Soy heredero de un hecho histórico que ocurrió hace más de un siglo. El tiempo demostró que era mejor un buen pacto que un mal juicio".

En relación al presente de su comunidad, de la totalidad de tierras entregadas, el setenta por ciento está en manos de no descendientes. Pero ellos son los que viven en tierras a trabajar. Dice: "De diez familias tipo, dos viven regular, siete viven bien y la restante mejor".

Pero no sólo están en la zona de la tribu, están en toda la ciudad de Los Toldos: son médicos, veterinarios, abogados, docentes.

El doctor Haroldo Coliqueo tiene su casa a pasos de la Municipalidad y de la Iglesia; tiene ochenta y cuatro años y una de las paredes de su living está cubierta con los retratos de sus antepasados y de sus descendientes. La foto de su abuelo Antonino, que sabía leer y escribir y era secretario de su padre, es la típica de alrededor de 1900, con la mujer sentada y el marido parado a su lado con

una mano sobre el hombro de ella; allí se los ve vestidos totalmente a la moda occidental. En otra anterior, de alrededor de 1870, está Coliqueo con todos sus hijos y nietos. Las dos mujeres principales, también vestidas a usanza de la época tienen un disco en el pecho que es distintivo de su rango. Y uno de los jóvenes está de traje. El doctor Haroldo tiene tres hijos y siete nietos. Los nietos viven en San Martín de los Andes, una estudia Diseño de Indumentaria y un varón, Ingeniería. El doctor Haroldo bregó toda la vida por su comunidad. Escribió un breve diccionario mapuche-castellano, (debemos recordar que muchas localidades tienen nombres mapuches) e hizo un catálogo de los nombres de personas tardíamente aceptados. También bregó por la creación de una escuela agrotécnica, promovió actividades culturales dentro de la comunidad, como por ejemplo, concursos literarios.

Don Haroldo me cuenta su vida: "Fui invitado al congreso de cirugía de Moscú y pedí un préstamo para recorrer Europa; estuve como dos meses y medio. Conozco todo el país y mucho Chile porque mis antepasados vienen de allá (son descendientes del cacique Caupolicán). No he lucrado con mi profesión: al pobre no le cobré. Fundé la primer clínica de Los Toldos".

Tiene una casa de clase media-media, una quintita y un auto. En la quinta todavía planta, y dice: "Regalo plantas porque es distinto a regalar cualquier cosa que se vende por ahí". Y si bien bregó por un museo donde

Escaneado con CamScanner

estuvieran todos los elementos de las prácticas originarias incluyendo la medicina, cuando le pregunté por la eficacia de la herboristería indígena, cirujano él, me dijo: "No, la tecnología avanza a pasos agigantados, ahora hay hepatograma, centellograma, mire (me mostró un plasma que le había regalado su exmujer con la que está en muy buenas relaciones), mire lo que tiene atrás, una cosa de nada. ¿Se acuerda del aparato que tenían los antiguos televisores?". Le pregunté por la discriminación y me dijo: "Ahora la gente está mucho más actualizada pero cuando di examen en La Plata, al escuchar mi apellido, dos o tres veces los profesores me preguntaron: "¿Y vos, de dónde sos?".

En Los Toldos el nombre Coliqueo está por todas partes: en el busto de la plaza, en una calle, es nombre de un club deportivo, de una veterinaria. Él dice: "Este pueblo se debió llamar Los Toldos de Coliqueo". Le pregunté por el pacto de su bisabuelo, discutible para muchos, y responde: "Yo estoy de acuerdo con lo que hizo, gracias a ese pacto yo estoy aquí y mis hijos y nietos". Va a publicar un libro nuevo el 19 de abril, "porque ese día el presidente mexicano Lázaro Cárdenas, descendiente de aborígenes convocó a los indígenas americanos a un gran congreso, fijando los principios para toda América". En 1986 se celebra por primera vez en Argentina el día del indio. Haroldo siguió el mandato de su bisabuelo que al morir pidió un sacerdote que lo ayudara y un maestro para la escuela.

No puedo dejar de mencionar la autobiografía que escribió Antonino Coliqueo, abuelo de Haroldo, escrita con claridad, sencillez y espíritu de síntesis. Transcribo parte:

> Al día siguiente nos acercábamos a la línea de frontera y aparecen las fuerzas nacionales del norte y del oeste. El mismo día en que fuimos tomados prisioneros, pasamos aviso a la autoridad de Nueve de Julio y Junín y a los coroneles Borges y Lagos prometiendo no irnos al desierto jamás. (...) Al entrevistarme con el coronel Borges fui traidoramente lanceado por el baquiano Fermín Sánchez, en el brazo derecho (...).
> Esta cuestión ha costado sacrificios, tiempo, dinero, para evitar la pérdida de tres leguas de campo. Ha sido una lucha de cuatro años.

Antonino fue concejal y consejero escolar.

En cuanto al doctor Haroldo Coliqueo, no sólo es respetado por todo el pueblo de Los Toldos, es también muy querido.

Me despido

El domingo a la noche me fui de Los Toldos. Yo siempre preparo la valija tres horas antes, siempre estoy en las terminales o aeropuertos una hora y media antes. ¿Será por si los ómnibus o los aviones salen antes sin mí? Se escuchaba ruido del corso pero ya no me importaba. Me quedaron cosas por saber: por qué Electo Urquizo se llama así y las historias particulares de los dueños de las taperas. Miré un poco de televisión en la habitación y en un santiamén estuve en la terminal, se iba llenando de

Escaneado con CamScanner

gente que iba a Buenos Aires. El chofer, nuestro chofer (en Retiro nunca se ve a nuestro chofer), subió al micro a bajar unas cajas, lo ayudaba su nene, que era un peladito concienzudo. Un perro quería subir al micro, por el empecinamiento que mostraba debía ser de ellos y se frustraba ante los escalones pero volvía a arremeter. Subimos y todos dormíamos o hacíamos de cuenta que dormíamos en la oscuridad cuando sonó un celular con ruido de canto de gallo al amanecer. Era como tener al gallo de cuerpo presente, y el ruido no paraba. Un señor de oído certero se dirigió a una señora que estaba detrás de él y le dijo, en tono helado: "Señora, apague eso".

La señora estaba dormida; después, ya pronto llegamos.

General Villegas

Manuel Puig, nacido en Villegas, describió como nadie los chismes, disimulos y sueños de los pobladores. Al describirlos, logró como efecto dos cosas: suscitar la polémica sobre si hizo bien o hizo mal en utilizar personajes reales, muchos de los cuales son parientes (el pueblo tiene veinte mil habitantes), alguno vive todavía, y son absolutamente identificables por la gente; y el segundo efecto es que el pasado sigue vivo en las conversaciones y hasta en ciertas instituciones, como vamos a ver. Le digo al hotelero:

–Este es el pueblo de Puig.

Me dice:

–De Puig y de Carrizo. Y eso que escribió Puig, no lo investigó él mismo, se lo contó su mamá.

Me pareció que estaba a favor de Carrizo, como muchos otros que objetan a Puig porque "los trapos sucios se lavan en casa". Sea de Puig o de Carrizo, es un pueblo de gente prolija; en la liquidación de un bazar cada cosa tiene su cartel esmeradamente escrito, con letra clara y grande: "rallador de hojalata" (con los ralladores a la vista), "banqueta negra" y ahí está la banqueta con su letrero indicador. Y las banderas que han puesto por

Escaneado con CamScanner

el mundial de fútbol están simétricamente, diría milimétricamente, colgadas. Una boutique se llama "Hola, mamá". Hay muchas boutiques con ropa muy buena y bien colocada en la vidriera; uno se creería en Buenos Aires. (Recuerdo que Puig mencionaba los figurines que venían de Buenos Aires.) Está también el Club Eclipse, que se llama así por el nombre de la marca de una pelota de fútbol que se usaba cuando el club se fundó.

Por todas partes está el cartel "Prohibido fumar" con un agregado propio de Villegas: "No nos comprometa. Su conducta hace pasibles de severas multas a los dueños del local".

Tomo un taxi para tener una visión global de la ciudad o pueblo. El taximetrero me explica que es una zona de frontera: Villegas linda con Córdoba, La Pampa y Santa Fe. Dice: "Cuando se abren las compuertas del río Quinto, acá se inunda. Una vez un Chevalier se cayó al agua". Y añade: "Hay un camino, El Meridiano, del que nadie se quiere hacer cargo, se lo pasan de una provincia a la otra". Me dice que el intendente actual asfaltó muchas calles de tierra y trabajó para erradicar los ranchos (sospecho que el taximetrero es de Carrizo). Vamos al barrio La Trocha, que es de casitas blancas, con su capilla y sala de primeros auxilios. La salita se llama Leonardo Favio. Me dice que recientemente cerró una aceitera que daba trabajo a cien personas, no hay industrias, falta el gas y el agua es salada, nadie toma agua de la canilla, hay que comprarla. Pasamos por el parque municipal

General San Martín, han hecho un lago artificial donde sembraron pejerreyes y la gente va a pescar.

De vuelta de mi viaje hablo con José Luis, encargado de una veterinaria. En el suelo hay grandes bolsas de Equidiet, para la nutrición equina. En otra bolsa se lee "Alimento para caballos de escuela". ¿Qué son? Son los que se utilizan para aprender a andar. José Luis no es de Villegas y es un tanto escéptico. Le comenté lo de los barrios asfaltados y dijo que era un asfalto que duraba poco, y en cuanto a los negocios de ropa elegante dijo: "Duran poco, si uno mira bien, y además acá la gente es muy careta, es capaz de comer menos para vestirse mejor. Villegas esconde mucho, hay gente que se vuelve rica de la noche a la mañana, nadie pregunta cómo hizo el dinero". Y también: "La mitad de esa ropa tan linda que usted ve, la compran en La Salada".

Mucho antes de Puig, cuando general Villegas estaba por hacerse, Eduardo Clatk, pionero, escribe sus recuerdos de 1883, de cuando llega a la estancia de su propiedad: "Había víboras de cascabel y esquerzos". Clatk escribe "esquerzos" y "sorros". Es nombrado juez de paz y el juzgado funcionó en su casa, en una enramada frente a la cocina. Así cuenta un litigio por un robo de ovejas: "Este hombre no tenía boleto de señal y las ovejas se suponen robadas, la policía lo 'trujo' preso y lo 'serramos' en una 'piesita' al lado de la ramada".

Escaneado con CamScanner

La biblioteca

La biblioteca Domingo Faustino Sarmiento tiene una sala de lectura para adultos, otra para chicos, con un gran espacio despejado destinado a juegos y dibujos suscitados por la lectura de cuentos, actividad frecuente ya que hay varias cuenta cuentos. Recibe fondos locales, de la CONABIP, y tiene cincuenta y cinco mil volúmenes para una población de veinte mil habitantes, y ofrece apoyo escolar gratuito para los chicos que no pueden pagar un profesor particular. Funciona en la biblioteca un centro de historia regional, se hacen publicaciones, todos los meses se da una charla, e invitan a escritores de Buenos Aires y otras partes para charlas y talleres.

Tiene sala de Internet y una biblioteca rodante que circula por los pueblos del distrito. Nieves Castillo, investigadora de la historia de Villegas, me recibe en su despacho del centro de historia regional. Dice:

–Acá hay una población de origen ranquel pero no lo sabe. Hay mucha gente de rasgos indígenas pero no se reconoce como tal. Los ranqueles se resistieron a la conquista, los últimos en rendirse fueron Platero y Epumer. Después de la rendición separaron a las familias y dieron los hijos en adopción, por lo que estos tienen el apellido de la familia de adopción, no saben de dónde vienen. Acá en la escuela secundaria la historia ranquelina está casi ignorada.

En cuanto a la fundación:

–Villegas no tiene fundación. El general Villegas que participó en la guerra del Paraguay y en la lucha de fronteras

no conoció esta localidad. Le pusieron Villegas como podrían haberle puesto el nombre de cualquier otro militar. Estas tierras se venden a Londres y son garantía del empréstito inglés para financiar la campaña del desierto, que abarcaba también Río Cuarto y parte norte de La Pampa. Acá no hay recuerdo de Villegas ni conmemoración del día del indígena. Los chicos del secundario no saben quién es Villegas. Con relación al 12 de octubre, se hicieron algunas actividades, todo muy light. Acá la gente no se moviliza en marchas, manifestaciones. En estos días cerró la aceitera. Convocaron a los empleados y sólo hubo veinte familiares acompañando, del resto del pueblo, nadie. Y eso me parece que es porque todos somos de algún modo parientes o muy conocidos y todo lo público es privado y viceversa.

–¿Y a quién llaman raro acá?

–Bueno, había un hombre que salía a tomar mate con la madre debajo de un farol, así helara, todos los días. Ahora la madre murió y él va al cementerio todos los días. Pero es un loco integrado, se lo respeta. Cuando vino gente del conurbano, Duhalde los trajo y los trajo mal, los desembarcó de camiones, la gente decía: "No es cara de Villegas". Pero acá hay también hechos positivos, tenemos dos librerías que venden muy bien, acá se lee.

–¿Por qué decís que Villegas es un pueblo conservador?

–Y, por ejemplo, la resistencia a los supermercados coreanos; acá hay tres, cuando se puso el primero, el diario *Actualidad* habló del "Terrible oriental".

Leo en el diario *Actualidad*:

Escaneado con CamScanner

Se reunieron los comerciantes locales ante la amenaza de los supermercados chinos. La instalación de los supermercados chinos es un flagelo que comenzó a afectar a toda la zona. En General Pico tienen quince y no los pueden manejar. Se formó una comisión que se encargará de investigar si esos comercios están bien habilitados, si tienen todo en regla y si están encuadrados en leyes nacionales.

Nieves no sólo aprendió historia de Villegas por computación, también estudió el idioma vasco de la misma forma y como coronación del curso, hizo un cuatrimestre de ocho horas por día de estudio. Hablamos de los vascos, con los que se siente muy identificada, pero no viviría allá. Me dice:

–Este es mi lugar.

Los que perdieron

Juan José Castelli, que acompañó a los batallones que difundían en el norte del país el ideario de Mayo, decreta que en cada intendencia un indio sea representante de su raza en la comitiva. Los ranqueles, antiguos habitantes de Villegas, acompañaron a Urquiza en la batalla de Cepeda. Poco después empieza la gran persecución a los indios del sur y el general Villegas, el fundador por azar del pueblo, tenía guerras casi particulares con el cacique Pincén: Villegas atacaba y Pincén se llevaba vacas en resarcimiento. Villegas se instaló en Trenque Lauquen y arremetió contra las tolderías de Pincén.

El único descendiente de Pincén que vive en Villegas está en cama en su casa de La Trocha, barrio humilde de casitas bajas con aspecto de palomar. Se quebró la cadera yendo al centro en bicicleta. ¿No hay colectivo? No, van al centro en bici, en moto o a pie. Él se llama Roberto Gabino Cejas, su papá era vasco y su mamá se llamaba Marcelina Pincén. Su mamá le contó que antes tenían huerta, ovejas y corderos. Él alcanzó a comer charqui: la carne se colgaba al aire libre y duraba meses. También comió Roberto carne de potro. Su mamá, que vivió más de cien años, le contó también que en General Pico y en Carhué, donde estaban las tolderías, entraban los militares para matarlos. Ella y su gente hacían pozos en la tierra y los cubrían con ramas cuando pasaban los soldados. Allí se escondían. Su mamá era la menor de todos los hermanos. "No estaba cristianada", dice Roberto. Pero él sí. Trabajó muchos años como portero de una escuela y los signos de su cristianismo se ven en su pieza. Tiene a la Virgen de Luján, a la de Itatí, un mantel del Gaucho Gil y una foto de Perón con Eva. Y arriba, un gran cuadro del Sagrado Corazón de Jesús.

Me dice: "Yo era muy querido en la escuela, cuando me jubilé, me despidieron todos". Su mujer tenía hijos de otro matrimonio. Una hija de ella murió en el parto y Roberto recogió a los cinco hijos de ella, había gente que quería adoptarlos pero él se los llevó a vivir a su casa, para que los hermanos no estén separados y dijo: "Para no ser que alguien los cagase a golpes".

Escaneado con CamScanner

En la casa están dos de las nietas, viviendo con el abuelo, de veinte y diecisiete años. Las chicas terminaron el secundario, los varones trabajan y la mayor está casada y vive en el centro.

Roberto les pide a las chicas que saquen cosas de un baúl que está debajo del Sagrado Corazón, quiere una foto y una lanza. La foto, me dice, es de cuando el cacique Pincén fue vencido y confinado en la isla Martín García. Las chicas no encuentran lo que pide, en cambio aparece una esculturita que hizo él con una vértebra de oveja: "Un gauchito", dice. La parte saliente de la vértebra es el sombrero. Las chicas encuentran también un recordatorio del día del padre, con todas las fotos de los nietos ensambladas y la leyenda "Abu, te queremos mucho".

Y no se encontró la foto de su antepasado el cacique Pincén, ni la lanza y dijo: "Seguro que se perdieron en la mudanza, porque hace poco nos mudamos del Ciclón" (el Ciclón es otro barrio humilde de General Villegas). Sí, perdió la lanza de sus antepasados, perdió tierras, pero me parece que en la vida no perdió.

El restaurante

A pasos de mi hotel que se llama Rucalen (estar en casa) está el restaurante Lusco Fusco ("sombras y luces" en catalán) pero todos lo llaman "Lo de Leo". Leo es el dueño y el nombre del local viene de que él vivió muchos años en Barcelona; aprendió cocina con su abuela y con

el Gato Dumas. Pero como también estudió arquitectura, lo decoró a su manera y es una casa de fondo y zaguán, toda colorida, con boquitas pintadas en las paredes, listas de recomendaciones cómicas pegadas en la puerta cancel y árboles de naranjas y mandarinas en el patio trasero. Él le quiso poner al restaurante como nombre "Boquitas Pintadas" porque es pariente del protagonista del libro de Puig, Juan Carlos Echepare, pero tuvo problemas con otros parientes, que no quisieron. Cocina una cantidad inimaginable de tartas, tapas, sopas, verduras y lo que gusten los comensales; él sabe lo que van a querer. Cocina caminando constantemente mientras me habla y dice:

–Mi papá era gastronómico y empresario de la noche, yo soy un amable cocinero, me acuerdo si comen con sal, sin sal. Yo quiero que alguien cuando entre y pase por el zaguán, tenga recuerdos de cuando pasó otra vez por un zaguán. Un viernes había cinco parejas que cenaban sin hablarse, jugando con el celular; yo me puse a dinamizar eso, puse una película y les inventé un concurso para hacerlos participar. Cada mesa del restaurante tiene un nombre. Aquella se llama "Esta mesa es mía" por una señora que solía sentarse allí, pero no la había reservado, igual la consideraba propia. Otra se llama "Leonardo" que es como me llamaba un político caradura cuando quería comer de fiado. Otra se llama "Algo divertido" por una clienta que me pedía algo divertido para tomar el té. Yo trabajo solo porque hay que esperar que vengan los empleados y uno se hace malasangre. Ese es mi apodo, "Malasangre". A mucha gente del pueblo no le gusta venir

Escaneado con CamScanner

acá, porque quieren vitrina, vidriera, mirar y ser vistos cuando van a comer, aunque en verano los cascarudos los meen. Este pueblo sigue siendo tan boquitas pintadas como en tiempos de Puig, pendientes de la vida del otro. Sigue siendo un tema fuerte la infidelidad, acá al restaurante vienen muchas parejas infieles de los pueblos vecinos para no hacerse ver en su pueblo. Este pueblo tiene de bueno la cordialidad de la gente, a mí me da para vivir, además yo soy de acá, mi abuelo era primo de Danilo (me muestra la foto del personaje de *Boquitas pintadas*). Yo me crie con mis abuelos y había una parte del álbum familiar que no me explicaban nunca. Un día mi abuela me cuenta la historia de Danilo (Juan Carlos Echepare en la ficción de Puig). Y cuando voy a estudiar a Buenos Aires, conozco a Celina (otro personaje). Ahora muchos están muertos y yo voy al cementerio: saco las telarañas.

En la puerta del local hay un letrero: "Instrucciones para entender Lusco Fusco": "Se ruega tener paciencia, Leo, el Malasangre, está solo y juró que en esta etapa de su vida va a relajarse y a disfrutar. Pese al dolor de pies".

Una vuelta por el pueblo

Voy a recorrer el circuito Puig con Patricia Bargero y Jesús Pascual. Jesús es morocho, de rasgos definidos, podría ser un profesor de Gimnasia, un músico de rock, un fletero próspero. Patricia está en silla de ruedas porque se accidentó hace unos treinta años, cuando tenía veintiuno, en la ruta. Con su silla va a todas partes y tiene más actividades sociales que cualquier persona en uso de sus piernas. Patricia es la que se ocupa de todas las actividades en torno a Puig que se llevan a cabo en Villegas: talleres, jornadas, lecturas. Le pregunto:

–¿Cómo fue tu primer contacto con Puig?

–A los siete, ocho años yo escuchaba lo que decían, era el tipo que había sacado los trapitos al sol del pueblo y se ensañaba con los médicos y las maestras. Mucho después me puse a leer y me pateó al medio. Me impresionaba el modo de narrar y a medida que iba leyendo me preguntaba el porqué de la reacción de la gente.

–¿Ahora en Villegas lo leen? ¿Qué recordás que te haya dicho la gente a propósito de la lectura?

–Los chicos que recién empiezan el taller dicen: "Odiaba al pueblo"; otros: "Su madre le llenó la cabeza de odio". He oído decir también que Puig no tenía potrero, que nunca jugó con tierra.

–Cuando se estrenó la película que se hizo sobre el libro de Puig, ¿qué pasó?

–La película se hizo en el setenta y cuatro y acá en Villegas se dio recién en el ochenta y dos. Antes se dio en todos los pueblos vecinos, no la dejaban exhibir acá, pero todos corrían a verla al pueblo de al lado.

Patricia va a todas partes con su silla de ruedas, la primera rampa para discapacitados de Villegas la pusieron por ella, después pusieron otra en otro lugar adonde iba.

Escaneado con CamScanner

Más tarde se dieron cuenta de que ella iba a muchas partes, así que las tiene a todas a su disposición. Se acompaña con sus amigos, con una señora en la casa y con... Puig.

–Nosotros le decimos cariñosamente la viuda de Puig –dice Jesús.

Y allí vamos, hacia un mojón donde se lee: "Conozca la ciudad del escritor Manuel Puig. Municipalidad de General Villegas".

* * *

De los tiempos del escritor, queda solamente una zapatería antigua. Los zapatos están en cajas marrones en altas estanterías, nada de zapatos a la vista y uno vuelve a la época en que el vendedor sacaba un zapato de la caja de un solo movimiento y lo alzaba como a un objeto encantador. La caja traía un papel finito, como para envolver algo delicado. Desde la calle se ven los asientos enfrentados de la zapatería donde la gente se los probaba, un espacio amplio entre un asiento y otro, como para saludarse como en la calle. Más adelante hay otro negocio que Puig menciona, que antes vendía tortas (Patricia y Jesús alcanzaron a ver las tortas bajo una campana de vidrio) y cerca, un negocio de ropa que vende ropa como la de antes: bombachas, pantalones marca Ombú y la boina vasca. El viejo Cine Teatro Español que antes traía zarzuelas, ahora recibe a Nazarena Vélez. En la plaza había una glorieta, donde tocaba la banda de música. También vi una de las casas

en que vivió Puig, hecha tapera. Tal vez esté bien que esa casa quede así, simplemente como una tapera cualquiera, sin placas ni retoques que muestren manipuleos varios. Así como Puig se ocupó de escribir sobre la gente del montón y de las cosas de poca monta que decían, su casa puede quedar como la de cualquier otro, con los yuyos asomados a las paredes.

Esta casa es mía

Patricia vive en una casa donde vivió Puig. La compró por ese motivo y la está pagando en cuotas. Es una casa grande para una persona sola y tiene un jardín con un aljibe decorativo. En las paredes que dan al jardín hay boquitas pintadas y en una rinconera, fotos de Puig. Hablo primero con Jesús que se tiene que ir a ensayar para la murga. Dice:

–Militaba buscando espacios de expresión y quedamos con ganas de participar. Yo tenía talleres de educación por el arte y armamos la murga "Los colifatos de la llanura". Me hice amigo de Patricia y empezamos a trabajar en promoción de la lectura (conoce la casa, trae el café, ayuda a Patricia para desplazarse en su silla de ruedas). La murga de ahora se llama "Escrachados de la trucha" y el espectáculo, "Boquitas pintadas". Lo tomamos de Puig porque hace entrar voces populares en la novela y la murga es popular. El espectáculo se centra en la Raba y el Pancho, los pobres del pueblo.

Escaneado con CamScanner

(Puig en su texto dice del Pancho: "¿Cuál era en ese momento su mayor deseo? Era dar una vuelta por las calles principales de Vallejos con su flamante uniforme".)

Ver y ser visto, saludar y ser saludado. Le pregunto a Patricia:

–¿Sigue teniendo importancia el saludo?

–No saludar es falta grave. Hay expresiones "Me negó el saludo", "Apenas me saludó". Y si el saludo es exagerado también se puede interpretar como falluto.

(En Puig aparece la Raba. Dice: "Si le hacen un hijo después la gente no la va a querer saludar como me hicieron a mí".)

El desprecio y el aprecio, el que es de Villegas y el que es de afuera, el del centro y el de los barrios.

–¿Siguen correspondiendo los clubes sociales a las distintas clases?

–No, ahora la diferencia es entre los del centro y los de los barrios, la gente de los barrios no entra a los cafés y restaurantes del centro, van a dos pizzerías, a las que no van los del centro. Otra diferencia es si es de Villegas o de afuera. Se dice "no es cara de Villegas".

(La bibliotecaria Nieves me había dicho que si ella veía una persona por la calle que no podía filiar, la sacaba por el aire de familia, por la nariz o el modo de andar.)

–Patricia, ¿en qué consiste tu trabajo como gestora cultural?

–Doy talleres de lectura, formo parte del grupo que organiza la movida de Puig cada dos años. El nombre de la asociación civil que la patrocina es "Te queremos tanto". Yo era bibliotecaria y tuve que dejar en el 2004, se redujeron las actividades de extensión de la lectura y otras actividades conexas de la biblioteca. Pero ahora se empieza a mover todo un poco más.

–Hace unos tres años hubo en Villegas una violación de una chica de trece años. Sus acosadores fueron tres hombres de más de veinte años. ¿Por qué este hecho se vio desde la capital como una violación y acá la gente lo juzga de otra manera? ¿Por qué?

–Acá se dice que la chica no era una santita, que la madre la usaba para chantajear y fotografiar a los implicados. Sea como fuere, es una menor y es una violación.

Pocas personas piensan como Patricia; convierten en víctimas a los acusados. Vuelvo a Puig. El protagonista de *Boquitas pintadas*, muchacho que se las sabe todas, admirado por canchero, seduce a una chica de trece años y no la mira más. No la saluda más. Juan Carlos muere tuberculoso y como la chica le deseó la muerte por haberla "deshonrado", cree que su deseo fue eficaz y confiesa a un sacerdote su pensamiento, para aliviar su gran culpa. Me viene a la memoria una expresión criolla "jabón sin pecar", o sea, virgen, sin usar, y otra, de mucho uso en los remates de hacienda, "vaca usada". La virginidad como una virtud sustancial, no importa las circunstancias en que se pierda.

A Villegas le falta un escritor que, alejándose un poco del pueblo, relate las cosas que pasan ahora.

Escaneado con CamScanner

Año Nuevo en Almagro

A mí en Navidad y Año Nuevo me vienen sentimientos ecuménicos. Viene a ser que me acuerdo de que hay gente en el mundo que crece, sufre y muere, y dejo de ser "El centro del queque" como dicen en Cuyo y en Chile. Este sentimiento tiene algo de estado poético inoperante, pero yo me las arreglo para darle potencia. Porque tengo conciencia de que hay mucha gente sin luz en la ciudad; otros no tendrán gas ni casa. Yo no hago nada por ayudarlos. ¿Cómo me las arreglo ante eso? Si voy a cenar a un lugar caro, por ejemplo Las Violetas, para que la riqueza no me afecte me doy un baño de pobreza y desprotección, me voy a tomar un café al antro que está enfrente. El antro tiene como una galería con mesitas de madera donde se puede fumar, mesas de madera abandonadas de la mano de Dios, el café tiene gusto a raticida y frente a mí, una señora pálida, de blancura dramática y con aspecto de haber tomado decisiones extremas en muchos momentos de su vida, toma otro café. Los baños del antro se encuentran atravesando un pasillo absolutamente oscuro; sólo hay una luz roja en la barra, y la luz no parece indicar diversión y jolgorio sino peligro. Ese lugar es lo más anti año nuevo que hay pero el 31 de diciembre

Escaneado con CamScanner

a las ocho y media de la noche adquiere un significado especial por mis sentimientos ecuménicos. La puerta del baño está toda dibujada con figuras porno. Son dibujos muy soeces, no por lo que muestran, sino por el trazo. Ese baño es un sucucho subhumano que recuerda lo que decía Empédocles: "Los peces viven en una mónada donde no entra ni un rayo de inteligencia", y la letra, ídem. Un cartel dice: "No olvides a tu ruta o a tu puta". Debe ser a tu puta, porque el que escribió eso no tiene ninguna ruta, es un súcubo del baño. Al antro entran dos policías, se ve que son amigas del de la barra, que les dice: "Feliz Año Nuevo, chicas". Una de las policías es rubia teñida color girasol, lo saluda y el encargado les dice "Chau, chicas, felicidades". Y entonces uno repara en que es Año Nuevo y en que las policías tienen casa, a lo mejor se van a dar un baño, se toman una copa.

Y sentada junto a la mesa de madera vieja como si estuviera en una playa olvidada y la mesa hubiera conocido el sol y los vientos, miro pasar a la gente y descubro que la gente sale de alguna casa y va a algún destino, algunos a comprar con bolsa o carrito, otros vestidos y con un paquete van de visita, otros, con ojotas nomás salieron a hacerle dar la última vuelta al perro, antes de darle gotas calmantes para aminorar los ruidos de Año Nuevo. La música del antro es de cumbia villera y recuerdo las letras y los arabescos del baño; son como arabescos ganchudos. ¿Por qué el interior del antro tan oscuro, sólo iluminado por alguna que otra vela no es una oscuridad estimulante? ¿Quién irá allí? Íncubos y súcubos.

Pero ya se hizo la hora de tomar una copa antes de comer en Las Violetas. Ya estuve en el infierno y me merezco una copa con mis amigos. En Las Violetas está el mozo pingüino emperador que no saluda a nadie y me evalúa de pies a cabeza; no me saluda, no me pienso irritar: es Año Nuevo. Y los mozos se deslizan con pasos de danza y contradanza, como si estuviéramos en la belle époque. Descorchan acá y allá, en acompasada armonía, faltaría sólo un vals vienés. Conversamos sobre París, Londres, Irlanda y yo siempre digo lo mismo, que me gustaría ir a Irlanda y Portugal, porque son lugares chiquitos, manejables. Pero no sé si me gustaría ir; es Año Nuevo y me gusta estar en mi barrio. El marido de mi amiga dice que el mundo es un pañuelo y que en Londres se encontró con no sé quién. Y yo siento que sí, que es un pañuelo pero enorme y en ese momento recuerdo un cuadro de no sé qué pintor donde se ven todas las ventanitas de los departamentos, donde se ve a una mujer sentada en una silla, otro sale a regar y cada uno hace algo distinto. Sí, están muy bien París, Londres y lo que fuere pero en la mesa de enfrente algo me llama la atención. Hay dos hombres, uno mayor pero no demasiado y uno más joven que no parece tener nada que ver con el otro. El mayor parece agradecido de su suerte, debe ser comerciante y le va bien, tiene cara de tener buenos modales, es uno de esos feítos que como quien no quiere la cosa se va imponiendo sin ninguna alharaca. Debe pensar: "Por suerte me puedo pagar esta cena en Las Violetas, parece mentira que esté acá, yo que...". El

Escaneado con CamScanner

más joven tiene cara de estudiar filosofía u otra carrera igualmente sesuda. Sus conocimientos le ensombrecen la frente y los ojos, seguramente debe pensar que todo lo que lo rodea es una feria de vanidades. ¿Qué argamasa los une? No parecen ser familiares, no parece que puedan ser amigos... Misterios del Año Nuevo, porque es Año Nuevo para los que están en la Antártida, para los mendigos y para los ladrones.

Al día siguiente está todo cerrado, menos el supermercado chino de la esquina de mi casa. El chino es amigo mío y le digo:

–¿Cómo, abierto hoy?

–Año Nuevo chino empieza 31 de enero.

–Ah, ¿y festejaron?

–Poquito –me dice, y se le achinan más los ojos con la risa–. Sí, con ananá fizz.

La buena educación

Ayer tomé un 92 medio vacío y me llamó la atención una señora... ¿Sería de unos sesenta, setenta años? Era difícil adivinarle la edad, así como también su condición social. ¿Sería pobre? No parecía rica tampoco, ni tenía ese empeño visible de la clase media en parecer pulcra y con colores armonizados. Por sus ropas me pareció más bien alguien que iba de incógnito. Muy ama de casa tampoco parecía; decidí que tenía algo de inspectora. Y se sentó a mi lado.

–Señora, me bajo en Pueyrredón –le dije para no tener que levantarme si ella bajaba antes.

–Lo mismo –dijo–: Me bajo en Laprida.

Ella se instaló del lado de la ventanilla y la sentí dueña del asiento, como si permitiera que yo estuviese a su lado. El chofer era un muchacho un poco gordito, del tipo gordo ágil y manejaba muy rápido y bien, eso se notaba cuando pasaba al otro 92 que iba adelante (ellos suelen ir de a dos o de a tres para entretenerse jugando carreras): pasaba al otro con transiciones suaves, como si hubiera nacido al volante. De repente dijo: "¡Uy!". Yo pregunté qué había pasado y mi vecina de asiento que miraba para adelante y parecía que no se fijaba en nada, dijo:

Escaneado con CamScanner

–Claro, no debió pasarlo por la derecha.

Yo no me había dado cuenta de nada. Su voz era seca y fría y yo me sentí ignorante. El chofer dijo:

–Le salió bien, qué coraje esa mina, a veces las minas son corajudas.

Yo no supe qué decir porque no es usual que el chofer hable; tampoco sabía por qué era corajuda esa mujer que se había cruzado.

–Sí –dijo mi vecina inspectora–, pero puede terminar arriba de un árbol.

Sonaba más bien a profecía, a deseo de que terminara arriba de un árbol. El chofer echó una risita, como si eso tuviera algo de gracioso. Subió una mujer al colectivo, saludó, y él le contestó. Yo me quería hacer merecedora del asiento y dije algo de la buena educación, quería que esa señora inspectora me aceptara y aludí al saludo como una costumbre perdida. Ella dijo, sin mirarme:

–Es la buena educación.

Se veía que para ella la buena educación no tenía que ver con modales que hacen más agradable la vida, era como si tuviese un origen divino. El chofer volvió a hablar:

–Allá está el bollo porque estacionaron en doble fila.

Ella dijo:

–No está permitido.

Y él le hablaba a ella, si bien la buena educación no le importaba mucho. Yo nunca hubiera sabido cuándo y dónde se debe estacionar. Él dijo:

–Es allá, allá en el Bazterrica.

Ella otra vez contestó algo. Yo sentía la necesidad de decirle algo al chofer, un poco para no parecer tan ignorante y otro poco por la rara oportunidad de hablar con el chofer. Entonces dije algo de lo que inmediatamente me arrepentí:

–¿Y a usted le gusta que lo saluden?

Me arrepentí porque pensé que la señora iba a reprobar esa pregunta. Él me dijo:

–Cuando son dos o tres vaya y pase, pero cuando saludan como cien, ya pienso que me quieren pedir algo.

Ella insistió:

–Es la buena educación.

Yo quería hacerle otra pregunta al chofer como para integrarme a la conversación y no bien se formulaba la pregunta en mi cabeza ya me parecía desechable; sin embargo, sabiendo que me iba al ostracismo, le dije:

–¿Cuántas veces hace este recorrido por día?

–Cuatro veces.

Me contestó parcamente y no era parco. Evidentemente conversaba con ella. Yo tenía otra pregunta en el tintero: de dónde salía el 92 y hasta dónde llegaba. Realmente, me hubiera gustado saberlo. Pero me pareció tan irrelevante (mi compañera de asiento hacía un silencio sonoro) que me callé. El silencio de esa mujer tenía la virtud de hacerme sentir como una vez a los seis, siete años, cuando estaba jugando con una nena un poco chiflada. Cada vez que yo hacía algo, me hamacaba, o echaba una carrerita, la nena pateaba el piso y decía "¡No!" con fuerza. Me hacía sentir en falsa escuadra. Todo lo que

Escaneado con CamScanner

yo era y hacía estaba mal para esa nena hasta el fin de los siglos. Claro que ahora era distinto, el desconcierto no me sacudía como a una planta apaleada, yo tenía mis defensas. Cuando llegué a Pueyrredón, eludiendo todas las normas de la buena educación, me bajé sin saludar a ninguno de los dos.

San Juan de Vera de las Siete Corrientes

Cerca del hotel hay un café biblioteca o biblioteca café. La biblioteca es reducida, está en una vitrina cerrada con llave. El café es amplio, con cuadros que representan películas nacionales viejas. El dueño guarda esos libros bajo llave, pero no parece que fuera por amor a ellos, más bien parece un trámite formal, un hábito heredado que no se puede abandonar, porque si por él fuera, incendiaría los libros y a los parroquianos atornillados a las sillas que están junto al mostrador y a los abalorios que cuelgan del techo. Abro uno de los libros, una autora dice en una entrevista: "He nacido escritora, como otros nacen ciegos, cojos o sordomudos". Otro tiene un relato, "El kamasutra guaraní". Escribe así: "La veo alejarse con el movimiento glamoroso de una palmera que de vegetal se ha vuelto animal y de animal se ha vuelto divina para que por la noche yo sienta que la carne grita con su presencia". Qué imaginario fuerte.

En el pasillo que lleva al baño, una caja fuerte de unos cien años, cuadros diversos en penitencia en la oscuridad mezclados con muebles descartables. Es como si la idea de lo literario fuera conexa con el disparate y el bochinche. A media cuadra está el Ministerio de Educación. En un rincón del patio, un santuario de la Virgen de Itatí tiene

Escaneado con CamScanner

flores naturales y artificiales y una especie de retablo recortado de una revista, la imagen está sobre una mesa cubierta por un viejo mantel. En el centro del patio, un macetero grande y una señora con una pala está sacando una planta "porque crece muy mucho". No tiene ese predio aire de ministerio, todo parece casero, doméstico. Ya más hacia el centro un gran cartel "Fuegos artificiales". Todos los carteles son enormes. En la Galería Siglo XX, uno: "¿Tuviste un accidente? Cobrá la indemnización". Debajo hay una ruta, pintada a todo color, rodeada de pasto verde y cielo azul y una especie de bollo que se fragmenta en mil pedazos. Otro abogado se anuncia con su nombre y debajo una balanza enorme, dorada. La vocación de grandeza se ve en una vidriera que expone una escultura grande del Gaucho Gil (algunos la tienen en su casa). Un humilde café que vende gaseosa en vaso se llama "La financiera". Y carteles de todo tipo, algunos con signos de admiración: "¡Productos Avon!". Y pegados a una columna:

Clases de metafísica
Dorita Olivano
Costo: Donación voluntaria

Otro, al lado:

Rubén Ledeño
Enseñanza espiritual metafísica
Costo: Donación voluntaria
Hotel Guaraní

En la plaza Juan de Vera, una placa en conmemoración del trigésimo sexto aniversario de la noche de los lápices. Esa placa los hace sentir más compatriotas, somos del mismo país. Corrientes siempre tuvo una política distante de Buenos Aires, no en vano se la ha llamado "La República de Corrientes". Ferré, el caudillo que gobernó durante muchos años, no le concedió a Rosas los poderes extraordinarios. Y los soldados correntinos que eran reclutados para la guerra del Paraguay, desertaban o los llevaban engrillados. Por esa época, los correntinos decían: "Porteño y víbora de la cruz, la misma cosa".

Sigo mi camino y veo la casa del poder judicial (espío todos los patios y este es de palmeras y aljibe). Esa casa perteneció al primer gobernador del estado. En la plaza, un loco manso lee la Biblia en voz alta pero prudente, como si estuviera ante un auditorio invisible para los demás. Le pregunto:

–¿Está leyendo la Biblia?

No cambia de expresión, no se sobresalta, como si mi interrupción fuera previsible. Me dice: "Hay falsos cristos, mucha desviación del antiguo testamento, le ponen la corona a la virgen, pero ahora le ponen la corona a cualquiera (pensé que se refería a las reinas de belleza).

Una vida movediza

Me dicen que debo conocer a Miguel Ángel Caminos. Es coreógrafo del carnaval, y como debe hacer un ensayo

Escaneado con CamScanner

de danza después de la entrevista y está apurado, me produce una curiosa sensación: está como muy presente pero a punto de irse. Me cuenta:

—Yo nací en un pueblo cerca del campo, allí no había profesores de Danza pero yo bailaba de chico. Vi *Amor sin barreras* y los bailarines me parecían fabulosos. Después fui a Corrientes capital y todavía no era religioso practicante. Mi religiosidad se desarrolló más tarde, cuando fui a Buenos Aires después del 82. Era el fin del proceso militar y yo quería estar con la gente que necesitaba apoyo, con los humildes. Mi religiosidad se desarrolló al estar lejos de casa y estuve doce años con los franciscanos. Hice los votos y era hermano, no sacerdote, yo quería ser hermano. En los franciscanos conocí un grupo de gente con la que aprendí mucho, algunos han salido del convento y se dedican a la danza, a la plástica. No es tan rara mi vida, la religiosidad popular para mí incluye el carnaval, que es una manifestación del espíritu religioso en general. El título de mi tesis para la licenciatura en artes visuales es "Del rito de la fiesta al rito del espectáculo". De 1960 en adelante el carnaval se convirtió cada vez más en una revista, en una especie de show. En las nuevas generaciones hay gente haciendo buenas letras y música. ¿Ritmos? Todos: salsa, reggae, chamamé y jazz. Ahora empiezan a surgir los reyes del carnaval, pero tienen más plafond las reinas, hay reinas de todas clases, la reina tiene un aura, una corona, se habla mucho de ellas. Yo les digo a las chicas, para que no se pongan coronas chotas que miren las coronas de

las vírgenes centroeuropeas que son tan lindas y elegantes. Acá hay una cosa con la monarquía, con un poder fuerte. Cuando hicieron la cúpula de Itatí querían que fuera más alta que la del Vaticano pero (se ríe) la virgen no entraba en su nicho correspondiente. Volviendo al carnaval, las dos grandes comparsas son Ara Berá y Sapukay. Más que competir entre las comparsas compiten entre las de la misma comparsa. Hay una interna, digamos. Los trajes mejores valen más de cien mil pesos y los diseños son secretos. Verónica García Torrent que bailaba en los carnavales se casó con un hombre muy rico y tuvo cuatro hijos, mientras estuvo casada no bailó, pero cuando se separó, volvió al carnaval. Acá la gente se produce mucho, va al gimnasio, hace footing y si no va, cuenta que lo hace porque da prestigio. Yo tengo un elenco de bailarines, todos se compraron autos y siguen carreras tradicionales, derecho, escribanía, porque les quieren dar el gusto a los padres. Acá la familia es muy importante y en algunas, es importante la abuela. Acá el carnaval no es incompatible con lo religioso; la gente va a misa y después se pinta, se emborracha un poco y va a bailar. Y por otro lado, lo que me parece importante: en el carnaval se mezclan todas las clases sociales y la que es rica, tiene que someterse a la disciplina de la "córeo". Puede ser que si es rica tenga un poco de viento a favor para descollar, pero si no va, no va.

Escaneado con CamScanner

En el diario leo, junto al extracto de la lotería, la oración a Santa Ana, la madre de la virgen: "¡Gloriosa Santa Ana, abuela de Jesucristo, te pido que intercedas por mí, que estoy rodeado de deudas y de enemigos!". El culto de Santa Ana es antiguo en Corrientes, en el Museo Histórico hay una talla del siglo XVIII con su figura. Creo que tiene que ver con la importancia de las abuelas, me dicen que en muchas familias son más importantes que los padres. Cada vez que voy al centro veo una casa hecha tapera, con patio de plantas de color verde intenso y quiero entrar. Finalmente entro: pensé que era un lugar deshabitado, a lo sumo esperaba encontrar unos albañiles construyendo o destruyendo. Alguien me dice:

–¿Qué desea?

–Nada, estaba mirando.

¿Qué podría desear de eso? Y era el Museo de Antropología y la señora Silvia Ríos, museógrafa, me hace de guía. Me dice:

–Este es el gabinete de investigaciones antropológicas.

Me muestra una oficina que está en ruinas y añade:

–Esta casa es de 1865, y la han demolido mal, de cualquier manera. El predio del museo era mucho más grande, y el gobierno provincial le cedió al casino mil ochocientos metros cuadrados (en lo que ella llama oficina hay algunos restos arqueológicos mezclados de cualquier manera con muebles viejos). Esta zona es

casco histórico, se supone que hay restos arqueológicos y también se cree que los del casino han robado piezas de valor. El dueño de los casinos maneja la política. La iglesia es cómplice y no protesta. Se presentó una ley para declarar libre de juego un día al año y el gobernador la vetó.

En la plaza hay tres crotos, uno está recostado en un banco, aterido de frío y tapado con una frazada sucia. Dos están de pie, conversando animadamente. Uno es aguerrido, escrutador, de ojos oscuros, otro es de ojos claros, cara de componedor y parece atravesado por mil vendavales que no quiere volver a pasar. Pregunto:

–¿Acá no tienen un paradero para dormir?

–Señora, ¿usté cree que esto es cosa de paradero? ¿Qué arreglamos con eso? Esto es un problema de alcoholismo. ¿Usté cree que porque alguien diga "deje de tomar" va a dejar de tomar? No. ¿Usté sabe algo de alcoholismo?

–No. ¿No hay ayuda?

–No, no es que no hay ayuda, es que no están las palabras justas.

La palabra adecuada. En una lengua oral como el guaraní, la palabra lo es todo. El hombre quiso decir: la palabra adecuada para conmover, para llegar. Los griegos, más distantes, decían: "La palabra muestra y esconde", con relación a la verdad-engaño. Acá es la palabra que conmueve, que provoca. Un ejemplo son los signos de exclamación en los anuncios de los productos que venden. La palabra que no provoca, que no convoca es

Escaneado con CamScanner

ineficaz, no existe. Es una palabra fuerza, como el payé. El payé es un embrujo, para bien o para mal. Pero antes de ser bueno o malo, es una fuerza; las personas, los objetos la tienen. Los correntinos dicen a los de afuera "Corrientes tiene payé", o sea, una fuerza que los va a hacer volver.

En el patio del Museo Histórico hay una palmera que tiene ciento siete años y treinta y cinco metros de altura. Uno debe inclinar el cuello hacia arriba hasta el dolor para ver su copa: esa palmera tiene payé.

El encuentro de dos amigas

A mí me parece que para la mayoría de los correntinos no se pueden aplicar las categorías de creencia o incredulidad. Los santos son familiares y como a todo familiar, uno prefiere a alguno porque como dicen "cumple". Y se une la creencia en el santoral general de la Iglesia católica con el culto al Gauchito Gil y a San La Muerte. La Iglesia aceptó el culto al Gaucho Gil, de hecho en algunas iglesias lo bendicen, no así a San La Muerte. Voy con Evelyn y Natalia, del equipo organizador de la Feria del Libro al pueblo de Itatí, a unos ochenta kilómetros de la capital para ver el encuentro de la Virgen de Itatí, que está en la costa correntina del Paraná, con la de Caacupé, la virgen del Paraguay que viene bajando por el Paraná en lancha para visitarla.

Se oyen voces de "ahí viene, ahí viene" (yo, como de costumbre, no veo nada). Nos acercamos a las voces y en una costa de piedra hay mucha gente amontonada, como si fuera un racimo que se ha encaramado a las piedras más altas para ver mejor. A ese encuentro lo llaman de la hermandad. Un helicóptero sobrevuela y por el camino se ven autos, motos, caballos, carretas, nunca vi tantos gauchos juntos u hombres vestidos de tal. A los costados de la ruta, carpas de todos los colores, algunas con todas las comodidades. Los paisanos, mucha camisa roja y celeste. Evelyn me dice:

–A San La Muerte no lo nombran por respeto, por no decir por miedo. La iglesia no lo incorporó al santoral, sí al Gauchito Gil, pero no se entiende porque él era devoto de San La Muerte.

Hay un desfile de caballos pobres, medianos y ricos, autos caros, micros de Buenos Aires. Evelyn me dice que a la noche, cuando prenden los fuegos artificiales a la Virgen de Itatí la ponen frente a ellos, para que los vea.

–¿Qué le piden a la virgen?

–En general el pedido es secreto pero le traen a bendecir el auto, también le piden un auto, eso no se le pide a la virgen, se le pide al Gaucho Gil.

Lo dice medio en serio medio en broma, lo que me confirma que hay varios grados de creencia o adhesión. Ella me dice:

–Hay gente que camina más de cien kilómetros para llegar. Traen a bautizar a los chicos. Como les salen ampollas en los pies, cada ampolla significa un pecado.

Escaneado con CamScanner

Algunos tienen muchas ampollas, entonces hacen chistes sobre los posibles pecados, que quedan perdonados por la virgen. Las ampollas se curan pinchándolas con una aguja.

Pasan peregrinos del Chaco, de Misiones, de Paraguay, un micro Micromar de Buenos Aires. Itatí no es sólo un santuario, es un centro de turismo, de encuentro, de exhibición de ropas y caballos. Un paisanito está parado junto al camino, canchero, con botas de carpincho que son más claras que las de cuero de vaca, masca chicle y tiene una botella de algo discretamente escondida. No hay veredas; por la misma calle que queda estrecha van los autos, los peatones, caballos, carros, carretas, motos. Hay camionetas cubiertas como si fueran carretas, perros. Ya a la vuelta, por la ruta 12 que es la del Mercosur, un camión brasileño tiene un letrero "Mantenha a distância". ¿Adónde irá?

Durante todo el camino se ven peregrinos yendo o volviendo de Itatí.

Entiendo pero no hablo

Hace unos años, yo había comprado un libro cuyo título era *Entiendo pero no hablo*. Es la tesis doctoral de la antropóloga Carolina Gandulfo, estudiosa no sólo del lenguaje de los correntinos sino también de formas de religiosidad popular y de manifestaciones diversas de la vida cotidiana. En su libro habla del guaraní como la

lengua que es conocida y negada, sobre todo a los chicos por parte de los padres, que no querían que estos hablaran en guaraní ni que la maestra lo hiciera en la escuela por ser considerado una especie de jerga doméstica opuesta al castellano, que era símbolo del progreso y de la civilización. Para salir del rincón, del pueblo, hay que hablar castellano: saber solo guaraní es ser "quedado".

Esta creencia establecía ámbitos de exclusión; en la casa se puede hablar, en la escuela, no, los padres pueden hablar entre ellos, los chicos, no. En los recreos los chicos hablaban en guaraní entre ellos. Con la expulsión de los jesuitas, se prohibió su uso, llegándose al extremo de que hasta hace poco tiempo, donde toda la población rural hablaba sólo en guaraní se impartía la enseñanza en castellano. Como los alumnos no aprendían, se hacían interpretaciones erróneas acerca de las causas del déficit de aprendizaje: se atribuía a falta de estimulación temprana, de vocabulario, etc. A nadie se le ocurrió que los chicos no entendían al maestro. Carolina Gandulfo sigue en su libro una experiencia hecha en Lomas de González, a cincuenta kilómetros de la capital provincial, en la que se introduce el guaraní en el aula y en los actos escolares (enseñar en castellano sin traducción a una población guaraní hablante es como si a nosotros nos enseñara matemáticas un maestro alemán). En un acto escolar lo hacen hablar a San Martín en guaraní (que seguramente sabía) y en cuanto a los chicos, la maestra nota que cuando se les permite hablar en guaraní en

Escaneado con CamScanner

el aula, se vuelven más desinhibidos, más habladores y hasta se permiten hacer chistes a la maestra.

Carolina Gandulfo se mudó de San Fernando, provincia de Buenos Aires, a Corrientes hace doce años y no quiere volver.

–¿Por qué te viniste a vivir acá?

–En Buenos Aires trabajaba en el microcentro, a cinco cuadras del atentado a la Amia, eso me pegó fuerte, pero aparte yo era católica practicante. Buscaba vivir en comunidad, estudiaba a Boff y a los teóricos del cristianismo de la liberación, y el obispo de Corrientes me ofreció un puesto como docente secundaria.

–¿Qué diferencia notaste en el modo de ser de la gente?

–Cuando llegué, me enloquecía la cola del supermercado, eran cuatro y hablaban como si fueran veinticinco, nadie se apuraba por llegar, me pegaba el clima, el machismo, y el correntino que te marca que sos de afuera.

–¿Por qué se producen las peleas acá?

–Acá evitan bastante el conflicto porque si se pelea, no se sabe adónde se puede llegar, pueden llegar al cuchillo. Y como lucha y dignidad personal son componentes de la personalidad correntina, en el 99 se hizo un laboratorio muy interesante con relación al tema vinculando trabajo y dignidad.

–Has trabajado mucho el tema del lenguaje. ¿Qué podés añadir?

–La mezcla del guaraní y castellano, el jopara, acá, a diferencia del Paraguay, está estigmatizado. Los sujetos de la prohibición son los chicos. Marta, la maestra que ahora

vas a conocer trabajó en la recuperación del guaraní. Cuando los chicos recuperaron la lengua, surgieron en ellos recuerdos dolorosos, traumáticos que estaban tapados.

–Hablaste del machismo.

–Bueno, por ejemplo en el chamamé, los ejecutantes son hombres (salvo el Chango Spasiuk que tiene una mujer como muestra), pero acá está también el tema de la autoridad paterna, de la materna, hay familias en que mandan los abuelos, son fuertes y efectivos los vínculos de compadre y comadre. Y cuando los adolescentes planean el futuro, piensan en carreras que agraden a su familia.

San Luis del Palmar

Carolina me lleva a la ruta que va a Itatí porque debemos encontrarnos en pleno camino con Marta, la maestra que trabajó con ella en el proyecto de utilizar el guaraní en la escuela.

–¿Dónde nos encontramos?

–Donde está la imagen de San Luis, dice ella.

Acá no se indica por kilómetro tanto y cuanto. Me llené de inquietud. ¿Cómo vamos a distinguir la imagen de San Luis en semejante confusión de carretas que se vuelven al pueblo, camiones que parecen carretas y todos los paisanos que se vuelven al pueblo de San Luis? Pero Carolina se ha acorrentinado y no se inquieta. Me explica otra cosa:

Escaneado con CamScanner

–Hay paraderos. Cerca de Itatí hay una posada donde se lee "Habitaciones". Esas habitaciones están reservadas a perpetuidad por determinadas familias, se las reservan todos los años y los hijos las heredan. Si llueve, la procesión a Itatí se hace igual. Cuando fue lo de la gripe A el intendente quiso suspenderla por la posibilidad de contagio, pero tuvo que permitir que se haga por presión de la gente.

En otros paraderos duermen los caballos. Veo pasar caballos de todo tipo. Antes de la peregrinación les dan una alimentación especial, les planchan el pelo, en fin, lo mismo que las paisanitas, que se van a la peluquería y se producen antes de montar a caballo. ¿Y cómo vamos a encontrar la imagen? La encontramos porque es como de un metro de alto. Había familias enteras sentadas justo al lado de la ruta, en mesas con comida, bebidas, con el caballo atado cerca. Marta y su grupo, unas diez personas entre grandes y chicos, nos reciben con gran cordialidad sin dejar de saludar al mismo tiempo a cuanto auto, camión, caballo, caballero que pasara. Pasaban autos de Paraguay, de Brasil (al de Brasil le hicieron la seña de siete por los siete goles que les hicieron los alemanes en el mundial). Eso era una procesión, un carnaval, un mirador, un paseo al aire libre, una competencia de recados, estribos y sombreros de ala ancha. Están sentados comiendo y a veces se levantan para saludar a alguien y lo hacen con la vivacidad con la que se tiran serpentinas en carnaval. Y van pasando carros con la imagen de San Antonio, ciclistas con la camiseta de Boca o de la

Argentina, y Marta, la maestra jubilada que visitamos, es una saludadora más. Me cuenta de sus exalumnos:

–Antes de que habláramos guaraní en la escuela, ellos estaban quietos y callados en sus bancos y cuando dimos las clases en guaraní empezaban a acercarse más, me tocaban, me cargaban, hasta me hacían chistes. Un día había mucho viento y yo tenía el pelo desordenado, y una nena me dijo: "Llegó la tormenta al aula".

Cuando volvemos a Corrientes capital, lo hacemos por San Luis. Todo el pueblo se ha desplazado a Itatí y está volviendo al atardecer. Todo el camino está cubierto de caballos, y también el pasto más cercano a la ruta, otros están cortando campo. Vuelven los caminantes a pie. Todo el campo se ha llenado de cuartos traseros de caballos. Por unos días, el campo se ha llenado de ruidos, encuentros, chismes, vanidades varias, religión. Después, quedará solo.

Bonpland y sus descendientes

Llevo a Corrientes el teléfono de Marian Bonpland, tataranieta del botánico, zoólogo y naturalista del siglo XIX, de fama mundial. Bonpland, francés, viajó a Paraguay para hacer estudios de flora y fauna, y desconfiando Francia, el gobernante casi vitalicio de la primera mitad del siglo XIX de que Bonpland fuera un espía rioplatense, lo retuvo casi nueve años en Paraguay en una especie

Escaneado con CamScanner

de prisión dorada: le dio un gran lote de tierra, una vaca, un intérprete, le permitió llevar sus herbarios y cuadernos de notas. Allí estudió la flora, la fauna a gusto y se relacionó con una mujer paraguaya, de la que tuvo hijos. Cuando lo expulsó, las vacas se habían multiplicado y Francia le permitió salir con todos los bienes adquiridos en ese tiempo, tenía muchas vacas, muchísimos cuadernos y dibujos propios de sus investigaciones. Pero no le permitió sacar a la mujer y a los hijos.

Marian es descendiente de la pareja que hizo con una correntina, porque se radicó en Corrientes. Cuando Bonpland estuvo retenido en el Paraguay, reclamaron por su libertad Humboldt, Bolívar, el embajador de Brasil y la señora francesa de Bonpland que había quedado en Brasil a la espera de los acontecimientos. Cuando sale de Paraguay, lo hace con ochocientas cabezas de ganado y ocho carretas con bienes, herbarios y animales disecados.

Marian es morena, del tipo mestiza criolla, pero con ojos claros. Es contadora y trabaja en el Ministerio de Producción, Trabajo y Turismo. Me cuenta lo que su familia le ha referido de su antepasado:

–Me contaron que en Paraguay él atendía a los presos, que era amigo de Humboldt, con el que hizo muchos viajes, Humboldt tenía dinero y financiaba los viajes, pero él se volvió a Europa. Acá en Corrientes tuvo tres hijos, yo vengo de Amado, yo soy Bonpland por parte de padre y de madre; mis padres se casaron entre primos. Yo estuve en Libres (Paso de los Libres) en la casa donde él murió,

todavía están los retoños de las rosas que él plantó. En Libres tuvo una chacra, la casa es de un descendiente. Ahí en la costa del río Uruguay nos reunimos una vez todos los descendientes, conocí a mis primos de Mendoza y a los de Buenos Aires. A mí me gusta mucho bailar y en el carnaval del 2008 se representó toda la historia de Bonpland, y yo bailé, hice de la hija de él, Carmen. En la carroza había yerba (él había estudiado el tema de la yerba mate), pájaros y orquídeas. Mi peluquero hacía del doctor Francia, presidente de Paraguay. Yo no quería llamar la atención, bailé abajo para no estar en la carroza, a mi lado estaba el río Uruguay, que quiere decir río de los pájaros. Había pajaritos también. Bonpland amaba a ese río.

"Otra vez en el carnaval hice siglo XX cambá; me tocó la década del treinta con la música de cabaret. El traje de baile vale según las plumas y la pedrería, varía mucho la calidad de las plumas. Sí, acá el carnaval es muy importante; mis abuelas, que eran amigas, en verano no se hablaban porque eran de comparsas rivales y si una chica se pasa de una comparsa a otra, es traición. A mí me gusta y no me gusta vivir acá, me gusta por la alegría y la vitalidad, no me gusta que sean cerrados. Por ejemplo, de mi nacimiento no se habló, se ocultó ante los primos porque mi papá se alejó y mamá quedó sola. De eso no se hablaba y ahora se habla hasta por ahí nomás."

Voy con Marian y su novio Mauro al Museo de Ciencias Naturales Amado Bonpland. Lamentablemente los

Escaneado con CamScanner

herbarios y cuadernos de Bonpland están en Francia. El guía suple con información la falta de elementos. Dice con entusiasmo:

–Bonpland y Humboldt fueron los primeros que dijeron a los brasileños que la extracción de oro iba a producir trastornos ecológicos. Además los dos estaban en contra de la agresión de los bandeirantes a los indios que habían quedado de las misiones jesuíticas –y añade–: Bonpland descubrió la forma de cultivar la yerba mate de calidad. Descubrió que la excreción de ciertas aves hacía germinar más rápido las semillas y experimentó con ácidos (la excreción era ácida). Trató, también de poseer un yerbal.

Y esta es la historia del francés Bonpland, científico, aventurero, experimentador y enamorado de Corrientes.

Un hombre polifacético

Ahora, un párrafo aparte. Yo fui a Corrientes convocada por la organizadora de la feria del libro para dar un taller y de paso, hice esta crónica. Maia Eirin me dio todas las direcciones, la de Marian, la de Lezcano, a quien vi muy fugazmente y hubiera sido una persona muy interesante para entrevistar por las fluidas relaciones que tiene con la gente de Asunción, ya que los correntinos tienen muchísima relación con Paraguay. Yo le pedí a Maia el e-mail de un historiador que no

fuera muy estructurado, de esos que tienen el discurso largo e incansable. Me dio el e-mail de Lezcano, quien se excusó y me remitió a Aurelio Schinini. No se lo puede tildar de estructurado: es botánico de profesión, historiador por hobby pero sabe y le interesan muchas cosas, como la gastronomía, la antropología cultural y está por dar un curso de orquídeas. Además está por mudarse y me anuncia que un amigo le va a mudar los licores que él mismo fabrica, otro, los cuadros y un tercero, la cocina. Es un hombre de lo múltiple. Yo no quería entrevistar a un historiador que fuera demasiado erudito para no aburrirme, pero el que no quiere aburrirse en este mundo es Aurelio: salta de un tema a otro como si mientras esperase tiempos mejores. Es mayor pero juvenil, se queja del dolor de piernas y le cuesta desplazarse pero se ríe con los ojos y parece a punto de bailar a cada rato. En la pared tiene un diploma de mérito al ciudadano y otro pergamino que le firmaron los amigos. Su living es oscuro, en un rincón tiene una imagen de San Antonio y al lado una caja de fósforos como para prenderle una vela. Me dice que hizo una cena con invocación al santo al que llama "San Antón". Responde a algunas preguntas como un profesor cansado de dar clase o de repetir lo mismo. Me pareció que si yo le hubiera pedido que hiciera de guía turístico de su propia casa, hubiera aceptado la propuesta lo más bien. Me privo de pedirle porque temo encontrarme con demasiadas sorpresas, algunas que yo no podría procesar. Entonces empiezo a preguntar

Escaneado con CamScanner

desordenadamente. Primero, por el nombre completo de Corrientes, que es "la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes". Es Vera por el fundador y las corrientes eran siete puntas que ingresaban al río formando canales y remolinos, como arroyitos que fueron taponados por la construcción de la ciudad...

Me muestra artículos que publicó en diarios sobre religiosidad popular y ahora está historiando la gastronomía correntina. Dice: "Hablar de gastronomía correntina es hablar de una olla en la que entran cuatro corrientes: paraguaya, brasileña, porteña y chaqueña. De Paraguay, chipá y sopa; de Chaco, carpincho y yacaré; de Brasil, toda la forma de cocción de guisantes, y del Río de la Plata, la comida de los inmigrantes.

Le pregunto por el significado del sapukay y me dice:

–Es un grito polisémico que expresa satisfacción, dolor, verdad, protesta, duelo, aprobación. Se usa para múltiples circunstancias: nacimiento de un niño, muerte del mismo; por ejemplo, cuando Julio Romero, primer gobernador civil después de los gobiernos militares, cruzó de la Casa de Gobierno a la Iglesia de la Merced, toda la gente lanzó un sapukay de aprobación y acompañamiento.

(A mí me contaron que Borges fue a dar una charla a Corrientes, le gritaron un sapukay cerca, se sobresaltó y les dijo: "Soy ciego, no sordo".)

Aurelio escribió una publicación muy completa sobre Bonpland en colaboración con Aurora Arbelo (Aurora llama por teléfono mientras estoy preguntando). Allí

cuenta que el botánico cambió su nombre Aimé por Amado. Cuando se estableció en San Borja, organizó un establecimiento agrícola ganadero en un campo de treinta mil varas cuadradas.

Aurelio me cuenta que Bonpland recibía una pensión de su país de origen, que cobraba en un banco de Montevideo. O sea que pobrecito no era. Sin embargo, el folleto tiene un epígrafe de un descendiente de Bonpland, Carmelo, que escribe:

Humilde como el de Asís
Él mismo, ciencia del alma
Ser bueno como una planta
Para llenarte de flores
De cantos, nidos y ramas.

Esta visión un tanto idealizada de Bonpland es compartida por Marian, quien me dijo que todos los Bonpland se caracterizaban por ser muy humildes. Aurelio me preguntó con cuál de los Bonpland había hablado, y le conté que Marian se había bailado todo el corso del 2008. Me dijo:

–Sí, yo sugerí ese tema.

Finalmente, le pregunto qué les faltaría a los correntinos. Dice:

–Nos haría falta un museo del hombre correntino, donde estuvieran sus creencias, sus hábitos, sus objetos y también un museo rural pero a ese no lo van a querer hacer, porque revelaría todos los medios de sometimiento por parte del patrón.

Escaneado con CamScanner

Me dice "yo he viajado mucho" y me despide tocando un instrumento con un palo o vara, mientras cantaba a Iemanjá. Quedé tan sorprendida que no recuerdo bien la forma del instrumento, ni si el canto era a Oxalá o a Iemanjá, pero andaba cerca de eso.

* * *

De todas las avenidas costaneras que he visto, la más linda es la de Corrientes. Y es mucho decir, porque las de Asunción y Formosa son hermosas; pero la de Corrientes tiene como un brillo y un empuje tan propios, que parecen autogestivos. En sus veredas muchos hacen footing, o están parados pescando y hay muchos puestos al paso bien instalados que venden gaseosas y hamburguesas, también restaurantes con vista al río. A lo lejos se ve una fronda tupida: es el Chaco, a cuarenta kilómetros, y en cuarenta minutos se cruza de capital a capital por el enorme puente lleno de tráfico de autos y micros que van y vienen de Resistencia a Corrientes y viceversa, para estudiar, comprar, trabajar o pasear. Cuando llegué por el aeropuerto de Resistencia porque el de Corrientes estaba en refacciones, le dije al chofer que era correntino:

–Me parece que en el Chaco hay más industria.

–Sí, pero no tienen la costanera.

Están orgullosos y con razón. El taxi que me llevó de vuelta para tomar el avión a Buenos Aires tuvo que ir a paso de hormiga, con tráfico similar al de cualquier

autopista de Buenos Aires. Ahí también han comprado muchos autos.

Subí al avión con ganas de volver a Corrientes.

Escaneado con CamScanner

Corrientes tiene payé

Antes de dedicarme casi de lleno a hacer crónicas de viaje, hice algunas pocas que se perdieron. Dos o tres se publicaron: la que ahora voy a tratar de recordar, en una revista; la revista no salió más y entonces a mí me pareció que debía perder también la nota, como si nunca hubiera existido, la tiré en una mudanza. Por ese tiempo me gustaba mucho el chamamé y cuando escuchaba tocar "Kilómetro once" me paraba como si tocaran el himno nacional. Había comprado un disco de un paisano correntino, no recuerdo su nombre; en una canción explicaba a su hijo cómo hay que proceder en la vida, decía cosas como: "Respetale bien a la autoridá / Pero no sea cosa que te vayan a arrear".

Y seguía una serie de consejos, que para mí, encerraba todo lo que es necesario para manejarse en este mundo.

Un periodista amigo me dijo:

–Sí, hacé la nota pero no te podemos pagar.

En realidad yo hubiera pagado de haber tenido tres veces más de lo que pagué por ir a Corrientes en ese micro cacharriento, pero debía reservar el dinero para el hotel y quería quedarme muchos días. Fui en verano porque no pude esperar hasta el invierno. "¡Esperá el

Escaneado con CamScanner

invierno!", me decían, y "¿Qué te pasa con el chamamé, tenés algún pariente correntino?". No me importaba lo más mínimo el verano, yo quería ir. En el micro había un paisano, todo vestido de tal, con el sombrero puesto. Interpreté a esa figura como un signo del éxito de mi expedición y me senté a su lado. Empezamos a hablar y le pregunté:

–¿Y cómo es allá?

–Y allá –me dijo– no le van a tomar un fernet, un gancia (era ceceoso). Allá mal y pronto una caña. Allá hay una crotera ahora, mija...

Registré la palabra que después usé y abusé de ella, porque vino la crotera a Buenos Aires. Después hablamos de Don Montiel y de Tránsito Cocomarola y no me paré en señal de homenaje porque el paisano era muy medido. Cuando llegó la noche me fui a dormir a los asientos de atrás que estaban vacíos y a la mañana me volví a sentar junto al paisano, como recuperando mi lugar. Pero se ve que se había ofendido porque yo había abandonado el sitio a su lado y me trataba con frialdad. Ahora pienso que un poco de razón tenía al ofenderse porque yo recorría ese cacharro como Pedro por su casa y tal vez él pensara que una persona debe guardar el lugar que el destino le asigna.

Cuando llegué a mi pieza del hotel (oscura y triste pero no me importaba eso), la mucama que hacía la cama me dijo:

–¿No se enteró del accidente de micro de ayer? Se murieron doce chicas de la comparsa Ara Berá. Yo soy

de Copacabana pero como una chica de Ara Berá era vecina, fui al velatorio igual. (Copacabana era la eterna rival de Ara Berá.)

Pensé que era un argumento singular y que me esperaban cosas insólitas.

No recuerdo haber llevado conexiones de Buenos Aires pero alguna debí tener porque la primera persona con la que hablé era un psicoanalista de Buenos Aires radicado allá. Lo vi un mediodía y tomamos un whisky mientras me contaba cosas de sus pacientes. "La clase alta se analiza en Buenos Aires para que no haya filtraciones de información, acá se analiza la clase media, estudiantes, abogaditos". Y añadió: "Y sea lo que fuere mi paciente y venga por la causa que viniere, no puedo empezar la sesión sin preguntar si no le han hecho un payé".

–¿Cómo? –dije.

–Sí, el paciente está ovillado en un rincón del diván y no empieza a contar lo que le pasa hasta que yo le pregunte "¿te han hecho un payé?". Siempre dicen que sí, y entonces después empezamos tranquilamente con Edipo, Electra y todo lo usual.

Me despedí del psicoanalista y al salir a la calle (era mediodía) me acordé de lo que me habían dicho del verano y de todos mis antepasados por las dos líneas, el whisky se combinó con el sol para hacerme un payé y creí que me desintegraba en plena calle. Por suerte no sucedió y encontré sombra en mi triste hotel, y a la tarde, ya repuesta, me puse a recorrer la ciudad espiando

Escaneado con CamScanner

en todos los patios de las casas; tienen limoneros, azahares, flores de colores, y me dio la sensación de que la zona íntima de la casa no estaba en las habitaciones, estaba en el patio. Mirando y mirando casas me perdí, hice lo que siempre hago: le pregunto a alguien para que me guíe. Vi a una señora con cara de entendida y le pregunté:

–Señora, ¿dónde queda el centro?

Me dijo, altiva:

–El centro es para allá (con ll reforzada). Ahora si quiere más centro...

Daba a entender que si quería más centro me volviera al lugar de donde venía. Yo no había leído en ese tiempo los motivos de la pica entre correntinos y porteños; esta pica venía desde antes de la guerra del Paraguay. Cuando esta se declaró, los correntinos no querían ir a la guerra y decían: "Porteño y víbora de la cruz la misma cosa". Yo adjudiqué la respuesta de la señora a un carácter regional exótico.

* * *

Después entrevisté a un arquitecto que era organizador general de las comparsas de carnaval y me dijo:

–¿En qué viniste? Ah, en micro. Sos una periodista pobre. Acá se organiza el carnaval con un año de anticipación y yo recibo recursos de la dirección de cultura. El director de cultura es mi cuñado; el año pasado fui, lo encaré y le dije: "Dame plata para el carnaval". Él me dijo que no

tenía y yo dele porfiar hasta que lo cansé. Él es petiso, pero se paró como si fuera alto y me dijo, muy solemne: "Ahora te estoy hablando como director de cultura".

El cuñado director de cultura se tenía que ir a Buenos Aires para operarse de la cadera, entonces el arquitecto le dijo: "Como no me des plata para el carnaval te voy a hacer un payé y no vas a caminar más".

–Y me dio el dinero ¿Cómo organizo si no yo? Trajes, carrozas, luces.

Como me asombré de tanta pasión carnavalesca, me dijo:

–Algunos, cuando pierde su comparsa favorita, le tiran un botellazo al televisor, o un chorro de sifón, y a los jurados, que son varios y los traen de Buenos Aires, los de baile del Colón, hay otro de la plástica para la parte visual y unos cuantos más los ponen en hoteles distintos para que el voto no se contamine. Una vez al público no le gustó el voto del jurado y los corrieron a naranjazos hasta el aeropuerto.

Sí recuerdo que el arquitecto me dio la dirección de una señora que era la madre de la reina del carnaval anterior. Era una casa de clase media media, amueblada como tal, pero con la particularidad de que en vez de haberla pintado un poco mejor, habían gastado dinero en construir una habitación para exhibir el vestido de la reina: una habitación para un vestido. La señora era consciente de su papel de madre de reina; le comenté la muerte de las chicas de Ara Berá. "Sí, nosotros

Escaneado con CamScanner

somos de Copacabana." Y se condolió con un pesar prudente.

Todo eso recuerdo y siempre quise volver a Corrientes, pero como sólo podía hacerlo en verano, con los años mi prudencia se acentuó y no fui más.

Tucumán

A Marcela Canelada y Maxi López Sepic

Los tucumanos son conversadores, fiesteros y cafeteros. Todo el centro de la ciudad está lleno de cafés con sus mesitas afuera que rebosan de gente. En el centro hay peatonales ensambladas, pero es en la calle Muñecas donde más se encuentran, se detienen y se saludan. En esa misma calle, cuatro señoras mayores que andan en alegre banda saludan a otras tantas que se han instalado para mirar a los que pasan (las mesas están en el medio de la calle). Están vestidas inequívocamente de señoras, maquilladas y con sus joyitas como para ir al teatro, practicando el deporte de descubrir "gente como uno" en medio de la multitud que pasa. Y allí se dan unos saludos tan llenos de asombro como si se hubieran encontrado en París. En una galería cercana hay vestidos para quinceañeras, de color rojo, verde Nilo con muchos volados. Dan mucha importancia a los festejos: cuando alguien se recibe, termina su carrera, salen por la calle tocando bocina, a tambor batiente. Cerca, una multitud se agolpa para ver los resultados de la lotería.

La influencia de la Iglesia es visible: en una calle lateral, en un afiche dedicado al día de la mujer han puesto

Escaneado con CamScanner

la imagen de la virgen y debajo: "Día de la mujer, María, virgen y madre, bendita tú eres entre todas las mujeres". Y caminando un poco más allá, en la Dirección de Higiene Urbana, hay una enorme imagen de la virgen, en un rincón techado que tiene unos tres metros de largo; detrás, la pintura de un paisaje de los valles, a todo verde. En una librería religiosa, una monja está sentada y muy contenta, rodeada por cuatro mujeres paradas que la agasajan. Y en un café, otra monja departe amablemente con una señora, frente a su té. No puedo evitar compararlas con lo que veo en Buenos Aires, figuras solitarias y taciturnas, como si vinieran de un mundo de sombras antiguas. Cerca de mi hotel, una mercería de interior oscuro se llama "Quinta avenida". Venden collares viejos y medias "Ciudadelas" (sic). Y, cerca, el "Centro cognitivo del NOA" ofrece cursos de acompañante terapéutico. Al lado "Estancia Barroka". Venden monederos y carteritas caras y barrocas.

En una cafetería, tres adolescentes con aire de haberse rateado y en uniforme, hablan: "Con la de Geografía me llevo re bien" (suena a she bien y levantan la sílaba final como un preguntar sin querer queriendo). Después nombran a la Lucila, la Julieta, "la Lucila le va a conquistar" y otra "la que me bardea bien piola es la zamba de la novela".

De repente el lenguaje se vuelve dulce, como musitado y de golpe vira a imperioso. Paso por un edificio de la Facultad de Derecho y entro a curiosear. Dos señores con aspecto de abogados están charlando en la puerta. Uno me pregunta: "¿Buscaba algo?". Lo sentí como una mezcla de gentileza y control.

Cerca hay un estacionamiento de coches que se llama "Limpito".

En la misma cuadra de mi hotel hay un edificio con un cartel "Pami oncológico". Me animo con prevención a espiar y en el salón, amplio, están bailando tango unas seis parejas de personas mayores, guiados por su profesora. Un hombre baila en zapatillas y con pantalones a la rodilla; tiene cara de ser absolutamente bondadoso, no tiene el sentido de la propia importancia que requiere el tango; él baila el tango sin esas marcaciones bruscas de los ritmos. Se escucha: "Si ves unos guantes patito rajales". Esa consejería defensiva del tango no le sienta. Pero hay otro más envarado, aunque distinto del envaramiento porteño: este es más gentil, menos ensimismado.

Las mujeres son muy coquetas y seductoras, con algo de andaluzas. ¿Está escondida esa energía que se manifestó en el tucumanazo, después del cierre de los ingenios, o en los piquetes que hacen? Sí, porque también son piqueteros.

Mi hotel queda frente a una plaza que tiene una estatua de Alberdi hecha por Lola Mora, los dos tucumanos. Han afeado la estatua poniéndole un techo protector. Ese techo me irrita, una escultura de esa envergadura merece ser restaurada si se deteriora con el tiempo, no techada. Indiferentes a Alberdi y a Lola Mora, dos muchachos a los que creí bolivianos practican un baile complicado, el caporal. Bailan con ellos chiquitos de dos

Escaneado con CamScanner

años, se olvidan de la danza, se van a correr a un perro o cuando se agachan imitando a los jóvenes, juntan piedritas del suelo. Las mujeres también bailan, pero los varones hacen otros movimientos, como de ofrendar con un sombrero. Dan saltos de pájaro y la pisada es sinuosa, como en tres tiempos. No son bolivianos, son tucumanos, pero bailan en fiestas y les piden que bailen esa danza boliviana.

Si uno quiere ver casas con plantas, debe ir al barrio del Abasto. Allí estaban los puestos de la feria, pero los han internado. Donde estaba el Abasto, han construido un enorme casino, con su hotel al lado. En una esquina, respetando la casa vieja, pero arreglada y pintada, está el restaurante "La Negra" con la figura de Mercedes Sosa pintada. Enfrente, una huevería "La boutique del huevo" (son coquetos los tucumanos: a la caña con mucha chala la llaman "caña vestida"). En los jardines de las casas las plantas crecen como una selva, con flores de color rosa y lila. En una casa de departamentos más moderna las plantas penden hacia abajo de los balcones como un metro, y cerca del parque Avellaneda en la calle Mate de Luna hay un árbol gigantesco que llega hasta el piso diez de un departamento. Pero no sólo hay plantas en el Abasto; en la plaza Urquiza, donde los mayores corren con su equipo de gimnasia y los chicos practican skate, hay un enorme ombú –es distinto al de la pampa húmeda, más verde y con las ramas más colgantes–. Un cuidador me dice que debe tener sus cien años. Nadie supo decirme qué árbol

era, y no los puedo tildar de ignorantes porque yo tampoco sabía qué planta era. Y pasa cerca una señora colla light, urbanizada, con pollera y saquito tejido, zapatos abotinados, pero con sombrero de copa y su pelo trenzado en una gruesa trenza. Es un anuncio de Salta.

El lenguaje

Voy a la biblioteca de la universidad, a la Facultad de Humanidades. Quiero consultar un cancionero de 1937 inconseguible en librerías. En el patio de la Facultad de Letras, un gran cartel: Paulina Lebos. Estudiaba trabajo social y murió al salir de un boliche del barrio del Abasto, y hasta el día de hoy no se ha hecho el juicio para saber quién o quiénes la mataron, o en qué circunstancias. Esto pasó hace diez años, y hablando con unos estudiantes de Lules, me dicen que la gente calla por comodidad y que se tapa información. (En la calle también hay carteles que dicen "fuerza, Lebos". Es el padre que sigue luchando.)

En la biblioteca encuentro el cancionero y copio estas coplas deliciosas:

Ay juna, pucha quirquincho
¡Ande te has puesto a cavar
en una peña tan dura!
¿Cuándo en agua vas a dar?

Escaneado con CamScanner

Y otra:

¡Ay juna, pucha quirquincho
ya te has metido en la cueva
la cabeza en el aujero
y la colita pa ajuera!

Leo en la biblioteca que un equipo de ingenieros peruanos trabajan para salvar dos lenguas americanas del peligro de extinción: el anual y el quechua. El quechua tiene tres mil hablantes en el noroeste argentino; los ingenieros utilizan la informática y la lingüística combinada (el quechua fue la lengua franca de todos los indígenas del norte y centro del país). Muy bien. De repente me encuentro con una hipótesis que siempre me pareció potable: un lingüista japonés que vincula el quechua con el japonés antiguo. Y da ejemplos: "koto", en quechua "bocio", y en japonés antiguo, "enfermedad de la garganta." "Puno", en japonés, "espacio vacío". "Inka" o "inca" en japonés antiguo es "antorcha" (recordar que el inca se autodenominaba "hijo del sol"); "kipu", sistema que se usa para contar, en japonés antiguo, "contabilidad". Y siguen los ejemplos. Es muy posible, ya que no sólo tienen rasgos físicos similares, también actitudes y rituales. Y si hablamos del castellano, la deuda con el quechua es grande: "pucho", por ejemplo, que parece una palabra tan canchera y actual, viene del quechua. "Carancho" de "karanchu", "guanaco" de "huanacu" y "mishi" en quechua es "gato". El sufijo "y" ("viditay",

"tatay", "señoritay") equivale a "mi", pero llama la atención "piñay" (enojar, irritar, pegar).

En cuanto al habla de los tucumanos, hay muchas expresiones propias del lugar. Por ejemplo, "ite" por "andate"; "andoy" (ando, me ando). Y como giro, en vez del porteño "¿qué tal?", "¿qué parece?". Otro modismo es "¿sabí vo?". Y esta frase: "Si te queré i, ite, de no, vo ve" ("Si te querés ir, andate, si no, vos verás"). "Tispir" del quechua, es usado en el lenguaje muy popular ("pellizcar"). Y así dice la copla pícara:

Yo me andoy como el carancho
en medio e las golondrinas
una me tispe y se va
la otra se me sienta encima.

Y en cuanto a la palabra "aca" (del quechua "aka", excremento) es usada de mil maneras. "Muy borracho" es "hasta el aca". Como insulto "comé aca". Se le dice aca también a alguien mezquino, engañador. "No pesqué aca", "no saqué nada". Me dicen que hay un buen conjunto de rock tucumano. Su nombre: "Aka Seca".

El uso del diminutivo no es exclusivamente tucumano, pero es mucho más frecuente que en el Río de la Plata. Y va desde Ecuador a Santiago del Estero, toda la cultura serrana quechua. En Amaicha del Valle sostuve este diálogo con una señora que se bajó del micro en medio del monte, en medio de la nada, donde no se veía ninguna casa:

Escaneado con CamScanner

—Señora, ¿tiene perro?
—Sí, unito.
—¿Y gato?
—Unito.

Me explicó que vivía en una economía de subsistencia, criaba cabras y cultivaba verduras. Le digo:

—Señora, ¿usted no cobra el Plan Trabajar?
—Mas antes sí, ahora no está queriendo venir.
—Si no lo cobra usted se lo está agarrando otro.

Con suma suavidad y fina cortesía me dijo:

—Así hay de ser, pues.

Un poco de cultura

Tucumán fue fundada en 1565 como enlace de tráfico entre el Alto Perú y el sur del país. Desde el siglo XVI el tráfico de carretas era constante; los de Amaicha y Simoca eran hábiles constructores de estas; los encomenderos enviaban a los carreteros como troperos al Alto Perú y muchas veces estos se iban quedando por el camino huyendo de la sujeción al patrón. La distancia entre Tucumán y Buenos Aires era de tres meses y hasta el siglo XIX, las carretas llegaban a las plazas de Once y Constitución. El jefe de la carreta llevaba un clarín con el que anunciaba su arribo a las ciudades. Desde el siglo XVII Tucumán fue centro de convergencia de gente, pero también de dispersión. Convivieron con los tucumanos altoperuanos, santiagueños y luego llegaron

los inmigrantes europeos, en importante proporción. Tucumán se vivió y se vive como centro de una región, de hecho, varios proyectos culturales han sido concebidos a nivel regional.

Fue foco de cultura en todo el norte. En el siglo XIX, recibe al naturalista Burmeister, de fama mundial; a comienzos del siglo XX, al zoólogo Lillo; y en cuanto a las letras, la figura más importante del modernismo latinoamericano, el boliviano Ricardo Jaimes Freyre se radica en Tucumán. En cuanto a la música, compositores de la talla de Luis Gianneo vivieron muchos años allí. Contrataron a músicos alemanes, rumanos y húngaros. Estos músicos formaron discípulos. Se publicaron revistas literarias pensadas a nivel regional pero con apertura a colaboradores de todo el país. Pasaron por la ciudad Claudio Arrau y Witold Malcuzynski. Enseñaron en su Facultad de Filosofía pensadores de la talla de Rodolfo Mondolfo y María Eugenia Valentié, fallecida hace poco, de la que escuché en la Universidad de Rosario la mejor clase de filosofía de mi vida. Buenos Aires ignoró siempre su existencia, vaya este recuerdo.

Pero no es una ciudad donde se perciba la conservación y el orgullo de un pasado. En el centro histórico, cerca de la casa donde se juró la independencia, está el Museo de Arte Sacro que tiene muchas piezas valiosas del barroco mestizo altoperuano, pero todo lo que hay de Tucumán corresponde al siglo XIX, y son objetos de

Escaneado con CamScanner

menor importancia. ¿Habría un desdén por el propio pasado? Y los predios que rodean la casa histórica quedan como fraccionados en feria artesanal y en un espacio vacío en estado de indefinición. Pregunto al profesor Ricardo Kalliman, conocedor de estas cuestiones, qué piensa del eclecticismo estilístico y de la falta de definición de algunos lugares de la ciudad, como si estuvieran esperando alguna resolución. Me dice:

—A diferencia de las elites que gobernaron Salta, más tradicionales que las de Tucumán, aquí la perspectiva del pasado se identifica con la gran migración europea. En el siglo XIX, nos veíamos como la gran avanzada europea, la civilización. Los salteños cuando hablan del pasado se refieren a las guerras de la independencia. Ambas elites han diseñado políticas culturales diferentes.

En cuanto a la zona de indefinición junto a la casa histórica dice:

—Bussi quería hacer un paseo artesanal y un paseo histórico turístico. Se expropiaron casas, se voltearon, pero eso no se concretó y por eso la casa histórica quedó aislada, sola.

Hablamos del apogeo de la cultura en Tucumán, de los 40 a los 60 del siglo XX y me dice:

—Si usted ve el escudo de la universidad, fue concebido como centro académico de toda la región, ahora mismo hay jujeños, bolivianos, mucha gente de Santiago del Estero. Recordemos que Tucumán era polo económico de la región. En los años 40, bajo el rectorado de Descole, hubo proyectos interesantes, uno de ciudad universitaria.

Pero murió Evita y el proyecto se suspendió. Se fundó la orquesta sinfónica de la ciudad y se contrataron músicos de primer nivel. Era la orquesta más grande de América Latina, en los sesenta vino Duke Ellington.

El profesor Kalliman estudió quechua con un profesor de Santiago del Estero (en Santiago hay más quechua hablantes, pero aparte también más conciencia de la importancia de ese idioma) y me dice que la hipótesis que acepta como más valida en relación al nombre "Tucumán" es que viene de "Tucky", en quechua "hacia el final" (el fin del imperio).

Es difícil tomarle el pulso a San Miguel de Tucumán; pujante pero con muchos predios inactivos, por ejemplo, terrenos del ferrocarril que ya no funciona no fueron acondicionados para otros fines. Es una sociedad muy conservadora, dicen todos, pero no conserva sus edificios mejor construidos, y de eso se quejan muchos. Tuvo su época de auge y no se ponen de acuerdo en cuanto a la decadencia o no edilicia y cultural en general. Consulto a Gustavo Cobos, cronista de policiales del diario *La Gaceta* y también del suplemento cultural del mismo, que se ha reducido. Le gusta estar en policiales porque encuentra historias de vida para escribir. Me habla en relación al diario:

—Acá no se dice diarero o canillita, acá se dice gaceteros. El suplemento cultural decayó, se ha diluido en cuestiones más generales de la vida urbana, pero antes había periodistas que trabajaban sólo en el cultural. Los mayores leen el diario y los jóvenes se informan por otras vías.

Escaneado con CamScanner

Me comenta que hay muchas salas de teatro pero que los espectáculos carecen de difusión.

Famaillá

Famaillá está a unos veinte kilómetros de San Miguel de Tucumán y es la capital de la empanada y es también el lugar adonde vino Evo Morales a pelar caña, entre muchos otros trabajadores. Vendría a ser la capital de una estética kitsch asombrosa como pocas. Está gobernada por dos mellizos, los Orellana, que se alternan en el poder: en este momento uno es intendente y el otro legislador. Hay, en una pared visible desde Marte, un retrato gigante a colores de los mellizos y todos los años hacen el festival anual de sus semejantes. Es el festival de los mellizos de todas las edades, de todas partes del mundo y se deben vestir iguales y demostrar sus habilidades. Vienen del país y del exterior. Se ve que los hermanos Orellana conciben el mundo a lo grande. Han construido enormes esculturas de santos (le sacaron el escultor al pueblo de al lado, Simoca). Hay otro edificio con esculturas gigantescas, un monumento al indio con todas las banderas americanas; no puedo describir la cara del indio del monumento: hay que verlo. Y también una réplica del cabildo y otra de la casa de Tucumán. Y un guía fiel que dice: "Todo esto es ideología del intendente y del hermano legislador". Su tono equivale a "todo esto salió de la cabeza del hermano intendente". Yo entiendo que un pueblo olvide sus

murales, sus estatuas, a fuerza de tropezar con ellos todos los días, pero no tengo idea de cómo pueden naturalizar esto los habitantes de Famaillá. Hay otra escultura de carreta con bueyes que parecen toros de la mitología griega y una de Mercedes Sosa, también gigante con un gran fundamento (todos los fundamentos los hacen con escaleras). ¿De dónde tanta gigantografía? Es cierto que los mellizos son de cabeza grande pero, ¿no se habrán confundido y pensaron que eran aztecas? Otras esculturas sin embargo son de inspiración griega y hay también una carreta con bueyes gigantes conducidos por una pareja: ella tiene cara de mujer golpeada y él, de mamerto o machado. Todo esto contrasta con el caserío que es gris, ocre y de casas chatas. ¿Serán los mellizos unos deprimidos incomprendidos que ante la chatura ambiente quisieron dinamizar el pueblo, darle vida y color, como un demente de la costa atlántica que como veía todo muy chato quiso importar un camello de Egipto para conjurar el aburrimiento del pueblo? Pero a él se lo prohibieron y a los mellizos nadie les prohíbe nada, cuando no votan por un mellizo, lo hacen por el otro. Tampoco se privan de mostrar su generosidad: las malas lenguas del pueblo dicen que los medicamentos que deberían llegar al hospital, les llegan primero a ellos, que los reparten según mérito del paciente. También reparten puestos, premios y castigos. Durante la dictadura funcionó en Simoca un gran centro de detención.

Escaneado con CamScanner

Tucumán tiene una larga tradición de carpinteros y fue centro de la industria de la fabricación de carretas durante la colonia; las tucumanas eran las mejores del país en el siglo XVII. Los carpinteros que estaban bajo el sistema de encomiendas, tenían sin embargo un margen para producir libremente como cuentapropistas, y así ganaban un dinero aparte. Ahora, siguiendo la tradición, hay tres fábricas de sulkys, que se ven en el pueblo con los carros pintados de distintos colores. Antes los carros se fabricaban con ruedas de madera, cuando llegó la llanta de goma, fue la gran revolución. Fui a una fábrica de sulkys, para ver si alguien tenía idea de los cuentapropistas carreteros, pero el constructor de sulkys estaba durmiendo la siesta. Sin embargo, me dijo que su tío era actualmente el constructor y que ese oficio lo había heredado de su abuelo. En cierta época, estos sulkys se exportaron a Australia.

Como en Famaillá, en Simoca hay también monumentos extraños, siempre con su gran basamento con escalinata. Uno de ellos es llamado por el pueblo monumento al borracho, porque primeramente el escultor hizo al hombre con una copa de vino en la mano y la gente de la intendencia exigió cambiarlo por un mate. Imaginemos las discusiones del concejo deliberante.

Hay una casa de estilo morisco que se llama Boro Boda, una especie de boliche; parece que la gente se santiguaba al pasar y como el dueño de la casa se llamaba Patrón Luna, le decían la iglesia de Patrón Luna.

Pero lo que más fama da a Simoca es su feria centenaria. Ahí conviven ropa con animalitos, y todo lo que uno pueda imaginar. Una nena acaricia ensimismada a un conejito recién nacido. Otro chico pregunta en un puesto:

–¿Cúanto cuesta estito?

Hay canarios, guardapolvos y corpiños de un colorado rabioso y otros como grandes pelotas pintadas a rayas blancas y negras, cigarros de chala, ñandúes artesanales hechos con plumas de plumero. Son tres largas cuadras con varios puestos de comidas y una enfermería. Uno de los puestos vende pomada especial para los hongos de las uñas y exhibe una imagen de la Virgen de Luján con este cartel: "Señora, bendice este negocio y líbralo de la envidia, el egoísmo y las malas influencias".

Pero lo más impresionante de esta feria está a la entrada: hay distintos grupos de cerdos vivos, medio adormilados y al lado una carnicería donde el carnicero mata el cerdo que el cliente elige entre los condenados a muerte. También hay gallinas y ovejas vivas. Yo le pregunté al carnicero con hipócrita preocupación intelectual si esos chanchos que están en grupo saben que se van a morir. Me miró como diciendo: "Es problema suyo y de los chanchos". En Simoca dicen que si uno sufre porque ve matar al cerdo, este sufre mucho más.

Y los techos de la feria, algunos de paja como los de los antiguos ranchos, la matanza de cerdos, las esculturas con gran basamento y escalinatas, la venta de CD y celulares, me hizo recordar lo que dijo Amaral, profesor asunceño:

–Aquí conviven el siglo XIX, el XX y el XXI.

Escaneado con CamScanner

Tafí del Valle

La terminal de ómnibus de San Miguel de Tucumán es muy confortable. Eso sí, hay baños pagos y gratis. En el sector de los baños pagos están los patios de comida y multitud de negocios. La gente del interior de la provincia que entra a tomar los micros, lo hace como asustada, intimidada por tanto lujo: esta terminal es como un shopping y la gente de los pueblos no se atreve a recorrerla; algunos están trabados por veinte bultos y otros con su solo bolsito se sienten extraños en ese mareadero de gente. Ya en camino, la ciudad termina abruptamente en un cañaveral, y hasta Lules se van alternando cañaverales con caseríos. El paisaje varía cada diez minutos. Los cerros pasan de ser casi del color del cielo a más netos y coloridos. Los picos nevados parecen nubes. Las casitas tienen cercos de campanillas azules y una alta vegetación flanquea el camino. En Lules un cartel: "Se vende hoja de coca y bica". Pregunto qué es "bica" y es bicarbonato para tomar con té de coca. Parece que lo toman mucho los colectiveros y los camioneros. Luego viene monte tupido y el micro da vueltas tan altas y abruptas que me cuesta sostenerme sentada. Quiero ir al baño y hace cuarenta minutos que tiene el cartel de ocupado pero no lo está. Entro y es imposible sentarse en el inodoro, hasta que finalmente las vueltas del camino me sientan de prepo. Me parece que así debe ser como se doma un potro. Llegando a Tafí, los cerros son rotundos y el camino está cubierto de flores muy chiquitas, rojas y amarillas.

De entrada a ese pueblo no lo comprendí: es un pueblo que se extiende a lo largo de la ruta, no tiene propiamente un centro, y un remisero me llevó como a cinco cuadras de la terminal, el locutorio quedaba como a diez cuadras y del hotel quise huir porque me dieron una habitación húmeda. Decidí volver bien tarde, a la noche, cuando me secaran el cuarto. Caminé hacia la terminal y lo primero que vi fue una plaza llena de caballos pastando junto a una escultura consagrada a la madre universal. Después vi más caballos en manada, sueltos por la calle, entre autos y motos. Pregunté a varias personas el motivo de eso y me dijeron: "Sí, andan sueltos", como si fuera un designio del destino o un hecho incorregible. También me contaron que se producen muchos accidentes de motos cuando vienen de noche a todo lo que dan y no los ven. Después los vi comer pasto del borde de las veredas y también las plantas que sobresalían de la verja de un chalet.

Tafí es un lugar para ir en auto porque se expande en todas direcciones y entonces me resigné a hacer una excursión al lago, para pasar la tarde. La excursión se hizo en un vehículo reciclado del ejército pintado de amarillo. Jonathan, el mismo que conducía, era el que hacía de guía y por suerte hablaba poco y con voz cansina. Sólo decía alguna cosita inaudible cuando parábamos. Primero nos llevó a lo de una ceramista, que con la misma voz cansina nos explicó que la arcilla se convierte en cerámica a los 850 grados. Fue muy breve y se lo agradecí, porque aborrezco que me expliquen cómo se produce cualquier

Escaneado con CamScanner

cosa. Del camión de excursión se baja por una escalerita mínima y empinada; resolví que era mejor acometer la escalera que las sábanas húmedas del hotel. Vimos en Ojo de Agua un corral comunitario donde hacen fiestas las comunidades indígenas del lugar, marcan y carnean; el corral tiene doscientos años y allí se celebra también el casamiento de la vaca con el toro. Después pasamos por donde hacían motocross, parapente, y otros jugaban al fútbol. Finalmente visitamos a una pareja que vive en medio del campo; él es un santafecino ecologista, reciclador y obsesivo que cría lombrices para abono orgánico. La casa es rústica pero confortable. Mientras él explicaba (porque ese hombre explicaba largo y tendido) me fui a espiar la casa y era en todo similar a una casa burguesa pero con pisos de concreto. Debe haber algún motivo ideológico para no poner baldosas. Su señora estaba usando la computadora, cerca de una amplia ventana desde donde se veía un cerro como iluminado, de color naranja. La señora no me dio mucha bolilla como si me considerara un engranaje del oficio de él, que es mostrar a los turistas cómo fabrica el compost, de dónde saca el agua y esas cosas. Fui a revisar el baño, similar a todos, pero más austero, como para gente sin concesiones. Al lado, un cuarto todo lleno de cachivaches para reciclar. Cuando volvieron de la clase de humus, le pregunté a él si le había costado adaptarse a vivir en el campo y me dijo: "Bueno, fue una decisión propia y tengo capacidad de adaptación a distintos lugares por mi historia" (me hizo acordar a un remisero de Mar del Plata que me dijo:

"Yo nunca extraño nada, me ponen en Marte y ahí me quedo"). Y el fabricante de humus siguió diciendo: "Además acá la cabeza trabaja más porque hay que resolver dificultades todo el tiempo, no se puede estar yendo al pueblo a cada rato".

Me puse a pensar en el aire de seguridad que tenía, tal vez basado en la creencia de que había elegido el camino verdadero, y también imaginé que en el campo estaba haciendo el sueño de su vida, romper cosas, transformarlas, jugar con tierra sin que nadie lo rete o lo eche por eso.

Gracias a Dios volvimos sanos y salvos de los tumbos del camino y cuando llegamos a la ruta y vi un café me bajé antes. Estaba muy lejos del hotel, pero yo necesitaba bajarme cerca del café. Un poco alejado de las casas había un puesto de artesanías. Le pregunto a la artesana quién compra en ese lugar bastante apartado y me dice:

–Yo vivo de eso.

Es una mujer de más de cincuenta años, pero tal vez no, está absolutamente flaca y quemada. Podría pasar por una criolla de tipo fino, pero tiene un acento raro: es italiana, de Milán, y vive por allá arriba, en los cerros. No solamente por su acento vi que era extranjera, también por su indignación por los caballos sueltos. Dijo que estaba casada con un argentino hace treinta y cinco años, con él recorrieron toda Europa, pero "se cansaron de la cosa europea". Su ropa es descolorida, como si hubiera estado expuesta a la lluvia y ella misma parece azotada por un temporal. Volvemos al tema de los caballos y me dice que la gente en Tafí es muy dejada, que nadie

Escaneado con CamScanner

sueldo por avisar de noche a los automovilistas y a los de las motos si hay caballos sueltos. Le comento que es imposible conocer Tafí sin auto y me dice que se mudó allí porque a ella le gusta vivir cerca de las montañas, cualquier lugar, y que Tafí es una copia de San Martín de los Andes, en Neuquén, y que a su vez esta es una mala copia de los centros de montaña europeos. Cuando me voy, me grita:

—¡Me llamo Ura, es un nombre hindú!

Amaicha del Valle

Esta localidad corresponde a los valles calchaquíes y tiene cinco mil habitantes. Es una de las poblaciones más antiguas de los valles, según documentos del siglo XVII. En esa zona se hablaba el cacán o calchaquí y el quechua. Durante la conquista y la colonización, las autoridades españolas estaban autorizadas para otorgar tierras y fue así que el funcionario protector de los indios le entregó tierras a la comunidad amaicha. Se hizo esta entrega al cacique Francisco Chapurfe, que tenía autoridad sobre quilmes y amaichas, en el siglo XVIII por cédula real. Es interesante ver cómo se fijaban los límites de territorio en esa época. El documento de posesión dice:

> Nos, reunidos en este paraje de Encalilla y Amaicha para dar posesión real a don Francisco Chapurfe el

> que manifiesta ser bautizado, su padre el cacique don Diego Utibaitina, se labró y selló un algarrobo grande y estando reunida toda la gentilidad de dichos pueblos, se hizo abrazar dicho algarrobo, coger agua de una timbó en señal de posesión de dichas tierras y que en ningún tiempo os ha de quitar dichas tierras persona alguna.

Los límites se fijaban así: la boca del río, el sauce grande, la cruz grande que plantamos, etc.

La mayor parte de la población de Amaicha es de origen indígena y constituye una comunidad regida por estatutos que elaboraron los comuneros, que tienen por función adjudicar parcelas a los nuevos comuneros, cobro de impuestos y resolución de pleitos vecinales e intrafamiliares. Para los asuntos familiares hay un consejo de ancianos. El presidente de la comisión que gobierna es el cacique. Visito al cacique actual, que es el doctor Eduardo Nievas, abogado. Atiende en lo que llaman "La hostería". Es una enorme construcción que no se sabe si está en proceso de refacciones o de destrucción, todo como a medio hacer. Esta hostería se construyó en tiempos de Perón, después fue disputada su posesión por distintos organismos y finalmente fue saqueada por la misma gente. En la parte del parque, hay leña acumulada y me dicen que es de propiedad común.

El cacique es un abogado joven, de unos treinta y cinco años y atiende en un pequeño y humilde despacho

Escaneado con CamScanner

a unas seis personas que recibe por orden de llegada. Vienen a consultar por terrenos, caños de agua que esperan y no llegan, etc. Es rápido, eficiente y con un gran sentido del empleo del tiempo. Me explica rápidamente (hay cola esperando): "La comunidad dispone de todos los recursos naturales del suelo, me ocupo de división de tierras, daños de animales en sembrados, herencias en litigio". Y también me cuenta sobre sus proyectos:

–Nosotros, como gobierno indígena, estamos proponiendo el bien vivir de los amaichas, con turismo comunitario (que los visitantes se alojen en casas de familia), vitivinicultura, para ver si se puede crear una pequeña industria, y recuperación y fortalecimiento de la autonomía alimentaria. Antes de la llegada de la ruta, producíamos arroz, trigo, cebada, algarrobo y criábamos cabras y vacas. A partir de la llegada de la ruta, la gente empezó a comprar y a producir cada vez menos. Queremos lograr la no dependencia de la gente, el fortalecimiento de su economía y la recuperación de los saberes tradicionales.

Y de ahí me deriva a Mónica Quiroga, que tiene otra minioficina. Ella me explica:

–La comunidad mandó un proyecto a Nación para crear un Centro de Desarrollo Infantil. Actualmente Nación manda recursos para desayuno y almuerzo. Trabajamos con muchachos cuidadores que cobran un Plan Trabajar. Ellos son cocineros, motivadores de los chicos de jardín y hacen el mantenimiento del edificio.

Le pregunto qué dificultades tienen en relación con los chicos del jardín y me dice:

–Es necesario insistir mucho con los padres en la estimulación temprana, porque muchas veces ignoran a los más chicos, como si no fueran útiles.

Ella me envía al jardín de infantes, que funciona en una amplia sala. La maestra jardinera está con su delantal correspondiente y su pelo cuidadosamente peinado y los chicos son como en todo jardín de tres años, un poco más morenos. Una nena llora amargamente porque es el primer día de clase y la maestra le limpia la nariz con un rollo de papel higiénico, otro deambula y desobedece, más allá una morena espléndida arma una torre de cubos. Otra nena me dice que cuando sea grande quiere ser sirena, y en el suelo, sentados con chicos alrededor están charlando los cuidadores encargados de incentivarlos.

En el mismo centro comunitario funcionan talleres para la tercera edad de tejido y gimnasia, clases de danza para los jóvenes, y en el futuro, cursos de computación.

La calle y el museo

Cerca de la terminal de micros hay una cuadra con casas que parecen amigas, como si hubieran nacido y crecido hace mucho tiempo juntas: son como casas que brotan de la tierra, una de color verde seco con puertas rojas, con ventanas chiquitas; la de al lado tiene una

Escaneado con CamScanner

parra y unas piedras grandes de adorno. La señora Lila, dueña de una casa grande pero que respeta el estilo de construcción en adobe, en armonía con sus vecinas, me ve escribir y me deja ver su jardín interno. Me cuenta que su casa tiene ciento cincuenta años y que las persianas se hacen con madera de cardón. Son los cardones que se ven en la ruta, en una extensión de unos treinta kilómetros. Las plantas del cardón son como manos con dispar número de dedos, a algunas parece que les hubieran amputado un dedo y a otras, que les hubieran injertado uno chiquito. Ya cerca de la plaza, carteles de propaganda:

Indio Solari
Hipódromo de Gualeguaychú
Viaje de ida y vuelta: 600 pesos

Otro:

Brindis con aloja por doña Melchora y todas las copleras [fallecidas

Convite de mate cebado con dulzuras de la zona

Y a la entrada del pueblo, a unas cuatro cuadras una mole irrumpe cortando la armonía de las casas que tan bien conviven entre sí. Es una mole impresionante, un museo que quiere ser antropológico de la cultura amaicha y al lado, otro de mineralogía. Cruz, el mismo que administra el museo es el que administra las ruinas de los

quilmes, cerca de Amaicha. En Quilmes se ha producido una gran pelea entre los miembros de la comunidad, ya que unos siguen a Cruz y están de acuerdo con encarar las ruinas como un negocio turístico, y otro grupo se opone a la administración de Cruz. Las rutas a Quilmes están cortadas, el micro no vende pasajes.

Me llegó un e-mail de San Miguel de Tucumán:

Los hechos de violencia sucedidos en los últimos días en la comunidad india Quilmes en torno al manejo de la ciudad sagrada de Quilmes que han derivado en integrantes de esa comunidad golpeados y heridos con armas de fuego no constituyen un hecho aislado ni una simple disputa interna de la comunidad Quilmes como se pretende mostrar en algunos medios de comunicación, ya que se remonta al año 1992, época en que fue concesionado el sitio sagrado por parte del gobierno tucumano al empresario Héctor Cruz. (...) Denunciamos y condenamos públicamente este accionar por parte de Cruz y sus cómplices, reafirmamos al hermano Francisco Solano Chaile como cacique de la comunidad india Quilmes.

Quilmes guarda ruinas valiosas, restos de residencias de los gobernadores incas.

Escaneado con CamScanner

El museo

Al museo se llega por una vereda desde donde se ve un río, limpio, con su lecho de piedras y más allá un cerro. Las paredes del museo faraónico están hechas en piedras (las malas lenguas dicen que las sacaron de las ruinas de los quilmes, que iban a hacer un hotel allá y como no se hizo, Cruz armó el museo). Lo armó en función del alto concepto que tiene de sí mismo. En una pared de lo que llamaremos con buena voluntad la parte antropológica escribió: "Las obras grandes las ejecutan los luchadores natos, las disfrutan los felices y cuerdos y las critican los inútiles crónicos". En letras enormes, por supuesto. No hay duda de que el luchador nato es él. Los felices y cuerdos deben ser los extranjeros que entran a raudales y deben venir de otro lado porque en las calles de Amaicha no hay tal cantidad de turistas. Y los necios son los que se oponen a él, no hay duda. En la parte de mineralogía ha puesto piedras de San Luis, Córdoba, Mendoza y cualquier parte. En lo que corresponde a antropología no hay un solo texto que explique la procedencia de un elemento, porque como puso en otra pared: "Las piezas que se exhiben en este museo son interpretaciones artísticas que constituyen una aproximación estilística a los restos originales". Hay una maqueta con escenas de la vida cotidiana de una comunidad. Pusieron una oveja comprada en una regalería y, en medio de la comunidad, una paisanita con sus trenzas.

Y la gente de la comunidad, si quiere ir al museo, tiene que pagar. Otras malas lenguas dicen que los cuadros del museo los pintó él. No me extrañaría, un luchador nato no se arredra ante ningún obstáculo.

Personajes

¿Qué atracción tendrá Amaicha, que aun fuera de temporada convoca a tan diversos personajes? En la plaza, sentadas junto a una mesa que no sé por qué siempre tiene dos piedras, dos chicas marplatenses con cara de felices trenzan unos hilos. Me dicen que están aprendiendo a tejer en Amaicha; se proponen llegar al Perú y van a vivir de las carpetitas tejidas que vendan por el camino. Las acompaña Arturo, que acompaña a todo el mundo, indicando los caminos y pidiendo un cigarrillo. Arturo habla fuerte y tiene voz de borracho; no es casual, se lo pasa escanciando en unos barcitos chicos que hay cerca de la plaza junto con dos hombres ya viejos: uno, norteamericano que vivió en Brasil y recorrió Australia, y el otro, de Santiago del Estero, que dice ser médico. Arturo es un principiante en su carrera de borracho nómade, aprende de los otros dos nómades que se han ido a jubilar a Amaicha. Pero en vez de estaño, como se decía ("hay que tener estaño"), Arturo adquiere vereda, porque a cualquier hora del día se sientan a la puerta de los bares y van rotando, de modo que vaya uno donde vaya, se los encuentra. El de Santiago del Estero tiene un sombrerito

Escaneado con CamScanner

incorporado a la cabeza desde tiempos inmemoriales, se ha aplastado con el tiempo y se amolda a su cabeza como un casquete, el norteamericano tiene una melena hirsuta por la que hace rato no pasa el peine. La ropa de ellos es pardusca, como si vinieran de la selva. El de Santiago del Estero una vez me invitó a ir a su finca y otra vez me pidió cinco pesos para vino. Todo el pueblo sabe la historia de ellos; de Arturo dicen que es gato (ladrón) y del de Santiago, que quedó así porque su novia lo dejó en el altar. Y dicen que sí, que realmente es médico.

En el restaurante donde comemos (abren de vez en cuando y lo atiende una chica de Buenos Aires) está sentada en la mesita de al lado una arquitecta de la capital tucumana que se quedó a vivir en Amaicha (mucha gente de San Miguel de Tucumán lo hace). En otra mesa, unos viajantes. De repente se coloca contra la pared una chica morena, de tipo fino, elegantita ella, y se pone a tocar unas zambas y las canta correctamente, con voz un poco monocorde. En la vereda de enfrente está ¿su marido?, es un poco joven para ser su marido, puede que sea su hermano, pero él distrae y pasea a una nena de unos dos años, que debe ser hija de la cantora, porque cada vez que pasa frente a ella la señala con el dedito. El muchacho, muy porteñito él, con un sombrerito cantor y unos pantalones a la moda. Cuando se está por ir, la cantora dice con aire altivo: "Mi ayudante recogerá la contribución". Seguro que preparan algún viaje.

En la terminal (es una ventanilla de una casa vieja que funciona como restaurante), sentada en un banco rústico, una chica de unos veintisiete años, con una piel de manzana y su pelo muy cuidado, espera el micro. Su mochila parece recién comprada. Me dice:

–Yo trabajaba en turismo en Bariloche y vino a la oficina un chico de Rafaela que estaba cansado de la hipocresía ambiente y me hizo ver una película: *Hacia rutas salvajes*. ¿La vio? Tiene que verla. Me quedé dudando, pedí una semana de licencia y me fui al refugio. Me di cuenta de que estaba cansada de la hipocresía de Bariloche, los del centro no ven más allá de sus narices. No quieren ver cómo vive esa gente de más arriba, para ellos no existen, son nadie. Entonces me largué, recorrí Córdoba, Entre Ríos, ayudada por la bondad de la gente. Ahora quiero llegar a Costa Rica, allá fomentan los parques nacionales. ¿Qué cómo voy a llegar? Acá aprendí un poco de tejido, en fin, ya veremos.

Cerca hay un hombre mayor, con un nene que pensé era nena porque tenía el pelo largo hasta la cintura, todo enrulado como en rastas. El hombre vio que lo miraba y me dijo:

–Es un varón. No se le cortó el pelo desde que nació. Tiene rastas naturales. ¿Dónde vive usted en Buenos Aires?

–En Almagro.

–Ah, yo vivía en Yatay, ¡qué casualidad!

La viajera nómade que iba a Costa Rica me dijo, refiriéndose al nene: "Ese pelo no sólo no fue cortado, no fue lavado en mucho tiempo".

Escaneado con CamScanner

Una visita a la Pachamama

Felisa Valderrama es la Pachamama recientemente elegida por votación. Llego a su casa justo cuando se estaba viniendo para el centro, montada en una moto que conducía un nieto o un amigo. Tiene ochenta y ocho años y parece un duendecito de ojos pícaros. Una hija de ella me dijo: "Tal vez más de ochenta y ocho, porque la anotaron tarde, a los cinco años". La Pacha es coplera, luchadora social, y todavía cultiva la huerta y cría animales. Se mueve continuamente mientras me cuenta: "Yo no quería ser Pacha. ¿Quién me cuida mis animalitos? Yo soy amorosa de mis perros, sé injertar y podar". La hija me dice: "Salió en canal Encuentro con las copleras". Le pido una copla, me mira con sus ojitos achinados y canta:

Albahaca y cedrón
Viva la patria
Vivan Evita y Perón.

Le pregunto cómo era la vida en su infancia y dice:

–Ahora no hay respeto, dicen "la vieja esa", antes le decían a uno: "Esa es su madrina, hínquese". Antes había carne y verdura en abundancia y la gente le daba algo al que no tenía. Ahora cada uno para sí solito.

El diálogo es entrecortado porque estamos tomando mate en una habitación grande con dos hijas, una nieta y un biznieto.

–Esta no es mi casa –me dice–. Ahora te la voy a mostrar, está muy cachivacheada, me he quedado sin plata. Yo cuidé muchos chicos especiales, me los iban dejando.

En tiempos del proceso fue a defender las tierras a Buenos Aires; llovieron las balas de la policía y de los militares. Y dice que allí se puso a llorar por los desaparecidos. Añade:

–A mí no me calla nadie, el que me corta la lengua se vuelve sapo y gusano.

Le tiro de la lengua para que me cuente qué piensa de la disputa de los caciques en Quilmes (por la concesión de las ruinas). Me dice:

–En Quilmes se pelean porque un cacique está por el terrateniente y el otro no. En Quilmes la plata está llena de sangre, que respeten al dueño de casa, que el zorro (que serían los concesionarios que quieren lucrar) no venga a correr al perro de la casa.

Ella ha viajado por Bolivia y Brasil vendiendo ponchos y caminos de mesa (es tejedora y todas sus hijas lo son).

Viene una señora a felicitarla porque la han elegido Pacha, la saluda como si se tratara de un cumpleaños o un casamiento. Se demora mucho la visita y yo me inquieto porque me espera un remise y le digo que le estoy haciendo unas preguntas a Felisa, pero la señora es de larga argumentación. Todos argumentos laudatorios. Le digo: "Puede quedarse, señora". Pero no es su intención. Le pido a la Pacha que me cante otra copla de despedida y canta:

Escaneado con CamScanner

Hebe, de Buenos Aires has venido
La Pachamama no te echará al olvido.

Ella insiste en que vaya a ver su casa cachivacheada. Camina más ligero que yo y la llevo en remise hasta donde quiere ir, va de visita. Cuando baja, le digo al remisero:

–Es peligroso que ella vaya en moto a los ochenta y ocho años.

Me dice:

–No se crea. Hay mujeres mayores que ella que siembran y andan a caballo.

Me quedó mucho en el tintero sobre Amaicha, el burro que rebuznaba de noche en la plaza, los profesores itinerantes de computación que paraban en mi hotel y daban clase en la biblioteca, la bibliotecaria beata que puso en una pared un enorme friso con tema religioso y sobre todo Ángela, hija de Felisa la Pachamama, con la que hablé varias veces largo y tendido. Ella es de la comunidad y atiende una feria de artesanías que corresponde a la misma. Es la única persona que me ha dicho lo que pensaba en Amaicha, lo que no es poco.

Otra vez San Miguel de Tucumán

De vuelta en San Miguel, entrevisto en su casa de Yerbabuena a Fabián Soberón y Denise León. Ella me dice que es nieta de inmigrantes sefardíes, profesora de Literatura,

investigadora y poeta. Fabián se define como escritor, profesor universitario y cinéfilo. Una pareja de escritores con una nena que pasea uno mientras entrevisto a la otra y viceversa. Les pregunto cómo se ve desde acá el conflicto de Quilmes.

Fabián: "Hay una especie de negación, como si le hubieran dado la espalda al pasado indígena. La sociedad en general, no se interesa por esto. En ese sentido Tucumán tiene algo de Buenos Aires, acá los migrantes santiagueños que son muchos la llaman la pequeña Buenos Aires".

Denise: "No interesa lo de acá, cuando era chica en el colegio jamás me enseñaron la fauna y la flora local".

Fabián: "Y eso que vienen pasantes de Europa y Estados Unidos a estudiar la flora".

Denise: "Inés Aráoz, una escritora, ha dicho que Tucumán es una mezcla muy interesante, y que ha sido un polo universitario muy importante, algo de eso hay, pero yo creo que tiene cosas muy pueblerinas, por ejemplo, siguen funcionando las notas sociales en *La Gaceta*, con fotos grandes. La gente se conforma con un solo diario *La Gaceta* y el slogan es '*La Gaceta* dice la verdad'. Y otra cosa de pueblo es preguntar por el apellido o '¿vos de quién sos hijo?'".

Pregunto por la vida literaria:

Fabián: "Hay varios grupos literarios que se aplauden entre ellos, se publicitan y se publican. Si el grupo A funda un café literario, el grupo B hace otro para

Escaneado con CamScanner

competir. No controlan calidad. Hay una editorial, El cruce cartonero, que trabaja integrando chicos que están en situación de riesgo; no solamente hacen talleres de literatura, también de danza; las madres ayudan a reciclar materiales, el libro queda de color amarillito y envuelto en un estuche de cuero.

"Lo nuevo interesante es la escuela de cine, yo doy clases allí. El primer año que se abrió se inscribieron seiscientos alumnos (vienen de Salta, de Jujuy, de Santiago del Estero), es la única escuela universitaria de cine de todo el norte. Y ya salieron los primeros egresados. Hay un festival de cine que se realiza cada año, se estrenan películas argentinas".

Le comento que he observado que muchos predios, como los que quedaron del ferrocarril no se reutilizaron para otros fines, han quedado como abandonados.

Denise: "No se mantiene el pasado ni en los edificios ni en la memoria de las figuras importantes. Hay como indiferencia hacia lo propio".

Fabián (que se acerca con la nena alzada): "Tucumán no se refleja a sí misma; el espejo de Tucumán es Córdoba, Buenos Aires, Nueva York".

Denise: "Cuando se dio acá *La ciénaga* de Lucrecia Martel al público no le gustaba el acento salteño, que es parecido al nuestro, a la gente no le gusta su propio acento tucumano".

Los ingenios

En el libro de Daniel Gutman, *Sangre en el monte*, el autor se ocupa básicamente de la guerrilla que operó en los montes tucumanos, luego del cierre de los ingenios. Les dedica un capítulo a estos. Cuenta que a trabajar en los ingenios acudían trabajadores de Santiago del Estero, Catamarca, todo el norte y Bolivia. Constituían un polo agroindustrial. Si bien las condiciones de trabajo para los operarios eran malas, había trabajo. La industria fue protegida, y era incapaz de competir con la de Cuba y Brasil. Es una de las tantas opiniones que he escuchado. Lo cierto es que en 1966 Onganía hace cerrar los ingenios, y su ministro de Economía, Salimei, promete medidas de transformación para Tucumán: "Creación de auténticas fuentes de trabajo para salir del monocultivo".

En 1966, en Buenos Aires, una multitud (doscientas mil personas) aclama a Onganía que reemplaza a Illia. En Tucumán, el cierre de ingenios da lugar a la reacción de los dirigentes gremiales que son reprimidos a sangre y fuego.

Le pregunto a Roberto Delgado, periodista de *La Gaceta*, por qué cerraron los ingenios. Dice: "La industria azucarera nunca ha sido rentable, se la subsidiaba cuando había exceso de producción, no se pudo competir con Brasil, los mismos dueños de ingenios han querido trabajar con alconafta, pero no se pudo implementar; en Brasil pudieron".

Escaneado con CamScanner

Voy al archivo del diario *La Gaceta* para ver qué me dice del cierre.

1969. Se prometió una planta aceitera y la colonización de tres mil hectáreas en Tafí del Valle. En otros puntos, promesas de fábricas de hilados sintéticos.

1969. Movilización policial, más de dos mil efectivos convocados en prevención de desórdenes obreros.

1969. Se constituye una coordinadora sindical de ingenios cerrados. Hay obreros detenidos y presos políticos y gremiales.

1970. El síndico del ingenio Santa Rosa fue apedreado. "Mostrando aún evidente nerviosismo por los hechos ocurridos y visibles muestras de golpes que recibió en los incidentes del ingenio, el letrado dijo que fue atacado a raíz de que intervino para evitar que los obreros arrojaran a los inspectores a la caldera."

1971. La mitad de los trabajadores recibe indemnización, la otra mitad está residiendo en las villas de emergencia de la Capital Federal.

1971. Para el ingenio Santa Ana, se prevé la colonización de las tierras de desmonte.

1971. Santa Ana: Ninguna industria reemplaza todavía al ingenio. Se han cumplido cinco años esperando una fábrica.

1972. El poder ejecutivo no rindió cuentas de mil millones de pesos destinados a ingenios cerrados.

1974. Un artículo afirma que Onganía cerró los ingenios sin estudios previos.

Daniel Gutman, en el libro mencionado, dice:

Lo que más me impresionó fue que los enormes edificios de los ingenios aparecen a intervalos breves. (...) A veces como buques en un mar de casas bajas. Muchos de los ingenios han sido abandonados hace décadas, pero permanecen ahí, vacíos y derruidos. (...) Muy pocos han sido reciclados.

Los ingenios no han sido reciclados y tampoco los predios vacantes del ferrocarril. Si no se ha hecho nada, es porque hay cierta paralización. Y la paralización puede ser el producto del miedo. Varias personas me recomiendan la lectura de *Historia de la destrucción de una provincia*, de R. Pucci. No se encuentra en plaza. La mayoría de estas personas me dice que en Tucumán la gente es fascista y racista, y abundan en ejemplos. Trato de ver en qué medida, en relación con el resto del país. Votaron a Bussi, gran represor; fue elegido por las urnas. Me pregunto, ¿por qué una sociedad que ha tenido su auge económico entre los 40 y los 60 del siglo pasado, que se tradujo en apogeo cultural para la misma fecha, que tiene tradición de ser acogedora y expansiva en la zona, se detiene, se cierra y vota a Bussi, en nombre de la seguridad? Realmente, debieron sentirse muy inseguros para pensar que Bussi les iba a ofrecer seguridad. Y sin embargo, se los ve tan despreocupados, tan callejeros, tan cordiales. Recuerdo lo que me dijo Denise León: "Bajo ese barniz de cordialidad yo veo un volcán. (...)

Escaneado con CamScanner

Recientemente cuando la huelga policial y los saqueos, la ciudad entera estaba en guerra con barricadas, corridas, (...) y al día siguiente era como si no hubiera pasado nada. Es una sociedad negadora".

Los derechos humanos

Me llamó la atención el afiche público del decano de la Facultad de Derecho:

Daniel Moeremans, decano de Derecho.

Es de tamaño grande y está en una pared de la calle. Se publicita igual que un político. Otro cartel enorme:

Claudio Viña, intendente

Y en letras más chicas:

Ricardo Bussi, gobernador

Es sobrino de su tío. Qué curioso que hayan puesto en letras más chicas su nombre, siendo que se postula para gobernador. Será para no levantar algún avispero.

Para ir al restaurante Lisandro me tomo un taxi; estoy cerca, pero estoy cansada de caminar. El taxista es cordial, como casi toda la gente de por acá. Vamos charlando muy

bien, me cuenta que es arquitecto, que falta trabajo. No lo consigue en su profesión. Le digo:

–Me han dicho que esta sociedad es muy conservadora.

–Conservadora, no; es dejada, que es otra cosa.

Levanta su dedo admonitor y me señala:

–No hay que confundir las palabras, porque el que no sabe, dice cualquier cosa.

Inmediatamente viene una diatriba contra los que no saben (que vendría a ser yo). Y me dice que con Bussi estaban mejor, porque había control, controlaba a todas las personas para que no fueran abandonadas. Tengo ganas de pelear y le pregunto por Marita Verón. Me dice, con voz de absoluta convicción:

–Por favor, ella está en París, en un departamento.

No hablo más, es inútil. Me bajo en la cuadra del restaurante, para hablar con Margot Obeid, la dueña, que es pariente de Lola Mora. En las paredes hay fotos de todos los visitantes ilustres de Buenos Aires y locales: están Teresa Parodi, Soledad Silveyra, Maximiliano Guerra y una cartelera con actividades varias:

Danzas afro peruanas

Amaicha reggae

Asociación freudiana de psicoanálisis

Charla por los derechos de gays, bisexuales, transexuales [y queers

Escaneado con CamScanner

muy alegre, movediza y se va a charlar un poquito con una mujer que come sola, temprano. Me dice con aire confidencial: "Ella es muy especial; han sido grandes terratenientes y han perdido todo". Margot trabaja en la comisión de derechos humanos.

–¿Cómo surgió tu necesidad de trabajar por los derechos humanos?

–Yo no coincidí con la guerrilla pero tengo muchos amigos desaparecidos en Simoca, que estaba tomada por el ejército. Nosotros fuimos militantes. A los que soltaron, lo hicieron en Famaillá, pero como eran desconocidos en el pueblo, la gente tuvo miedo y no los apoyó. Los ayudamos como pudimos, con ropa, alojamiento, afecto.

–Estos saqueos recientes, ¿qué efecto tuvieron en la gente?

–El miedo, lo preocupante es que la gente se empezó a armar. Y además esta ciudad es una usina de rumores.

–¿Se controla el trabajo infantil?

–Hay encargados políticos, pero la niñez está muy abandonada; hay vendedores en la calle todo el día.

Se acerca Verónica, hija de Margot, y se integra a la conversación. Digo:

–Escuché decir que acá hay mucha distancia entre lo que se dice en abstracto en cuanto a derechos y lo que se hace realmente, ¿es verdad?

Verónica: "Sí, es así. Por ejemplo, en un colegio donde va la gente de la clase alta de acá, las monjas dan educación sexual porque es obligatorio, pero enseñan que hay sólo dos sexos".

Ya empieza a caer la gente a comer, y Margot se pone en movimiento. Es el día de la marcha por los desaparecidos, y en todas las ciudades del país se conmemora la fecha. Voy a la plaza Alberdi que está frente a mi hotel y veo los preparativos. Unos chicos y chicas, con grandes carteles que están acomodando mientras toman mate, se preparan para ir a la plaza central. Hablo con un muchachito moreno, serio. Me dice:

–En Tucumán hubo dos mil quinientos desaparecidos. Famaillá fue centro de detención, fueron llevados a Simoca y allí la gente tuvo miedo; yo voy a la marcha porque hubo compañeros de mi papá que desaparecieron, sólo por estar en la libreta de alguien que buscaban.

–¿Y por qué votaron a Bussi?

–Hoy la gente niega el efecto de la dictadura, pide mano dura. En la época de la dictadura mucha gente se escapó a los cerros. Pero la gente olvida todo esto, hay gente que no lee los diarios porque dice que se amarga.

–¿Y ahora cómo están?

–Se vive una sensación de inseguridad, pero no en relación al delito sino laboral, escasea el trabajo.

Y ya lo llamaron sus compañeros para marchar. Al día siguiente, el diario *La Gaceta* cubrió a toda página la concentración de Buenos Aires y apenas hizo un recuadrito chico y lejano con la marcha de San Miguel de Tucumán.

* * *

Escaneado con CamScanner

Margot es muy alegre, movediza y se va a charlar un poquito con una mujer que come sola, temprano. Me dice con aire confidencial: "Ella es muy especial; han sido grandes terratenientes y han perdido todo". Margot trabaja en la comisión de derechos humanos.

–¿Cómo surgió tu necesidad de trabajar por los derechos humanos?

–Yo no coincidí con la guerrilla pero tengo muchos amigos desaparecidos en Simoca, que estaba tomada por el ejército. Nosotros fuimos militantes. A los que soltaron, lo hicieron en Famaillá, pero como eran desconocidos en el pueblo, la gente tuvo miedo y no los apoyó. Los ayudamos como pudimos, con ropa, alojamiento, afecto.

–Estos saqueos recientes, ¿qué efecto tuvieron en la gente?

–El miedo, lo preocupante es que la gente se empezó a armar. Y además esta ciudad es una usina de rumores.

–¿Se controla el trabajo infantil?

–Hay encargados políticos, pero la niñez está muy abandonada; hay vendedores en la calle todo el día.

Se acerca Verónica, hija de Margot, y se integra a la conversación. Digo:

–Escuché decir que acá hay mucha distancia entre lo que se dice en abstracto en cuanto a derechos y lo que se hace realmente, ¿es verdad?

Verónica: "Sí, es así. Por ejemplo, en un colegio donde va la gente de la clase alta de acá, las monjas dan educación sexual porque es obligatorio, pero enseñan que hay sólo dos sexos".

Ya empieza a caer la b
en movimiento. Es el día de l
cidos, y en todas las ciudades
fecha. Voy a la plaza Alberdi
veo los preparativos. Unos ch
carteles que están acomodan
se preparan para ir a la plaz
muchachito moreno, serio. M

–En Tucumán hubo dos m
dos. Famaillá fue centro de d
a Simoca y allí la gente tuvo m
porque hubo compañeros de
ron, sólo por estar en la libreta

–¿Y por qué votaron a Buss

–Hoy la gente niega el efec
mano dura. En la época de la d
escapó a los cerros. Pero la ger
gente que no lee los diarios por

–¿Y ahora cómo están?

–Se vive una sensación de i
relación al delito sino laboral, e

Y ya lo llamaron sus compa
día siguiente, el diario *La Gacet*
la concentración de Buenos A
recuadrito chico y lejano con la
de Tucumán.

* * *

Escaneado con CamScanner

Margot es muy alegre, movediza y se va a charlar un poquito con una mujer que come sola, temprano. Me dice con aire confidencial: "Ella es muy especial; han sido grandes terratenientes y han perdido todo". Margot trabaja en la comisión de derechos humanos.

–¿Cómo surgió tu necesidad de trabajar por los derechos humanos?

–Yo no coincidí con la guerrilla pero tengo muchos amigos desaparecidos en Simoca, que estaba tomada por el ejército. Nosotros fuimos militantes. A los que soltaron, lo hicieron en Famaillá, pero como eran desconocidos en el pueblo, la gente tuvo miedo y no los apoyó. Los ayudamos como pudimos, con ropa, alojamiento, afecto.

–Estos saqueos recientes, ¿qué efecto tuvieron en la gente?

–El miedo, lo preocupante es que la gente se empezó a armar. Y además esta ciudad es una usina de rumores.

–¿Se controla el trabajo infantil?

–Hay encargados políticos, pero la niñez está muy abandonada; hay vendedores en la calle todo el día.

Se acerca Verónica, hija de Margot, y se integra a la conversación. Digo:

–Escuché decir que acá hay mucha distancia entre lo que se dice en abstracto en cuanto a derechos y lo que se hace realmente, ¿es verdad?

Verónica: "Sí, es así. Por ejemplo, en un colegio donde va la gente de la clase alta de acá, las monjas dan educación sexual porque es obligatorio, pero enseñan que hay sólo dos sexos".

Ya empieza a caer la gente a comer, y Margot se pone en movimiento. Es el día de la marcha por los desaparecidos, y en todas las ciudades del país se conmemora la fecha. Voy a la plaza Alberdi que está frente a mi hotel y veo los preparativos. Unos chicos y chicas, con grandes carteles que están acomodando mientras toman mate, se preparan para ir a la plaza central. Hablo con un muchachito moreno, serio. Me dice:

–En Tucumán hubo dos mil quinientos desaparecidos. Famaillá fue centro de detención, fueron llevados a Simoca y allí la gente tuvo miedo; yo voy a la marcha porque hubo compañeros de mi papá que desaparecieron, sólo por estar en la libreta de alguien que buscaban.

–¿Y por qué votaron a Bussi?

–Hoy la gente niega el efecto de la dictadura, pide mano dura. En la época de la dictadura mucha gente se escapó a los cerros. Pero la gente olvida todo esto, hay gente que no lee los diarios porque dice que se amarga.

–¿Y ahora cómo están?

–Se vive una sensación de inseguridad, pero no en relación al delito sino laboral, escasea el trabajo.

Y ya lo llamaron sus compañeros para marchar. Al día siguiente, el diario *La Gaceta* cubrió a toda página la concentración de Buenos Aires y apenas hizo un recuadrito chico y lejano con la marcha de San Miguel de Tucumán.

* * *

Escaneado con CamScanner

No quiero terminar la nota con las falencias o la posible decadencia de los tucumanos. Me gusta pensarlo como un lugar abierto a todos los rumbos, con algunos tucumanos que estudian quechua con profesores que vienen de Santiago del Estero (en Santiago hay quechuistas que van a controlar sus estudios a Lima). Recuerdo los hermosos parques y plazas y las conversaciones del día en que me volví. Estaba haciendo tiempo en el bar del hotel, que tiene en la calle muchas mesas y el suelo estaba lleno de palomas, yo les tiraba pan y queso. Frente a mí, con dos mesas vacías de distancia, había un señor que repartía su atención entre el diario y las palomas. Si hubiéramos estado en Buenos Aires, el espacio entre ese señor y yo habría estado absolutamente galvanizado por su actitud y la mía. Pero ahí no, y yo tenía ganas de hablar. Le dije: "No comen el queso".

Como si fuera un comunicado de lo más natural, me dijo: "No pueden masticarlo". La conversación siguió por la ruta palomeril y yo pensaba, ¿cómo cierra esto? Cerró sola. Me puse a hacer la valija, me despedí de la pieza del hotel que tan placentero y eficiente fue. Una noche me quedé en Amaicha sin radio, sin televisor ni nada para leer. Había intentado comprar un diario, pero me explicaron que el diarero no venía porque estaba dando clase y que a lo mejor más tarde "estaba queriendo venir". Yo extrañaba el hotel de San Miguel y pensaba "cuando vuelva a casa". Casa le decía al hotel. Me tomé un remise para ir al aeropuerto y el remisero me dijo: "Tengo una casita en Buenos Aires y voy dos veces por año". Y ahí me

acordé de mi casa. Cuando despaché la valija y me fui a dar una vuelta por la vereda del aeropuerto, habían hecho en un parquecito lo que no vi en ningún otro: juegos para chicos, hamaca, tobogán y una barra, juegos coloridos y alegres. Después me fui al bar, a tomar un café, me puse a leer y a revisar papeles ya con la idea de que el avión "está queriendo venir". Y a pesar de que estaba con un pie en Buenos Aires, me venía el recuerdo de la señora que estaba sentada tan mansa en la terminal de Amaicha y del diálogo con ella:

–Señora, ¿tiene perro?

–Unito.

–¿Y gato?

–Unito.

Escaneado con CamScanner

De vuelta en Asunción

Día de la madre y auge de los mariachis

Llego a Asunción en el día de la madre y la televisión refleja la gloria del momento. Visitan a las madres solteras, a las que están en la cárcel, a las que tienen hijos minusválidos, a la Virgen Madre Nuestra Señora de Caacupé. Hubo venta de rosas, "demasiado gente vino", dice la vendedora. Los mariachis (son paraguayos) dan serenatas a las madres. En el sanatorio contabilizan a los que nacieron. La periodista dice: "¿Doctor, contanos cuántos nacieron?". El día de la madre se extiende a todo el mes, pero no todas son rosas. Leo en el diario que una mujer fue arrollada con el auto por su propia nuera, pero parece que la embestida no ha sido intencional. Y en la cárcel de mujeres del Buen Pastor hay incidentes porque no dejan entrar a todos los familiares de las madres presas; se apelotonan en la puerta y no dan tiempo para ser cacheados; también hay incidentes porque en la comisaría hay un patio lleno de motoqueros sin casco; otros quedan en la calle, no hay dónde meterlos. El policía responde al periodista:

–Sí, señor, así mismo es.

Escaneado con CamScanner

Y siguen las policiales en la tele. Hay una localidad llamada "El Remanso" pero la gente la bautizó "El Chupódromo". Un joven hirió a otro a cuchillo, venía de una noche de mariachis. El periodista sigue llamando al lugar El Chupódromo. Para amenizar el programa, unas mujeres viejas llamadas "Galoperas" bailan la galopera para que no se pierda la tradición (una dice que la baila todos los años, desde los siete hasta los setenta y siete años). Flor en la cabeza, pollera hasta el suelo fruncida y floreada. En otro programa: "Un saludo al ministro Luis Rojas que está muy mal engripado". Y a su compañero periodista: "Buen día, Aparecido Peralta, ¿cómo está la lluvia, nerviosa, tranquila?".

Después hablan del descuido de los templos históricos: el templo de Yaguarón está siendo comido por las termitas y también hay murciélagos. Y luego llega el turno de los inundados; en el norte del país han desbordado los ríos, los más afectados son gente de una comunidad indígena y se ven dos ancianos, el de ciento cinco años y ella, pisándole los talones. Los dos llevan gorrito de visera, como los de los chicos y el locutor, optimista dice: "Se necesita ayuda para ayudarlos en los últimos años de su vida". ¿Los últimos? La inundación ha mojado las casitas que son de madera terciada y en una comunidad humilde dan almuerzo escolar dos veces al mes; un vocero de los que comen allí pide humildemente que les den el almuerzo una vez por semana.

Luego vino un hombre de traje, pañuelo blanco en el bolsillo superior del saco, mestizo de una mezcla

indiscernible para mí. Daba clases de higiene en guaraní, se acompañaba con mímica. Lavarse los dientes, las manos; sus dedos son los de un prestidigitador o los de un fullero. En medio del guaraní, la palabra "higiene" en castellano y la dedicatoria a la Virgen de Caacupé, patrona del país. Se titula "Programa por la identidad" y auspicia Chevrolet.

Ya en la calle, en la plaza O'Leary, una multitud de lustradores tiene un asiento protegido de la lluvia y del sol, con un techo que recuerda el de los púlpitos. Al lado de una silla de lustrar, una carpa con unos veinte hombres jóvenes muy mustios frente a un señor mayor, todos vestidos iguales. Creí que eran pastores protestantes, no, eran vendedores de celulares, me acerqué a escuchar qué les decía y el guía me interpeló educadamente, me dijo que me podía quedar. Les estaba reprochando la falta de actitud; dijo que la actitud era fundamental. No parecía que a ellos les importara mucho tener actitud de venta sobre todo en esa plaza, donde todos los feriantes conversan amablemente entre sí y con la gente. Saludan a todo el que pasa y se despiden amablemente del cliente, compre este o no compre. Así los describe Jerónimo del Portillo en su *Libro del Río de la Plata* (los visita a fines del siglo XVI, cuando Asunción era cabecera del Río de la Plata): "Los hombres son agradables, viven siempre confederados unos con otros, sin que sepan echar mano a la espada por la paz que todos tienen".

En la feria venden de todo; mermelada, licor y vino de carambola y catuaba (raíz que se usa como remedio). La

Escaneado con CamScanner

que me explica lo que indefectiblemente voy a olvidar es una señora de origen alemán que habla castellano con las dos improntas reforzadas, la del guaraní y la del alemán. No sé si llamarlos confederados, tienen, sí, un "nosotros" muy fuerte. El cartel de la plaza dice "Cuidamos esta plaza contigo".

Camino hacia la costanera, la han arreglado, han puesto bancos cerca del río, una vía para autos y bicicletas, y como siempre, sigue hermosa, con su tierra colorada y su verde intenso, no es el verde bebé de nuestra pradera, es un verde adulto. Le pregunto a un gendarme que toma mate por dónde entro:

–Por acá, che señora.

Han ampliado mucho la parte de tierra y a pesar del día nublado andan en bici, estacionan los autos para tomar mate, caminan o corren. Si uno se da vuelta, ve los edificios altos de la ciudad resguardados por una gran arboleda extendida.

Se alquilan ciclomotores. Una pareja con dos nenes alquiló uno y están enseñándole a andar al mayor y han puesto a la nena chica atrás. Pero no es un peligro, van a paso de hombre y la mamá también acompaña el operativo con un fervor, con una energía, que no se sabe si aprenderán a andar en ciclomotor, pero algo bueno va a salir de esa energía. Estoy frente al río Paraguay, del que Portillo dijo: "Los indios, habiendo de pasar un río, hincaban la rodilla y saludábanlo con las manos, pidiéndole con aclamo de todos sonoroso que se apiadase de ellos y los dejase pasar a salvo. Cual les decía que era

recién casado, cual que era mozo e iba a sacrificar la hacienda".

En un puesto una pareja vende barriletes con los colores de Cerro Porteño y otros con dibujos de animales. Me pongo a charlar con la señora y me dice que con Lugo estaban mejor y bajando la voz añade: "Cartes (el presidente actual) es narco".

Voy subiendo hacia el centro y un vendedor ambulante de gaseosas le dice a un policía que le está por comprar:

–¿Qué te anda gustando, che señor?

Vuelvo a mi bar del centro, tres o cuatro cuadras, y me compro el diario *Última Hora* para revisarlo. En deportes: "Paraguayos pueden medallar". Qué notable, el sustantivo se mueve, se vuelve verbo. Ya en clasificados, avisos de diez distintos conjuntos de mariachis y en venta "Coronas lumínicas". Les ponen coronas luminosas a los muertos. Juan Robertson, joven comerciante inglés que permanece en Asunción bastante tiempo por su oficio en las reuniones nativas (primera mitad del siglo XIX), describe embelesado una fiesta campestre:

> A una señal dada, se iluminó la casa, los bosquecillos de naranjos parecían estar en llamas, (...) y algunos sobre el césped, otros en los salones, comenzaron simultáneamente la danza. La brillantez de las luces y la límpida transparencia de la atmósfera y del campo en la distancia, me hicieron recordar los juegos nocturnos de hadas, en rincones todavía no profanados por los seres humanos.

Escaneado con CamScanner

Pobres paraguayos, tanto que aman la luz y tanto que les falta. Asunción está mal iluminada, mi hotel también. Y tendría que estar iluminada por la noche como si fuera de día. De las dos centrales hidroeléctricas, Yacyretá e Itaipú, Paraguay vende el ochenta y cinco por ciento del total producido al exterior; consumen solo el quince por ciento. En Paraguay la luz debería ser gratis.

Sigo con el diario: nombre de los occisos: Juvenal, Sílfides, Digno, Nimia.

En Luque se realiza un concurso para elegir el mejor cerdo, se busca el rey de los cerdos. El puerco es el símbolo de Luque. Hay también un premio para el cerdo mejor vestido. Y en clasificados, cuatro larguísimas oraciones a Jesucristo y a la Virgen María; hay una más moderna, que aconseja: "No seas como el paciente que pide al médico que lo cure, pero le recomienda el modo de hacerlo".

El Museo del Barro

Nadie sabe en el centro de Asunción dónde queda el Museo del Barro. Ni en el centro ni en la zona donde está emplazado. Está en una cuadra rodeada de casas con jardín, escondidas, los jardines son a cual más interesante. Es una cuadra robada al asfalto cercano, donde está la avenida llena de cemento por donde pasan autos, micros, cerca del Shopping del Sol, rodeada de toda una parafernalia modernosa de venta de piletas de natación, aprenda inglés y sea feliz. Me parece que el barrio del Museo del Barro

tiene algo de las viejas quintas de Asunción, tan hermosas, que están tirando abajo para construir diversos cubículos. La tierra de la vereda es colorada. "Centro de Artes Visuales" se lee en la puerta. Es un museo multirrubro, con sala de pintura, de cine, de cerámica, de máscaras y tocados indígenas. En una sala hay juguetes como de plástico y un montón de bichos con su abrigo, una tortuga con un cubrecaparazón naranja a medida, una lagartija con sombrero y un dinosaurio con un enterito. Una vitrina con gran cantidad de máscaras de San La Muerte, algunas humanas (una con dos bocas y dos narices), un ave con anteojos de sol y en otra sala, cerámica de Tobatí, figuras rechonchas de color negro, una pareja muy unida como formando un solo ser sobre un bicho esférico gigante, otra de un hombre sentado sobre un pato gigante. Hay cerámica de Itá, de Tobatí, de Yaguarón, todos lugares cercanos a Asunción, me prometo ir. Una rubia gorda en bikini. Otra sala es toda de tejidos de ñandutí. Hay trabajos hasta en el baño; en un cuadro, un mantel del siglo XIX, llamado mantel de la abuela, hecho a mano, y frente al inodoro, una camisa infantil de autor anónimo.

En el área de cine me entero de que en Paraguay se filma desde 1905 y pasan un documental de 1947 y otro de arrieros cocinando. También pasan un trozo de la hermosa película de Renate Costa *Cuchillo de palo – 108*. Lamenté que pusieran los textos en inglés.

Entrevisto a Lía Colombino, directora del Museo de Arte Indígena. Me dice:

Escaneado con CamScanner

–La concepción del museo es que no existe una separación entre las bellas artes y las artesanías. Uno de los errores que se cometen al apreciar el arte indígena es referirlo al arte occidental, considerado como algo a mirar. En el arte indígena los objetos producidos son también de uso cotidiano y muchas veces vinculados con los rituales; por ejemplo, el brillo de un objeto no tiene una significación puramente estética, tiene significación en la realización del ritual, mejor dicho, contribuye a la eficacia del mismo.

–¿Y cómo aprenden los artesanos?

–El arte popular se trasmite de generación en generación; las mujeres son dueñas del barro y ellas solas son ceramistas. Por ejemplo, los hombres de Tobatí trabajan los ladrillos que tienen que ver con el barro, pero muchas veces, como las mujeres sostienen la casa, ellos acarrean el agua, el barro.

–¿Y si alguna artesana se destaca?

–Cuando una mujer tiene mucho prestigio como ceramista, trae a trabajar con ella a sus hijas o sobrinas.

–¿Cómo es un taller?

–Trabajan cerca del suelo, casi no utilizan herramientas. Ninguna comunidad guaraní trabaja en cerámica, porque se les prohibió en el pasado por estar ligada la alfarería, presuntamente, a rituales antropofágicos. Al prohibírseles, se perdió la práctica.

Me regala dos hermosos catálogos del museo donde se ven coronas de cuero y piel de jaguar, cántaros de calabaza, instrumento musical de caparazón de tortuga, gorro de cuero de oso hormiguero, cubre espaldas de piel

de mono carayá, mocasín de cuero de oso hormiguero, clarinete hecho en cuernos de vaca, ponchos de lana de oveja. Tocados de vinchas hechas con plumas de cotorra, de papagayo azul, de cigüeña, de ñandú. Las plumas están sujetas con cera.

Entrevisto también en el museo a Ticio Escobar, secretario de cultura del gobierno de Lugo, estudioso de la cultura popular, reconocido internacionalmente y formador de críticos de arte latinoamericanos. Le pregunto sobre lo que me viene asombrando desde antes de llegar a Asunción.

–¿Por qué Paraguay, ya desde el siglo XIX, produce una gran fascinación en todo tipo de personas? (Bonpland, Artigas, Sarmiento, Barrett.)

–Se presenta como atractivo porque se lo piensa como un lugar remoto y aislado. Está también la cordialidad, la calidez paraguaya y el deseo de agradar al otro, de ayudar. En el interior, si uno pregunta una dirección, te acompañan. Un dicho en cancillería es que los embajadores vienen llorando a Asunción y se van llorando. (Llorando por deplorar el destino y se van llorando de lo bien que lo pasaron.)

–Una vez me dijeron en Asunción –más precisamente en cancillería– que pese a que Brasil perjudicó más a los paraguayos que los argentinos, sin embargo, nos tienen más bronca a nosotros, ¿es verdad?

–No, la derecha agita rencores contra argentinos y brasileños. La derecha es reactiva con relación al Mercosur. La izquierda quería adhesiones a Dilma, Cristina, Evo.

Escaneado con CamScanner

Ahora lo que sí es cierto es que Stroessner regaló Paraguay a Brasil. (Esto se refiere a los quinientos mil colonos brasileños, que llaman los brasiguayos, radicados en la frontera norte; han comprado tierras, desplazando a sus antiguos ocupantes.)

Sigue T. Escobar:

–La bronca con el porteño es por la actitud y los comentarios soberbios; lo mencionan como un lugar sin interés para visitar, dicen, dudosos: "Nunca fui al Paraguay".

–Usted dice en su artículo publicado en *Historia del Paraguay*, que paradójicamente, durante la dictadura el arte tuvo la posibilidad de producir signos propios. ¿Y después qué pasó?

–Cuando se creó un frente de los artistas contra la dictadura, los artistas estaban unidos; al caer esta, quedaron desconcertados y se dividió el panorama cultural. No atinaron a formular un proyecto cohesionado. Acá hay mucho internismo: una persona, dos, tres, arman un partido; en lo político y en lo cultural.

Esta entrevista es muy desordenada porque Ticio Escobar es un hombre muy apurado y yo, mala entrevistadora; volveré sobre el tema.

Itaguá, Itá, Yaguarón

Me voy a ver a los artesanos en un ómnibus que sale de la terminal. Es un micro ruidoso y se llena de gente con

paquetes. Mi compañera de asiento apisona fuertemente el micro con sus pies y todo el viaje lo hace aferrada al asiento del chofer que corre como si huyera del infierno. De repente mira hacia atrás, azorada. ¿Será para ver si a los demás les pasa lo mismo que a ella? ¿Será para ver si todavía están? Pero los otros están acostumbrados al micro y ella "no está avivada". Me dice que ella no sabe cómo es Itaguá porque es de San Pedro, como si fuera una razón. Me viene a la memoria la expresión infantil "no está avivada".

Veo carteles por el camino: no el eufemismo "Compro oro, compro alhajas", sólo una palabra enorme "Empeños".

Bajo en Itaguá y lo primero que veo es una casa de la cultura con la vidriera decorada por la bandera paraguaya, tejida en ñandutí, flanqueada por carpetas, la escalera está pintada con los colores de la bandera también. Es un conjunto desconcertante. Al lado, una casa de venta de empanadas. Guardan las empanadas en una campana de vidrio que está iluminada por una lamparita; le pregunto al dueño qué función cumple la lámpara. Me dice:

–Es para que se vea, adentro está muy oscuro.

Tiene un tonito terminante, de maestro de escuela.

No encuentro artesanos, encuentro al esposo de una tejedora, que no está. Él me explica:

–Se teje sobre cualquier tela ajada con bastidor y se diseña sobre papel fino que llamamos sulfito. Se hacen vestidos, blusas, manteles, hamacas. No, no tenemos turistas desde que se fue Stroessner, estábamos mejor con Stroessner, con los "opositorios" andamos mal, el gobierno

Escaneado con CamScanner

de Lugo era pésimo, el presidente actual me gusta, la gente paraguaya está corrompida por culpa de los gobernantes, todo al borde del precipicio, hace falta una destrucción total, como la de Sodoma y Gomorra.

Me voy rápido de ese pueblo, a ver al de al lado, Itá. En Itá me recomendaron a Cristina Servin y la visito. Me dice:

–Yo soy nieta de la creadora de la muñeca paraguaya, mi abuela tenía un museo aquí al lado y donó toda su obra a la municipalidad para que quede en Itá. Yo me crié con mi abuela desde los tres meses porque mi mamá era muy joven, no atinaba a llevarme al hospital y yo estaba muy enferma, la abuela le hizo hacer una promesa de que si me curaba, me quedaba a vivir con ella y así fue. ¿Que si la veo a mi mamá? ¿Y cómo no la voy a ver? A los cuatro años empecé a aprender el oficio y a los seis ya hacía productos para vender. Mi abuela fue mi maestra y mi mamá, yo soy la única que trabaja hoja seca, fabrico pesebres y toda una variedad de espejos y cuadros. Estudié Relaciones Públicas y Marketing, también inglés y portugués, porque yo soy muy tímida, y acá vienen muchos extranjeros. Mi abuela escribía poemas de amor y novelas. Yo donde más vendo es en Argentina y en Italia. A Buenos Aires fui a armar un pesebre de un metro de altura, con lienzo y caras de cerámica, no se podía llevar desde acá.

Tiene en una repisa un busto de Roa Bastos, de gran movilidad de rasgos y notable parecido. Y "tengo la escultura de Herminio Jiménez, maestro de la orquesta

de cámara; cuando la vio, la esposa se emocionó, porque la encontró igual a él y eso para mí fue mejor que un elogio. Mi abuela murió hace cuatro años, ella se levantaba y se ponía a cantar, nos entendíamos tan bien...".

Rosa Brites

Tiene setenta y tres años, fue nombrada artesana de América y trabaja en cerámica figuras de diverso formato, todas muy hermosas, diseminadas en una especie de garaje donde circulan el perro, dos pollos que se acercan y los nietos o biznietos. El marido está a la entrada de la casa, sentado desde hace rato hablando con alguien que parece un vecino.

–¿Cuántos chicos tuvo, Rosa?

–Trece. Yo cuando tenía siete años me quedé con la tía y empecé a fabricar. Trabajé como dieciséis años en el Museo del Barro, muchos artesanos fueron a trabajar allí; el artesano no tiene capital.

–¿Y cómo hizo con trece chicos para hacer las artesanías?

–Ah, es muy fácil, teníamos la huerta (la tengo todavía), los huevos, el cerdo (se acercan otros dos pollos a investigar al perro, que está echado).

–Acá viene gente a comprar de Uruguay, de Argentina. Yo viajé mucho, mi primer viaje fue a Estados Unidos para recibir un premio por la cerámica, fui a Corea, Japón, a China, fui a México por intercambio de cultura, a Chile,

Escaneado con CamScanner

Uruguay. A mí me gusta porque se aprenden muchas cosas y me gusta más cuando hablan el español así estoy sin intérprete. A mí de lo que hago lo que me gusta más es el sol y la luna. Algunas veces mi marido me dijo que no le gustaba lo que yo hacía y la mujer en ese caso debe resguardar su lengua. Sí, tuve veintisiete nietos y nueve biznietos (algunos andan dando vuelta por ahí). A los chicos, los llevaba a la recova de Asunción para vender, a veces vendíamos verdura también. ¿Que cómo se llama el perro? Moloco y quiere decir loco, sin sentido. Hace cuarenta y cinco años que vendo, acá en Itá hay una rematadora.

En guaraní le pide a una nieta que lleva un nene en brazos y otro al lado que me acompañe hasta el colectivo, que pasa casi rozando la casa. Me espera gentilmente que tome el colectivo, desde ahí veo las pequeñas esculturas; el Buda, el toro, el caballo, el sol, la luna.

Yaguarón

Yaguarón tiene una iglesia interesante y un museo dedicado a Francia, pero es lunes y los dos están cerrados. Un chico me acompaña a lo de la cuidadora del museo para ver si me abre, pero no. Siempre en estos pueblos hay como un guía y a la vez centinela que corre a avisar al dueño de casa que vino gente, para ayudar al que viene y prevenir al local.

Visto desde afuera, el Museo del doctor Francia es un chalet sostenido por columnas forradas con la bandera paraguaya. Peno por un café, una coca cola, un poco de sombra, una silla, una cama. Podría dormir la siesta en Yaguarón para hacerme creer a mí misma que el viaje fue largo, pero no. Se me acerca un hombre de humilde aspecto por decir algo y me reconoce como argentina. Me cuenta que estuvo en González Catán y en San Justo. También en San Pablo y en Santa Cruz de la Sierra. Su aspecto no indica que le haya ido muy bien; habla como si le faltara el aire y como si el acto de hablar le fuera ajeno. "Y ahora volvió a su pueblo", le comento.

–Sí –me dice–, pero yo tengo que andar, hace más de tres horas que estoy caminando, yo no debo parar.

Asustada por el contagio posible de andar y andar, me despido. Recalo en un café donde uno me dice que puedo fumar y otro tímidamente señala un cartel que indica no fumar. Me dice que puedo ir al patio. El patio es una bendición, un canto a la sombra, al orden y al progreso, a la limpieza. Muchas sillitas blancas apiladas y ordenadas, las botellas ídem, y aparece un pollo, sí, pero no irrumpe abruptamente, avanza lento como un ciudadano que pasea por una de las calles de su ciudad. Pido una cerveza con maníes. La dueña me dice, con cierta lástima: "De lo que usted pide no hay" (se refiere a los maníes). No los tenía pelados, entonces ella se sienta al lado mío y mientras me charla, me los va pelando uno a uno.

Escaneado con CamScanner

La calle

Todos los días voy a leer a un bar con mesitas afuera, allí se puede fumar y escuchar las conversaciones de los vecinos de mesa. Siempre está lleno de gente bebiendo, todos los turistas recalan allí, hay un español que va todos los días y desde su mesa ejerce su señorío con el kiosquero, con el mozo y con quien fuere. Pero esta vez hay una mesa mixta de brasileños y paraguayos, todos bebiendo. Hay una señora embarazada, una chica y tres hombres que llevan la voz cantante; se ríen con una risa feroz y parecen una banda mixta de cafishos con su familia en su día franco. De repente uno de ellos dice: "Yo estaba destrozado" con una voz alegre. Otro dice: "Nosotros seguimos repartiendo alegría y felicidad"; "Seguimos repartiendo el catecismo del amor" (risas feroces, y sí, decido que son cafishos).

Y en la esquina veo al mismo indio disfrazado de tal, que había visto unos años atrás, me saluda como si me reconociera, como si fuese su hermanita perdida, con una risa toda dientes. Vende carteritas y lleva una vincha con plumas pintadas de blanco y zapatillas de marca. Le pregunto al kiosquero:

–Esas plumas que lleva, ¿no son de plumero?

El kiosquero lo defiende:

–Él las tiñe, él es indio de verdad.

El hombre evidentemente está disfrazado de indio pero con tal convicción que el disfraz parece una vestimenta usual.

Y me largo a caminar hacia las plazas de la feria. Me parece que los paraguayos tienen una gran aceptación de los contrastes. En el panteón de los héroes están los caídos en la Guerra de la Triple Alianza y en la del Chaco; algunos sepulcros chicos son de los niños héroes, que pelearon en la Gran Guerra. En un lugar visible está la escultura del mariscal Estigarribia, toda en dorado, con los borcegos inflados a la altura de la rodilla. Es la imagen del varón guerrero. Y frente al panteón de los héroes, hay una manifestación contra la homofobia. Unas treinta mujeres tocan el tambor y reparten volantes: "Cartes, no descartes mis derechos". Le piden al presidente que firme el tratado contra el racismo, la homofobia, la lesbofobia y la transfobia.

Sí, se ven contrastes. Veo pasar por la calle a la contracara de la madre galopera, vieja y con flor en la cabeza y pollera colorida hasta el suelo: es una joven toda de azul marino, con el portafolio del mismo color; es de piel oscura; parece una misionera tropical.

De casualidad, un poco más lejos me topo con un café en el que había estado otra vez que fui: yo lo llamo el bar de los literatos, es muy agradable, tiene una foto de la película *La hamaca paraguaya*, una biblioteca, una mesa con revistas y toda una pared cubierta con fotos de escritores. De ellos sólo conozco a Sábato y a Roa Bastos. Entonces le pregunto a una señora con cara de saber esas cosas, quiénes son los restantes. Me contesta secamente:

–Pregúntele al chico. Yo estoy muy apurada.

Escaneado con CamScanner

Es la primera persona que me habla en tono seco y "el chico" es un mozo viejo, de más de setenta años. El mozo me explica perfectamente quién es cada quién, Elvio Romero, José Asunción Flores, Rafael Barrett.

Visita a una casa

Adriana Almada es salteña, vicepresidenta de la Asociación Internacional de Críticos de Arte y curadora de numerosas exhibiciones en Asunción y Buenos Aires. Vino a Asunción por quince días y se quedó hasta hoy. Está casada con Ángel Yegros, escultor, con quien tiene dos hijos varones de veinte y veintisiete años. Me lleva desde el hotel a su casa y el tráfico es infernal; me comenta que muchos han comprado auto. Le comento cómo van desapareciendo las viejas quintas con su enorme jardín y me dice que cuando Le Corbusier estuvo en Asunción y le pidieron consejo sobre posibles remodelaciones dijo: "Acá no hace falta cambiar nada, esto está perfecto".

Adriana llegó a Asunción en tiempos de Stroessner y le llamó la atención lo que le dijo un político liberal: "Para poder vivir en este país hay que mirar mucho, oír mucho y no hablar". "Yo trabajaba en un medio de prensa y no se podía debatir nada." Ella aprendió guaraní no bien llegó y me habla de su exsuegra, la primera; dice: "Mi suegra CUE" ("CUE" es ex). Le pregunto por la conexión entre el arte naif que vi una vez en Areguá y la idiosincrasia paraguaya. Me dice:

–Hay una suerte de candidez, hay formas de decir que en guaraní suenan simpáticas y en español pueden ser groseras. Por ejemplo: "Estoy YURUNÉ" (estoy con mal aliento).

Me dice que el paraguayo suaviza muchas cosas en el lenguaje, por ejemplo, los mandatos; no dice "vení", dice "vení un poco".

Sigue:

–En tiempos de Stroessner abundaban los espías. Se lo llamaba el marcante (el que marca a otro) y en guaraní es PYRAGUÉ (pies peludos, el que camina sin hacer ruido). Cada uno tenía su espía y muchas veces se establecían relaciones amistosas entre el marcante y el marcado. Todos blanqueaban la situación.

La casa de los Yegros queda en un barrio escondido, cerca del aeropuerto. Tiene un parque con grandes árboles delanteros, y junto a ellos, como confundida con el entorno, una escultura de Yegros; trabaja con deshechos de todo tipo. La casa tiene piso de cemento y en la pared del baño una franja de piedra. Tiene todo el aire de una casa de campo. Me cuenta Adriana que antes de vivir en esa casa, vivían en el campo, sin luz eléctrica, con luz de lámpara de kerosene, "yo vivía la utopía de la vida en el campo, eran los setenta, yo leía a Lao Tse. Me sentía como si hubiera sido expulsada de la ciudad y pensaba asombrada 'puedo estar acá y nadie me va a encontrar'". Ángel Yegros dice que él mismo cortó el cordón umbilical de uno de sus hijos y añade:

Escaneado con CamScanner

–Yo sacaba fotografías; antes escribía bien, escribía sobre el nacimiento de mis hijos, pero como hacía yoga y se decía que había que desprenderse de todo lo que uno tenía tiré todas las fotos, mis escritos y los libros de estudio.

Me muestra sus catálogos, muchos de sus trabajos tienen títulos en guaraní, idioma que habla. YPAKA'A (una especie de pájaro que vive en los esteros) es un ave en hierro, bronce y vidrio, podría ser un bicho pasando una red u otra cosa. Yegros no quiere fijar lo real en particularidades, creo que quiere que se manifieste el sustrato amorfo de las cosas. Como dice el prologuista del catálogo: "La mirada de Yegros no se dirige a las cosas para aprehenderlas. Sabe que hacerlo es una forma de perderlas y perderse". Así, una botella enrejada se titula "Chevalier" y la boca de la botella es la cabeza con su yelmo. "Yo no quiero tener estilo", me dice y me muestra una escultura suya que a simple vista parece un tronco débil de árbol, pero no; es una escultura en madera hecha con pedazos de armas confiscadas por los jueces y me dice a qué alude la escultura: "Acá hubo un genocidio que se llamó Curuguaty, la matanza de campesinos que se le atribuyó a Lugo para montar un golpe en su contra".

Adriana escribe poesía; él sabe poesías de ella de memoria y recita una.

Pero Yegros además de escultor es fabricante de perfumes caseros con aroma de palo santo y citronella. Y es también descendiente de una familia patricia. Su bisabuelo era amigo de Artigas; otro antepasado suyo fue asesinado por Francia, dice:

–Mucha gente de la izquierda alaba a Francia por considerarlo una especie de socialista, pero no hizo colegios ni creó la universidad. A mi tatarabuela Facunda la declaró negra por decreto y ella no se pudo casar con quien quiso. Si él decía que alguien era negro, así debía ser considerado.

El primer Yegros llega a Paraguay en 1590 y se casa con la nieta de Irala (el primer gobernador de Indias) que era mestiza.

Les pregunto por la enseñanza del guaraní y Yegros me dice:

–Antes lo hablaban sobre todo las mujeres; papá lo hablaba, pero no con nosotros. La enseñanza escolar se ciñe demasiado a la ortodoxia gramatical y sintáctica, por eso nosotros preferimos que los chicos lo aprendan de los empleados que tenemos en casa, porque es el guaraní vivo.

Después comimos, los chicos dejaron sus computadoras y se sentaron a comer con nosotros, sociables, gentiles, morenos.

Escaneado con CamScanner

Entrevista al padre Bartomeu Melià

El padre Melià vive en el barrio de Trinidad, un lugar de avenidas anchas que llevan quién sabe adónde. Vive en una casa de retiro de jesuitas, escondida al fondo de un aparcadero de coches, sencilla y agradable. Me recibe en su celda, donde tiene una mesa con una computadora y muy pocos muebles más. Es experto en cuestiones indígenas y según me han contado, vivió entre los indios en Brasil adoptando sus costumbres. Le pregunto:

–Padre, ¿cuántos años hace que está en Asunción?

–Sesenta años; me hizo la misma pregunta un taximetrero y le dije: "Más de los que tú estás en este mundo. Nací en Mallorca y yo no tenía ninguna idea del Paraguay, pero soy de la provincia de Tarragona (nosotros los jesuitas nos dividimos en provincias) y enviaban jóvenes a Paraguay para aprender guaraní.

–¿Y qué fue lo que le llamó la atención cuando llegó?

–Me llamó la atención la sencillez de la gente, muchas mujeres iban descalzas, los chicos, todos; a setenta kilómetros de Asunción no había asfalto.

(A propósito de esto, Yegros me dijo que él vio en Asunción, a sus quince, dieciséis años, indios absolutamente desnudos, e Ildefonso Bermejo en su *Vida paraguaya en tiempos del viejo López* comenta el detalle de mujeres vestidas como para fiesta y descalzas.)

Sigue el padre Melià:

–Desde que llegué al Paraguay me fasciné con la religión guaraní y pese a que soy un hombre de biblioteca y no un boy scout, a partir de que conocí al padre Cadogan tuve acceso a los indígenas y me facilitaron la entrada a los rituales. Empecé a ir los fines de semana y me quedé varias veces entre los PAI guaraní. He vivido en casa de ellos, me mostraban las trampas para cazar. Me llamaban "nuestro abuelo". El abuelo es para los guaraníes una figura mítica que representa al padre eterno.

–¿Y cómo es su relación con el guaraní?

–Aprendí guaraní desde que llegué. En cuanto al tema, es interesante su historia. Los predicadores del siglo XVII les hablaban a los indios del PAI (Padre) y TUVÁ (Hijo), y Espíritu Santo lo decían en castellano para inculcar la novedad y van apareciendo los neologismos, como se ve ahora que se mezcla el guaraní con el castellano. Ahí no veo problema; pero me molesta cuando hay una palabra justa en guaraní y se la sustituye por la palabra en castellano. Algunos neologismos son necesarios; como sucedió en España, por ejemplo, la introducción de términos árabes (almohada, albornoz) era porque no conocían el objeto. Volviendo a las misiones guaraníes se ha dado un fenómeno que raramente se ha tematizado. Hay distintas formas de hablar guaraní según las regiones pero había una lengua común que ya se usaba en el siglo XVII, una lengua franca. Ya en esta época había mucha población alfabetizada. Por ejemplo con relación a un sermón, si el cura hablaba en un lenguaje muy difícil para la gente

Escaneado con CamScanner

(muy abstracto o con símiles muy europeos) al salir de la misa se juntaban en el atrio y el sacristán les explicaba el sermón a su manera. Cuando los jesuitas volvieron a Paraguay en 1846 para hacer reducciones (idea trasnochada, había cambiado el contexto) el presidente López quería que hicieran un colegio. Y López dice de los indios "O reducirlos o matarlos". En 1848 López declara a los veintiún pueblos indígenas ciudadanos paraguayos, pero las tierras de estos pasaron al Estado.

–¿Es verdad que la iglesia paraguaya se opuso a Stroessner?

–Había de todo en la iglesia paraguaya. Eso sí, el arzobispo de Asunción, Miguel Rolón, tuvo el coraje de decir, mucho antes de que cayera Stroessner: "No voy a ir más a las reuniones de consejo de Estado". Era tradicional que el obispo asistiera y que se llevara en andas en la fiesta de Caacupé a la patrona del país; terminó eso de llevar en andas. El arzobispo era una figura casi intocable, porque era muy querido y respetado por la gente. Yo fui expulsado del colegio y me enteré del motivo por papeles que llegaron al vaticano, fui acusado por comunista, pero era por una denuncia que hice de genocidio de indios. Asistí a una reunión de funcionarios y allí se perdieron en definiciones a ver si era o no genocidio, al final firmaron que no era genocidio, los únicos que afirmamos que lo era éramos otro y yo.

–Padre, ¿por qué cayó Lugo?

–Yo doy mi versión. Creo que fue un golpe de Estado montado. Lo de los campesinos muertos fue la excusa para justificar el golpe. No dejaron pruebas. El diario *ABC* dice que hay que hacer un juicio político, pero se va diluyendo la posibilidad porque se tematiza demasiado que no sabemos lo que pasó y no se averigua. Aparte, creo que hubo una mano de Estados Unidos.

–¿Y cuál es la situación actual de los indígenas?

–Acá están en una fase de exterminio y se está haciendo lo posible para que dejen de ser lo que eran; los sojeros los están acorralando hacia un ambiente inviable.

Hablamos después de los brasiguayos, que están en la frontera con Brasil y son quinientos mil colonos provistos de tecnología (sobre una población total de siete millones de habitantes). Las colonias menonitas, prósperas, que ocuparon tierras que eran de los indios. Le pregunto por una particularidad, un interés mío en relación con algo que encontré curioso:

–La vez anterior que vine escuché a Franco (expresidente) compararse con un tribuno romano y del mismo modo se comparó un funcionario actual. ¿Por qué esa referencia a los romanos?

–Ah, eso es porque antes de López había cónsules, un triunvirato, pero además porque Francia estudió en Córdoba, y leían mucho derecho romano. Y ahora tal vez porque los presidentes salen de la Facultad de Derecho casi todos. Francia era França, de origen portugués.

Y yo hubiera preguntado mucho más, pero quería recorrer un poco el barrio de Trinidad.

Escaneado con CamScanner

El Zoológico

El Zoológico está junto al Botánico en Trinidad. La entrada al Botánico es gratis y tiene una inscripción:

PE GUAHẼ PORÃ
YVOTYTY KA'AVOKUA APE

Y la traducción: "Bienvenidos al Jardín Botánico".

Casi a la entrada, hay una parte de césped bajo y pelado, tipo jardín americano, con plantíos demasiado regulares, que lleva el nombre de "Jardín de la señora"; en la placa se lee: "Diseñado por Ana Siebrig en 1900". Nunca en 1900 pudieron diseñar un jardín semejante; después me explican: la señora diseñó y plantó un rosedal y muchas de otras flores, ella amaba su jardín y se paseaba por él. Han trasplantado el rosedal, lástima, porque debió ser hermoso. El cuidador me dice:

–Cuentan que la señora está enterrada acá.

Entre el Zoológico y el Botánico está el Museo de Historia Natural. En una sala del museo hay iguanas, tarántulas, culebras, todas en frascos de vidrio y un cartel: "Se ruega guardar silencio". Tigres, leopardos embalsamados.

En todo el Botánico hay una sola persona haciendo abdominales y en el parque que rodea al museo hay eucaliptos inclinados que parecen cabezas en posición de saludo, y el suelo está lleno de naranjas caídas. En el Zoológico lo primero que veo es un ñandú, come papel, lo que ve, un perro baja de una camioneta y le ladra horrores. En el Zoológico hay más gente. Observo a una pareja con un nene chiquito, los dos muy jóvenes, él con su pantalón oscuro muy limpio y su camisa blanca carga al nene, ella con su pelo sencillamente atado en una colita participa en todo, silenciosamente. Seguramente son del interior, por esa inocencia que emana de sus ropas, de su andar. Seguramente son pobres, pero con esa pobreza sencilla que la ciudad borra en sus habitantes marginales. El ñandú ha entrado en zona de cabras y estas se desbandan. Les comento que el ñandú no se lleva bien con las cabras y el muchacho me dice:

–No, le respetan mucho.

Cartel: "Bienvenidos / PE GUAHẼ PORÃ".

Y miro al águila coronada, al guacamayo azul dorado que es de la selva, al tucán de pico maderil que comparte lugar con un acutí, que es parecido al carpincho y el cuerpo es como de rata pero sin cola. Están los coatíes y dice el cuidador que pelean por comida, por sexo y por la jefatura.

Un cartel: "No grite".

Ivo Brum es ingeniero ambiental y está a cargo de la reserva del zoo. No pido hablar con él, se ofrece espontáneamente. Me da un dato curioso: Artigas, durante su larga estadía en Paraguay, ayuda a Azara, naturalista,

Escaneado con CamScanner

a confeccionar el herbario más completo del Paraguay del siglo XIX.

Los medios y la calle

Quiero ver un museo que funciona en un barco anclado en la costanera, pero son las cuatro y ha cerrado. Los marineros están asomados mirando la playa donde están filmando a una chica; en la plazoleta cercana se sacan fotos miembros de las más distintas edades de una secta cristiana, todos vestidos de largo y de blanco. Separando el centro de la costanera hay que atravesar una canaleta, pero no hay puente visible hasta unas cuatro cuadras; hay sí, puentes muy endebles fabricados por los particulares. Es imposible cruzar. Finalmente lo hago y me voy a otro museo, el de la ciudad. En él me entero que Asunción fue fundada en 1537 y que un gran incendio la destruyó en 1543. Hay una maqueta enorme de la ciudad y un mural naif muy agradable con el texto "Visión imaginaria de Asunción".

También me entero de que el edificio del museo de la Rivera se fundó en 1860 y fue cerrado durante la gran guerra. Y que en 1787, Félix de Azara, el naturalista y cartógrafo, traza el primer plano de la ciudad.

El patio del museo da a la casa de gobierno; la puerta no dice "Tire" dice "Estire" lo que indica la percepción de la materia como algo dócil. Y en un rincón, detrás

de una rejilla que los empleados del museo juzgan inaccesible para el público, hay como un depósito de cosas varias, escobas y trapos que quieren y no quieren estar a la vista, es como la presencia de lo no colonizado, lo que queda en estado de confusión y se quiere, sin saberlo, que quede así; aparentemente es desprolijidad, pero creo que más profundamente es resistencia a que todo se convierta en museo.

Bajo a la calle porque escucho la orquesta de la policía; están tocando junto al panteón de los héroes porque hay un acto por el día del economista. Una mujer del oficio habla a sus colegas y les dice que no sólo es el día del economista; lo es también de María Auxiliadora. Serán unas treinta personas, paradas en las gradas de la escalera. Va para largo y miro a un costado: otra manifestación también de unas treinta personas. Dicen "No a Monsanto" y debajo, "SOJATY OREMOSE REKOHAGUI", que viene a ser: "La planta de soja nos expulsa de nuestra comunidad". Y otra: "La soja destruye el agua, la tierra, el bosque y la vida".

Venden remeras y golosinas con inscripciones. Voy a la farmacia y me topo con el primer hipocondríaco que veo en Asunción, está vestido como Kiko, el del Chavo del ocho, todo de oscuro con una gorra con orejeras y visera muy severa. Compra como veinte remedios pero como con su dinero no alcanza a pagar algunos, descarta cualquiera al tun tun. Habla con la vendedora en tono bajo y sigiloso, es como un jugador adicto a las cosas de

Escaneado con CamScanner

la enfermedad y la salud. Sostiene un largo parlamento ininteligible con la empleada que aguanta con paciencia a ese ser flaco, narigudo, enfundado, casi de ultratumba.

Camino otro rato por las calles cercanas al puerto. En una calle venden zapatos que parecen viejos, expuestos en el suelo y por la calle Soldado de la Independencia, miseria y tristeza. Ya en la calle Palma, donde hay muchas casas de cambio; en cada una de ellas un gendarme con un arma enorme. Y recuerdo el Mercado 4 de la calle Pettirossi, con unos negocios absolutamente oscuros, sin ventanas, alumbrados (es un decir) por unas lamparitas que parecen reforzar la oscuridad. Pienso que con razón les ponen coronas lumínicas a los muertos, saben lo que es el infierno, el Mercado 4 es una muestra. Me voy a escribir al café con las mesitas afuera y me concentro. Sin que lo invite, se sienta frente a mí, en mi mesa, el hombre disfrazado de indio que tiene un tocado de plumas en la cabeza. Primero me charla y cuando ve que anoto se calla pero yo encuentro raro el acto de escribir con una persona sentada enfrente con una corona de plumas. Trato de tener pensamientos generosos –el pobre hombre está cansado de vender carteras parado y descansa–, pero sigue siendo extraño. No quiero levantar la vista pero no puedo evitar mirar: veo que está comiendo algo que le dejó el español de la mesa de al lado. Come tranquilamente, y cuando termina, se levanta y me dice:

–Ahora me voy a trabajar un poco.

Y se va a la esquina, a vender carteritas. Me voy al hotel a mirar los diarios y a ver la televisión. Por la calle un mercado se llama "La esperanzita".

En la habitación leo *Última hora*. Títulos:

Se calendarizó la Copa Sudamericana 2015.
Créditos a los cañicultores.
Diputada pide que ministro del interior vaya a su casa.

El diario trabaja largamente el tema de tres hombres que murieron enterrados buscando un tesoro escondido: YVYGUY (plata escondida). Es una vieja fantasía que produce estas prácticas. Desde la Guerra de la Triple Alianza hay gente que se la pasa pensando en un tesoro escondido que hubiera quedado enterrado, o como le dicen "un plata entierro". A uno de los buscadores de sesenta y cuatro años, los hijos le decían: "Papá, a vos no te falta nada, dejate ya de eso, no estás en edad de trabajar en esas cosas". El hijo de otro hombre muerto dijo que su padre no acostumbraba a decir adónde iba ni qué hacía. Se lo pasaba buscando tesoros escondidos.

Otra nota: Itaipú (el ente binacional paraguayo brasileño) entrega fondos al intendente Samaniego para la remodelación del Mercado 4. Anuncia que va a fiscalizar la ejecución tramo por tramo. Samaniego es el intendente de Asunción. Aparece otra nota contestando a esta: "Samaniego es de dudosa confianza porque es incapaz de arreglar un simple bache".

Escaneado con CamScanner

la enfermedad y la salud. Sostiene un largo parlamento ininteligible con la empleada que aguanta con paciencia a ese ser flaco, narigudo, enfundado, casi de ultratumba.

Camino otro rato por las calles cercanas al puerto. En una calle venden zapatos que parecen viejos, expuestos en el suelo y por la calle Soldado de la Independencia, miseria y tristeza. Ya en la calle Palma, donde hay muchas casas de cambio; en cada una de ellas un gendarme con un arma enorme. Y recuerdo el Mercado 4 de la calle Pettirossi, con unos negocios absolutamente oscuros, sin ventanas, alumbrados (es un decir) por unas lamparitas que parecen reforzar la oscuridad. Pienso que con razón les ponen coronas lumínicas a los muertos, saben lo que es el infierno, el Mercado 4 es una muestra. Me voy a escribir al café con las mesitas afuera y me concentro. Sin que lo invite, se sienta frente a mí, en mi mesa, el hombre disfrazado de indio que tiene un tocado de plumas en la cabeza. Primero me charla y cuando ve que anoto se calla pero yo encuentro raro el acto de escribir con una persona sentada enfrente con una corona de plumas. Trato de tener pensamientos generosos –el pobre hombre está cansado de vender carteras parado y descansa–, pero sigue siendo extraño. No quiero levantar la vista pero no puedo evitar mirar: veo que está comiendo algo que le dejó el español de la mesa de al lado. Come tranquilamente, y cuando termina, se levanta y me dice:

–Ahora me voy a trabajar un poco.

Y se va a la esquina, a vender carteritas. Me voy al hotel a mirar los diarios y a ver la televisión. Por la calle un mercado se llama "La esperanzita".

En la habitación leo *Última hora*. Títulos:

Se calendarizó la Copa Sudamericana 2015.
Créditos a los cañicultores.
Diputada pide que ministro del interior vaya a su casa.

El diario trabaja largamente el tema de tres hombres que murieron enterrados buscando un tesoro escondido: YVYGUY (plata escondida). Es una vieja fantasía que produce estas prácticas. Desde la Guerra de la Triple Alianza hay gente que se la pasa pensando en un tesoro escondido que hubiera quedado enterrado, o como le dicen "un plata entierro". A uno de los buscadores de sesenta y cuatro años, los hijos le decían: "Papá, a vos no te falta nada, dejate ya de eso, no estás en edad de trabajar en esas cosas". El hijo de otro hombre muerto dijo que su padre no acostumbraba a decir adónde iba ni qué hacía. Se lo pasaba buscando tesoros escondidos.

Otra nota: Itaipú (el ente binacional paraguayo brasileño) entrega fondos al intendente Samaniego para la remodelación del Mercado 4. Anuncia que va a fiscalizar la ejecución tramo por tramo. Samaniego es el intendente de Asunción. Aparece otra nota contestando a esta: "Samaniego es de dudosa confianza porque es incapaz de arreglar un simple bache".

Escaneado con CamScanner

Llueve y hace frío. Miro la televisión. Otra vez está el locutor del canal bilingüe hablando en guaraní; mezcla con castellano, dice "Satélite intersat". Es vivo como él solo y se mueve como si fuera una anguila o como si tuviera hormigas en el culo, comenta en guaraní noticias internacionales, más precisamente, un premio en Las Vegas. Luego un viejo que cumple ciento siete años. Parece petrificado e indiferente frente a los sesenta descendientes que le traen una torta, luego el locutor hace la propaganda de Chevrolet, con ruidos de auto que sube una cuesta. Un conjunto folklórico toca una guarania y una nena baila sin moverse un palmo del lugar. ¿A qué obedecerá ese designio? Ni una carrerita, ni una vuelta entera, ni... Me fastidia esa nena, es como si no progresara, no quisiera cambiar ni de lugar ni de paso, ni nada. Me volvería a mi casa pero me faltan dos días. Luego viene un pastor y dice en castellano:

–Usted está conectado al software de Dios.

Ah, bueno.

Católicas por el derecho a decidir

Sigue lloviendo y hace frío. Ellos dicen "es frío del sur" y se refieren al frío que les mandamos nosotros (para nosotros viene de la Antártida) y convoco a Marina León para entrevistarla a dos cuadras del hotel en "Todo Rico". El restaurante es un oasis de limpieza, claridad y buen funcionamiento en la cuadra; efectivamente, allí

todo es rico. Y uno se puede quedar dos horas charlando y mirando la gente que pasa por la calle, a través de las grandes ventanas. A veces lo que me lleva a hacer una entrevista es más la situación social, estar con alguien, charlar, que lo que voy a encontrar. En este caso se trata de mujeres que, dentro de la Iglesia, consideran que la mujer debe decidir sobre el nacimiento de sus hijos y que, en algunos casos, es lícito abortar. Marina me dice:

–Yo formé parte de un colectivo de mujeres que en 1988 empezó a tratar violencia de género, llamado Colectivo de Mujeres 25 de Noviembre; se empezó a trabajar con violencia de género, se necesitaba una tarea de contención pero no estaba organizada. Las mujeres denunciaban sólo el maltrato físico, pero tenían problemas para separarse, miedo al maltratador, que él era el sostén de la familia, etc. Ahora algo ha cambiado, hay Comisaría de la Mujer, desde el 2004. Durante la dictadura, el único lugar donde se podía militar era en la Iglesia y yo no estaba de acuerdo con el mandato de la Iglesia de que hay que someterse al marido. Ahora, con el aborto la Iglesia no cede; con la violencia coopera más. En época de Lugo se creó un movimiento con muchas reivindicaciones para las mujeres, luego todo eso quedó en la nada. Se trabajó mucho con la mujer campesina, que tiene menos oportunidades y cuando se las convoca, aprovechan más las charlas que las mujeres urbanas. En contacto con la gente del campo uno adquiere un panorama más amplio, más claro de la política. En época de Lugo se trató de construir más caminos; con Franco se

Escaneado con CamScanner

iniciaban caminos y no se terminaban. Paraguay tiene un porcentaje muy bajo de rutas asfaltadas.

"En el campo la mujer trabaja a la par del hombre, huerta, animales domésticos, acarrear agua, y en general es él quien maneja el dinero. En general, el trato hacia la mujer es discriminatorio, se ve en el lenguaje: "es la SERVIHA", la sirvienta, se la acusa de robo. Ahora hay una buena organización que trabaja con empleo doméstico; se ocupan de la reglamentación del horario de trabajo.

–Me han contado que la gente no va a votar.

–La gente no tiene conciencia de que votar es elegir, a los pobres les dan dinero para que voten, o para que no voten a alguien que no le conviene al donante. Lo que se trató de enseñar en la época de Lugo es la diferencia entre derecho y dádiva, pero como todo, hubo muchos programas instalados que se desinstalaron después. Hay mucho por corregir, hace veinte años yo trabajaba en el alto Paraná y ya había problemas de malformación por los pesticidas. Una cosa es Itaipú del lado brasileño y otra desde el paraguayo, la parte nuestra está pobre, dejada. Hay cada vez más separación entre clases altas y bajas y ahora van apareciendo muchos nuevos ricos sin educación.

–Y a ustedes las militantes, ¿cómo las ven?

–Acá hay dos clases de mujer, la loca y la buena. Las locas somos nosotras, las feministas, nos llaman las abortistas, sería una mala mujer porque la buenita es la que obedece al marido, la que es fiel, trabajadora. Esta es una sociedad conservadora, acá prenden la polka, el bolero, "Te

esperaré siempre". Hay una polka que dice que la mujer tiene que ser guapa, fiel y él quiere casarse con una mujer trabajadora, pero no todavía. No se quiere casar pero le dice a ella que lo espere.

La Biblioteca Nacional

Sigue haciendo mucho frío y llueve, me voy a la Biblioteca Nacional. Es una alegre construcción, con patio y jardín. En el patio hay una vidriera con artesanías; cerdos, peces, yacarés de cerámica. El trato con el bibliotecario es muy personal, son las nueve de la mañana y soy la única lectora; espío el libro de lectores anotados: del 19 al 23 de mayo: veinte personas. La biblioteca tiene un director visible con su despacho al lado: se le saluda. Dos bibliotecarios y dos operarios vienen a arreglar un foquito. Todos ellos y un solo lector que soy yo. A la hora llega un señor con pinta de investigador y habiendo unas diez mesitas vacías se sienta justo enfrente de mí, como lo había hecho en el bar el indio que se disfrazaba de antepasado con plumas. Todos los asientos desiertos y el señor, enfrente. Le dice al bibliotecario:

–José, traeme...

Y José le trae una pila de libros, como me trajo a mí. No hay fichero, hay José.

Luego viene una señora que conoce al señor sentado frente a mí y le dice:

–¡Qué alegría verlo! ¡No esperaba encontrarlo acá!

Escaneado con CamScanner

La alegría se prolonga porque charlan un buen rato. Me doy cuenta al escucharlo hablar de que la sequedad con que me contestó una mujer se debe a que me falta el arte de los preliminares; encaro muy abruptamente a las personas, algunos se desconciertan. Volviendo a la lectura, me pongo a leer sobre los pueblos originarios (en el hotel me dijeron que no visitara una comunidad indígena cercana a Asunción porque debía haber mucho barro). Desecho la información histórica, quiero ver algo más actual pero antes voy al patio a fumar un cigarrillo. El bibliotecario está hablando en guaraní con el barrendero; a veces pienso que hablan en guaraní cuando no quieren que otro entienda. La alternancia del castellano con el guaraní se da así: alguien introduce una palabra en guaraní en un discurso que venía en castellano, se copa con la palabra nueva y sigue una larga tirada en guaraní, luego vuelve al castellano.

Vuelta a leer *Situación sociocultural de las comunidades indígenas*. Los autores denuncian a los funcionarios del INDI (Instituto del Indígena): son también comerciantes de madera, talan los árboles y trafican la madera de contrabando a Brasil. Los colonos persiguen a los indígenas, destruyendo sus cultivos, para asentarse ellos. Además, el ejército también los ha perseguido. Luego leo de Ramón Fogel *Impacto social y ambiental del desarrollo*. Un indígena dice lo siguiente de los menonitas, colonia muy próspera: "Los Menos hacen lo que quieren porque tienen plata, ellos dicen que hasta los arroyos son de ellos, parece que compraron todo, hasta los peces y los venados".

Luego leo a Félix de Azara, naturalista y cartógrafo que llega a Asunción a comienzos del siglo XIX. Propuso arborizar la ciudad de Asunción y se cumplió su proyecto, se plantaron lapachos y citrus. De los indios payaguás dice que vinieron a Asunción a quedarse con sus costumbres. Y que si llegan a morir muchos indios en un día, le dan muchas palizas al médico. De otra etnia dice: "Ellos se arrancan las cejas, las pestañas y el pelo, dicen que no son caballos para tener pelo".

Hay un capítulo "De los indios silvestres", dice: "Van totalmente desnudos; no hay en ellos uno defectuoso, ni ciego, ni sordo", y si "el cacique es tonto, lo cambian y toman otro".

Ya en ese tiempo, Azara registra que ya no conservan sus costumbres primitivas; de los mestizos dice que son de mayor estatura y más elegantes que los españoles de España. Y que casi todos los españoles son descendientes de los primeros mestizos.

Consulto un autor más actual; trabaja el efecto de la represa de Itaipú sobre la vida de los indígenas. Las represas ocuparon tierras de nativos y además, los terrenos linderos a las mismas son objeto de especulación inmobiliaria; se le prometió indemnización a una etnia, se otorgó en contadas ocasiones. Un indígena dice: "Somos tenidos peor que los animales, porque ellos tienen marca y nosotros, no". Y la comunidad menonita acusa a los MBYÁ originarios de la región como intrusos y vinculados al comunismo internacional. Y además los brasiguayos, los colonos

Escaneado con CamScanner

brasileños del norte desmontan para sembrar y se van acabando los animales del monte (además de expulsar al indígena). Es tan triste todo y el día tan lluvioso. Me voy a comer un riquísimo chipá a un bar que se llama "Doctorazo".

* * *

El chipá bien hecho es una de las cosas más ricas que hay; es un alimento simple, compacto, homogéneo, es como un alimento de madre. Pero debo volver a la biblioteca, porque le prometí al director que lo iba a entrevistar. Acá no es necesario esperar turno ni llamar el día antes; le pregunté si quería y enseguida dijo que sí. Se llama Daniel Capdevila y se presenta como investigador de la cultura paraguaya. Dice:

–Me interesa el pensamiento filosófico de la posguerra, 1900, donde se tematiza la reconstrucción después de la guerra. Alrededor de 1905 se empieza a caldear el ambiente, este proceso fue fogoneado por argentinos y extranjeros que inauguran una prensa liberal. En esta etapa el mariscal López era mal visto y se desarrolla una abundante historiografía (polémica lopista-antilopista). Se reinventó a López con un discurso que sigue hasta ahora, una suerte de retórica americanista, pero en la práctica los indígenas fueron excluidos de toda reivindicación. Stroessner usa las figuras de Francia y López para validarse él mismo y algunos partidos de izquierda reivindicaron la historia romántica de la creación de las estancias de la patria por parte de Francia.

Pregunto:

–¿Cuál es el motivo de fascinación por el Paraguay proveniente de tan distinto tipo de personas?

–Bueno, Azara y Bonpland eran naturalistas, les interesaba la flora, pero puede ser un factor la facilidad de la vida, acá las relaciones sociales son y han sido extremadamente fáciles; la fascinación de la multiculturalidad; hay veinte etnias indígenas. Los primeros visitantes fotógrafos han hecho un trabajo etnográfico.

–¿Por qué cayó Lugo?

–Yo pertenecí a los equipos de Lugo; cayó porque amenazaba intereses económicos, comerciales, sojeros y del campo en general. Tuvo un excelente gabinete pero yo le critico que no construyó poder. Él no fortaleció sus bases, descabezó el movimiento campesino y no pudo ganar en los sindicatos que son de derecha.

–¿Qué políticas sociales se implementaron bajo el gobierno de Lugo?

–Hubo un trabajo de docencia hecho por los facilitadores en cuanto al conocimiento de los derechos de la gente, se le enseñó a distinguir lo que es dádiva de derecho y además se rompieron paradigmas, uno de ellos era el del ciudadano servidor del Estado, el ciudadano en deuda con el Estado; se pasó a concientizar a la gente en cuanto al derecho a la educación. Se hizo interconexión de regiones a nivel nacional, se llevaron manifestaciones culturales a regiones apartadas, se llevó al teatro a gente que jamás lo había visto. Hubo movilización para el bicentenario, en todos los departamentos se trataron temas de identidad

Escaneado con CamScanner

local. Ticio Escobar escribió textos donde se destaca cada región y su impronta cultural.

Lo requieren, lo dejo atender, y me voy conforme: algo se hizo.

* * *

¿Qué tiene de particular el Paraguay para fascinar a gente tan dispar como Artigas, Bonpland, el mismo Sarmiento que fue a morir allá después de haber perorado toda su vida contra los bárbaros, Rafael Barrett, el gran escritor español que los quiso tanto, Georges Bernanos, y más recientemente Tracy Lewis norteamericano que escribe versos en guaraní? Y las colonias que se asentaron, los menonitas que están desde 1910 y no se mezclaron nunca. Dice García Lupo que en 1938 funcionaban en Paraguay treinta y tres escuelas anabaptistas, extranjeros aislados, colonos brasileños que obtuvieron tierras en el norte, ¿habrán concebido al Paraguay, como dice Roa Bastos, como una isla rodeada por selva? Parece que *sí* lo concibieron de esa forma todas las mafias del mundo: en Paraguay se refugiaron la mafia checa, la coreana, la marsellesa entre muchas otras. Hubo también refugiados anticomunistas de toda Europa; los zaristas editaban su propia prensa en Paraguay, hubo rusos blancos en actividad en el ejército paraguayo. En el libro *El crimen de la calle Splendid* J. M. González García dice:

Paraguay gozó de gran prestigio entre los militares anticomunistas de distintas partes del mundo. Durante el período dictatorial fascistas italianos, nazis alemanes, terroristas croatas, sicarios bolivianos, genocidas chilenos y mucha gente vinculada al tráfico de armas fueron acogidos por las autoridades como combatientes por la libertad.

Pero vamos por partes. Vayamos al siglo XIX, a comienzos. Es raro que la vida de Amado Bonpland no haya sido llevada al cine. Bonpland llega al Paraguay bajo el gobierno de Francia, para investigar la flora del lugar. Francia sospecha de él por considerarlo espía de los del Río de la Plata y lo confina en una casita, le pone a su disposición una carreta donde lleva su herbario, algunos fósiles y a un intérprete indio, Mateo. Abrió un dispensario, aprendió el guaraní y herboristería indígena, tenía una especie de almacén de ramos generales, vivía apaciblemente, tenía su huerta, su vaca, pero como era un sabio de renombre internacional, Bolívar estuvo a punto de invadir al Paraguay para liberarlo, a él, que no mostraba el menor signo de querer ser liberado. Avanzó en sus estudios, se casó con una paraguaya, y antes de ser confinado, cuando recorría el país en sus investigaciones, los guaraníes lo llamaban "el gran médico". En Encarnación lo llamaban KARAI ARANDU, "el gran sabio", y los indios errantes de la selva lo llamaban "indio loco".

Amado Bonpland vivió sus últimos años en Corrientes donde murió en 1858. En Corrientes está el Museo de Historia Natural que custodian sus descendientes.

Escaneado con CamScanner

Otro residente notable en el Paraguay es el periodista español Ildefonso Antonio Bermejo, que escribió *Vida paraguaya en tiempos del viejo López*. Llega a Asunción en 1854 para redactar un periódico adicto al gobierno. En su notable libro que publica en España cuando vuelve después de haber gozado de una buena casa, convites y facilidades del gobierno, no se priva de describir todas las particularidades provincianas que espantaban a su joven mujer madrileña: el presidente de la república sentado en una hamaca en calzoncillos, las amenazas y malos tratos de López a sus ministros, las ventanas sin cristales, la curiosidad de unos soldados que presenciaban un baile de gala por primera vez, bien cerca de los dueños de la fiesta "tendidos boca abajo con los brazos cruzados sobre el pecho para mirar mejor".

Pese al registro de detalles insólitos de todo tipo que hace en relación a la vida cotidiana de los paraguayos, Bermejo no puede dejar de reconocer que "los paraguayos son inteligentes y aprenden bien y pronto cuanto se les enseña". Y también dice: "Cuando falleció Carlos Antonio López tenía la república un arsenal donde se fabricaban buques y vapores; la administración estaba regularizada, había más benignidad en la presidencia, había escuelas, el ejército era numeroso y bien disciplinado".

Rafael Barrett, escritor español, llega a Paraguay a comienzos del siglo XX; están en plena secuela de la guerra. Observa el impacto del capital extranjero, inglés

y argentino, en los yerbales. Barrett describió como nadie la situación del obrero en los obrajes yerbateros. Si alguien ha amado al Paraguay, es él. Y ha escrito esto:

> El Paraguay es un vasto hospital de alucinados y melancólicos. No son oradores ni capitalistas ni sargentos los que nos hacen falta, sino médicos, médicos amorosos cuyas manos a un tiempo curen y acaricien.

Y también escribió, como respuesta a los que se quejan de que los obreros no quieren trabajar ni los campesinos sembrar, ni prosperar:

> No me importa el dinero, porque apenas lo tenga, me lo quitarán. No planto un árbol ni siembro el huerto porque apenas se valorice me despojarán de él. No me preocupa la prosperidad del país porque si el país prosperara, sería a mi costa. No trabajo porque no hay esperanza.

Elvio Romero, el gran poeta paraguayo, vivió gran parte de su vida exilado en Argentina. Paraguay estaba bajo Stroessner. Este vigilaba a la multitud de exilados paraguayos que vivían en Argentina, había infiltrados por todos lados, las reuniones se hacían en el mayor secreto. En 1994 escribe, supongo con gran amargura, estos versos:

> *Eso somos: la estela*
> *Del salto del jaguar al infinito,*

Escaneado con CamScanner

Vamos a México

En 2014 Argentina fue la invitada de honor de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, la más grande de América Latina. Entre la cancillería, el Ministerio de Cultura, y los gobiernos provinciales mandan como sesenta escritores de ficción y unos diez periodistas televisivos que hablarán sobre temas sociales y políticos de la Argentina. Van también unos noventa editores a vender sus productos a la feria y muchos periodistas de la capital y el interior para hacer reportajes, coordinar mesas de opinión y de todo tipo. La embajadora reunió en cancillería como a trescientas personas y dijo con vehemencia: "Recuerden que deben hacer acto de presencia en las mesas y encuentros de los demás" (no se les ocurra ir a ver a los mariachis ni a la réplica de la serpiente emplumada, mientras sus compañeros quedan sin público en la mesa donde se debate, ¿escritor se nace o se hace?). También dijo: "Y la credencial se la cuelgan del cuello" (quiso decir que entre los escritores nunca falta un buey corneta que se olvidó la credencial, no lo dejan entrar y yo me tengo que ocupar).

A mí eso me preocupó, porque como quería hacer una crónica de Guadalajara necesitaba tiempo libre para

Escaneado con CamScanner

Los más desamparados de la tierra;
Calabazas vacías sin ecos ni semillas,
Sustraídas de una fuerza brillante,
Los golpeados, los tristes, los caídos
Definitivamente.

Recién en el aeropuerto de Asunción, cuando estaba de vuelta, me di cuenta de por qué me gusta a mí el Paraguay. Pese a todas las desdichas que han pasado en dos siglos, la gente se muestra cordial, servicial, hasta alegre. La empleada del check-in me atendió con una sonrisa que no era de cortesía neutra, era una sonrisa cálida, propia de un ser humano dirigida a su par. No es poco.

Vamos a México

En 2014 Argentina fue la invitada de honor de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, la más grande de América Latina. Entre la cancillería, el Ministerio de Cultura, y los gobiernos provinciales mandan como sesenta escritores de ficción y unos diez periodistas televisivos que hablarán sobre temas sociales y políticos de la Argentina. Van también unos noventa editores a vender sus productos a la feria y muchos periodistas de la capital y el interior para hacer reportajes, coordinar mesas de opinión y de todo tipo. La embajadora reunió en cancillería como a trescientas personas y dijo con vehemencia: "Recuerden que deben hacer acto de presencia en las mesas y encuentros de los demás" (no se les ocurra ir a ver a los mariachis ni a la réplica de la serpiente emplumada, mientras sus compañeros quedan sin público en la mesa donde se debate, ¿escritor se nace o se hace?). También dijo: "Y la credencial se la cuelgan del cuello" (quiso decir que entre los escritores nunca falta un buey corneta que se olvidó la credencial, no lo dejan entrar y yo me tengo que ocupar).

A mí eso me preocupó, porque como quería hacer una crónica de Guadalajara necesitaba tiempo libre para

Escaneado con CamScanner

.andar por la calle y entender las mil cosas que había leído y no entendía, por ejemplo, "ni madres" que quiere decir de ninguna manera. "Ese viejo se las truena" (está drogado), o "vete a la chingada", y ahí lo envían a un espacio lejano, indeterminado.

Me apabullaba todo: que hubiera cientos de palabras que no sabía qué querían decir, el tamaño de la feria y que tuviera que llevar la credencial colgada para que no me echaran. Últimamente me apabullan los sitios muy grandes, porque todo queda muy lejos. En el avión, mi compañero de asiento era mexicano, de traje piel y ojos oscuros, renegridos.

–¿De paseo por Buenos Aires?

–No, vine a predicar a Tucumán, a Salta y a Jujuy. Soy mormón.

–¿Y los de Salta y Jujuy van a predicar a México?

–Claro –me dijo. No entendí al comienzo el fundamento de esa medida pero después me di cuenta de que era para que el joven predicador se formara, se volviera canchero, digamos. Ese muchacho había aprendido a expresarse en parábolas, él sintió una presencia fuerte y era el profeta que le hablaba; le dijo que así como Jesús imponía las manos, él tenía que hacer lo mismo. Por lo que entendí, el tiempo de misionero era una metáfora de la vida. Nacemos sin conocimientos y a ciegas, como el misionero cuando empieza a predicar, y al terminar la misión, somos viejos en experiencia.

–¡Ah! –le dije.

–Ahorita vuelvo a Veracruz a hacer mi vida normal.

Consistía en casarse con su novia y estudiar arquitectura y escultura, porque quería ser escultor. No era que esos dos años no fueran vida normal, es que uno vive un ciclo dentro de otro. Dejé de escucharlo porque ya me empezaba a reiterar cómo se le manifestó el profeta, pero cuando llegó la comida vi que era muy hábil con las manos, sacó el plástico de los tuppers de un tirón y el de una frazada en un periquete y se comió con fruición un engrudo con pedazos de ave muy disimulados, flotando. Y no era raro. ¿Qué comió Jonás en el vientre de la ballena? Peces en proceso de digestión.

* * *

Guadalajara es una ciudad a lo ancho y a lo largo; demoro casi diez minutos en llegar desde la habitación a la recepción del hotel. Es un hotel cinco estrellas, pero todo bajo, no hay ascensor, un solo piso por escaleras y la habitación, para ser un hotel de ese nivel, es rara. Por empezar, tiene una plancha pero no tiene bidet y la bañadera en vez de mampara tiene una cortina con sus avatares. Los muebles son enormes y cuadrados; hay una mesa como para escribir que serviría para un almuerzo de cuatro personas; las sillas son duras y muy derechas. Una camarera me dice:

–Por favor, ¿me regala una firma?

Y le pido cajeta. Es dulce de leche.

En el hall del hotel hay algo similar a un árbol de Navidad pero lleva una jaula con pájaros, una especie de cacerola con granos de café, un duende todo vestido

Escaneado con CamScanner

.andar por la calle y entender las mil cosas que había leído y no entendía, por ejemplo, "ni madres" que quiere decir de ninguna manera. "Ese viejo se las truena" (está drogado), o "vete a la chingada", y ahí lo envían a un espacio lejano, indeterminado.

Me apabullaba todo: que hubiera cientos de palabras que no sabía qué querían decir, el tamaño de la feria y que tuviera que llevar la credencial colgada para que no me echaran. Últimamente me apabullan los sitios muy grandes, porque todo queda muy lejos. En el avión, mi compañero de asiento era mexicano, de traje piel y ojos oscuros, renegridos.

–¿De paseo por Buenos Aires?

–No, vine a predicar a Tucumán, a Salta y a Jujuy. Soy mormón.

–¿Y los de Salta y Jujuy van a predicar a México?

–Claro –me dijo. No entendí al comienzo el fundamento de esa medida pero después me di cuenta de que era para que el joven predicador se formara, se volviera canchero, digamos. Ese muchacho había aprendido a expresarse en parábolas, él sintió una presencia fuerte y era el profeta que le hablaba; le dijo que así como Jesús imponía las manos, él tenía que hacer lo mismo. Por lo que entendí, el tiempo de misionero era una metáfora de la vida. Nacemos sin conocimientos y a ciegas, como el misionero cuando empieza a predicar, y al terminar la misión, somos viejos en experiencia.

–¡Ah! –le dije.

–Ahorita vuelvo a Veracruz a hacer mi vida normal.

Consistía en casarse con su novia y estudiar arquitectura y escultura, porque quería ser escultor. No era que esos dos años no fueran vida normal, es que uno vive un ciclo dentro de otro. Dejé de escucharlo porque ya me empezaba a reiterar cómo se le manifestó el profeta, pero cuando llegó la comida vi que era muy hábil con las manos, sacó el plástico de los tuppers de un tirón y el de una frazada en un periquete y se comió con fruición un engrudo con pedazos de ave muy disimulados, flotando. Y no era raro. ¿Qué comió Jonás en el vientre de la ballena? Peces en proceso de digestión.

* * *

Guadalajara es una ciudad a lo ancho y a lo largo; demoro casi diez minutos en llegar desde la habitación a la recepción del hotel. Es un hotel cinco estrellas, pero todo bajo, no hay ascensor, un solo piso por escaleras y la habitación, para ser un hotel de ese nivel, es rara. Por empezar, tiene una plancha pero no tiene bidet y la bañadera en vez de mampara tiene una cortina con sus avatares. Los muebles son enormes y cuadrados; hay una mesa como para escribir que serviría para un almuerzo de cuatro personas; las sillas son duras y muy derechas. Una camarera me dice:

–Por favor, ¿me regala una firma?

Y le pido cajeta. Es dulce de leche.

En el hall del hotel hay algo similar a un árbol de Navidad pero lleva una jaula con pájaros, una especie de cacerola con granos de café, un duende todo vestido

Escaneado con CamScanner

de invierno sobre una bicicleta de madera. Otro duende que lleva un delantal de cocina colgado muy colorido sostiene una jaula. Unas plantas están encima de cajones de fruta, de madera endeble. No entiendo a qué apunta toda esa mezcla y me acuerdo de lo que dijo Octavio Paz sobre qué vendría a ser la mexicanidad: "Gusto por los adornos, descuido y fausto". Y Carlos Monsiváis, gran cronista, añade algo parecido: "El amor a lo no natural, al artificio, a la exageración, el aprecio a la vulgaridad". El aprecio a la vulgaridad se ve en esos cajones de fruta viejos que usan como soporte de las plantas y la exageración se ve en un enorme pesebre que hay en una calle populosa. Al Niño Dios lo va a visitar un elefante de gran tamaño.

Otra característica que señala Octavio Paz en los mexicanos es el disimulo. El ideal del hombre cabal es "no rajarse", no abrirse, no manifestar los sentimientos. El que se manifiesta es un cobarde. Dice que desde la infancia se les enseña a ser pacientes y sufridos. Hay una canción popular que habla del tema:

Corazón apasionado
disimula tu tristeza.
Disimula tu tristeza,
corazón apasionado.

Los de Guadalajara muestran una gran cortesía. Le digo a una mucama que me voy a dormir temprano y que antes voy a ver un poco de televisión y ella me dice:

–Y la televisión la arrulla.

Y como ve que me pierdo para llegar a la recepción, me dice:

–Siga derecho y doble donde ese arbolotote. O yo la acompaño.

* * *

Para llevarnos y traernos del hotel a la feria o donde nos guste ir, nos pusieron ayos o ángeles guardianes; yo tenía a Alejandra, Yolanda y Clara. El chofer, Héctor, sabe bastante sobre historia y política mexicanas. Digo:

–Quiero ver una casa particular.

–La de mi abuelita, pues –dice Alejandra.

–¿Y no la incomodará que lleguemos de sopetón?

–Ni modo.

Vamos a un barrio que queda cerca del hospicio de niños huérfanos, y Héctor dice:

–Mi suegra estuvo allí.

Entramos a la casa de la abuela de Alejandra y con las piernas hacia delante está Luz, la abuela. No puede caminar. Yo creo que está furiosa pero a la manera mexicana, o sea, con disimulo. Ha sido una hermosa mujer y Héctor dice que las tapatías, que así se llaman las de Jalisco, son las mujeres más hermosas de México.

Me esfuerzo en buscar conversación con Luz pero no prende nada. Le digo:

–Qué casa cómoda.

–Está muy mal hecha, es muy cuadrada al frente, es incómoda.

Escaneado con CamScanner

Y después, yo siempre optimista:
–¿Tiene animalitos?
–No, nunca me gustaron.
Entonces agarré por el lado de los recuerdos de infancia.
–No, a mi papá lo mataron para robarle.
–¿Y la mamá?
–La mamá nos dejó cuando yo tenía dos años.
Todo esto dicho con comunicados escuetos, muy espaciados. Sólo sonrió un poco cuando hablamos de comidas. Dijo que le gustaba el caldo de pollo, plato que está en los menús de los restaurantes. No me doy cuenta de si está disgustada o desinteresada, nos vamos. Por el camino, Alejandra me cuenta que al nacer su mamá, su abuelo, el marido de Luz, se va y ella se queda sola con cinco hijos; se fue a trabajar a los Estados Unidos y dejó los cinco chicos con una conocida y la abuela le contó que más de una vez pensó en tirarse en un aventón del tren en que iba y así acabar con todo, pero se acordaba de los cinco que dejó en México y seguía viviendo.

Cuando salimos de allí, me caí. Íbamos al Tlaquepaque, con Alejandra y Yoli a mirar artesanías y a escuchar a los mariachis, y me caí hacia delante, me apoyé en las muñecas, las rodillas y la nariz, que se ensanchó y sangró un poco, me quedó un bigote de sangre y otras zonas con sangre en la frente y debajo del ojo. Me quedé un poco renga. Mientras me caía, pensé que era un golpe muy grande, pero un golpe de casi (hay un refrán criollo:

"De casi nadie se muere"). La poca sangre que salió me dio una sensación de ofuscación. Mis ángeles guardianes me llevaron al hospital universitario que recibe una cantidad de gente impresionante. Un médico le indicó a una enfermera que me pusiera una inyección para el dolor. La enfermera era una de esas gorditas jaraneras, llena de risas y estábamos en una salita donde había un hombre sentado en una camilla. Le dije a ella:
–A mí nunca me pusieron una inyección delante de un señor.
–No –dijo ella–, este está medio ciego –y a él–: Date la vuelta.
El hombre se dio vuelta, indiferente, ella me puso la inyección y salimos. En la calle lateral del hospital, la gente comía sopa y guiso sentada en el cordón de la vereda. Se los da el hospital.

La feria

Esa feria de Guadalajara es la más grande de América Latina y el atasco de autos para llegar hasta ella, ídem. Llegamos bien temprano y estábamos justo a la entrada principal, todos con la credencial colgada, pero como no pudimos estacionar, dimos una vuelta de unos dos kilómetros. El chofer no se queja y las chicas tampoco.
Le pregunto a él:
–¿Y si hubiéramos venido a pie?
–No, son como cinco kilómetros, órale.

Escaneado con CamScanner

Finalmente llegamos, cuando yo pensaba qué lindo sería ir al hotel a ver televisión (tienen todos los canales del mundo). Ferias yo ya vi unas cuantas, pero canales nuevos... Llegamos relativamente rápido a la sala de exposiciones y ahí había una enorme mesa con los nombres de los expositores, dos mexicanos, yo, por Argentina, y Mario Delgado Aparaín, por Uruguay. Yo sabía que iba a estar en la mesa con Mario Delgado, tenía ganas de volver a verlo porque no lo veía desde un congreso en Berlín, haría unos veinte años, y ya los alemanes, cuando nadie todavía pensaba en perseguir a los fumadores, nos mandaban a unos sótanos llenos de súcubos irredentos, para que fumáramos y sufriéramos todos juntos. Cada cosa en su lugar. Deseaba verlo porque él había escrito un hermoso libro *No robarás las botas de los muertos*, sobre el sitio de Paysandú, Uruguay, por parte de las tropas brasileñas, y allí se registra toda la situación previa a la Guerra del Paraguay.

Cada escritor debía explicitar su credo cuentístico y yo me alarmé un poco porque no había preparado ningún credo, pero como recordé que en esas mesas cada uno dice lo que puede, lo que quiere (a veces he visto a algunos que se pelean con el coordinador o con alguno del público), me tranquilicé. Un escritor que estaba al lado mío y tenía una cabeza de ascendencia maya, o sea, alargada en forma de papa, dijo: "Creo en la sintaxis de los maestros que me tocaron en suerte, creo en las escrituras que no tienen nombre, creo en la revelación que no se dice". A todo esto yo trataba de pensar en qué creía y no aparecía nada. Después, el otro mexicano definió

a la escritura como una casa amplísima, la novela es una casa muy grande con jardín para refrescarnos. El ensayo venía a ser el plano de la casa, y la poesía es un rincón y es hermana del cuento.

Y a todo esto Mario no llegaba. ¿Se habría perdido dentro de la feria?

Otro autor leyó un cuento sobre un cataclismo universal. Parece que la cercanía del cataclismo los hacía más modestos a los hombres, menos vanidosos. Me dio pena lo que ese autor eligió para destruir: Colombia quedaba irreconocible, y yo pensé: "Pobre Colombia, tan linda". Bueno, los hombres erraban en círculos (el mundo había cambiado y donde antes estaba el cepillo de dientes ahora había una piedra lunar). Dijo el autor: "Eran nómades cuánticos". ¿Y quiénes se salvaban? Los filósofos, no pregunten por qué. Finalmente llegó Mario Delgado y me alegré. Efectivamente se había perdido dentro de la feria. Con sencillez y haciéndose cargo de que estaba ante un público mexicano que no sabía de qué se trataba la Guerra del Paraguay, habló del sitio de Paysandú, de la guerra, y fascinó a todos.

* * *

Al día siguiente fuimos con mis ángeles guardianes, Alejandra y Yolanda al Hospicio Cabañas que es un edificio con algo de iglesia y cárcel, data de 1810 y fue refugio de ancianas pobres y de niños abandonados. Vamos a ver los frescos de Orozco, que están en las paredes laterales

Escaneado con CamScanner

de sus patios. El guía va con bastón y dice que ese edificio es el más grande de América con sus veinte patios. Ha sido declarado patrimonio nacional. El patio mayor es seco y austero, sin plantas. Hay un grupo como de veinte chicos que van con sus maestras para ver la exposición. Tienen entre siete y once años, la maestra le dice a una nena "mamacita" y a otra, "reina". El guía pide silencio a los chicos, pero no sólo eso, les da un sermón sobre las reglas a seguir para permanecer viendo la exposición. Una de ellas es que los chicles masticados no se pueden pegar en cualquier lado porque tienen bacterias que pueden dañar las obras. Luego les hace repetir el nombre del fundador del hospicio, "el ilustrísimo señor y doctor don Juan Cabañas y Crespo". Como obviamente no pueden repetir, funciona como una cómica disciplina, ya que después de tanta exhibición de ilustre prosapia, los hace repetir: "Uno, dos, tres, ¡mambo!".

Les hace ver el fresco de Hernán Cortés que está en el techo y comenta que Orozco hizo a Cortés como un robot porque llevaba armadura y otras particularidades. Los chicos están callados.

De vuelta en el hotel oigo decir "chin" a alguien. Dicen que se usa como interjección cuando uno se equivoca, se cae, y equivale también a "qué lástima" y a "ay, buey". Aprendí "ni madres" (de ninguna manera), "macuarro" (de mala calidad), "no hagas coraje" (no te enojes) y "madrear", que es golpear.

* * *

Vamos al pueblo de Ajijic, a unos sesenta kilómetros de Guadalajara; vamos el chofer Héctor que de vez en cuando dice "sí" en tono paciente y un poco cantadito como si se dirigiera a chicos, Yolanda, que lleva una cartera enorme donde guarda lo que cualquiera llevaría para una excursión de tres o cuatro días (lleva remedios para dormir que le dan acidez y por lo tanto otro contra la acidez), y vienen esta vez Zulema y Clara, Zulema que es calladita y Clara, una tromba. Dice:

–Acá todos los tapatíos se callan pero yo, cuando estoy encabronada me hago coraje. ¡Pinche gente cómo chinga!

En la feria del libro yo iba con ella y le preguntamos algo a un muchacho que supuestamente tenía que saber; era un muchacho un poco lento. Clara le dijo:

–Oye, mi rey, ándale. ¿Es que tú te sabes algo? –y a mí–: Ese niño es menso.

El pueblo de Ajijic es como de juguete, lleno de casitas de colores decoradas con flores, abejas y firuletes. En la plaza se ven muchas flores rojas o flores de fuego.

Una casa tiene vitral, cúpula; y un hotel se llama "Humphrey Bogart". Hay muchos letreros en inglés, porque si bien en la plaza hay un monolito azteca, la mitad de los habitantes del pueblito son gringos. Son norteamericanos y canadienses jubilados, que viven muy bien allí. No se mezclan con la población local y se los ve en los cafés que están frente a la plaza tomando sol, hablando en inglés y mimando a sus perros. También se ven hippies o neohippies extranjeros. Los chicos mexicanos pasan vendiendo cositas entre las mesas o piden; la

Escaneado con CamScanner

riqueza de los gringos no se derrama. Un señor sentado en un banco de la plaza con cara de mexicano, me dice:

–Sí, este es un lugar muy socorrido de gringos jubilados, hay canadienses y una señora argentina que vende nieve (helado). Acá en este pueblo somos diez mil y los gringos que viven todo el año son cinco mil, pero en invierno vienen diez mil más que después se van. Nosotros los llamamos "pájaros de invierno".

A su lado está sentado un viejo con bigotes de nieve que cuando empiezo a preguntar cosas a su compañero de asiento y charla, no habla más, retira su persona a sus aposentos interiores; no entiendo si no le gusta que yo hable con su compañero o no corresponde que él hable. O si sólo se debe contestar si a uno le preguntan. En el centro de la plaza hay una pérgola con su techo rojo recamado en dorado, es como de alambre, como una gran pajarera. Pasa una señora con un nene y le dice: "Órale, chiquillo". Pasa un hombre gritando "pacholas, pacholas" (pescado), y nadie le compra. Nos sentamos en un cafecito al borde de la vereda y Zulema, la chica tímida, dice:

–Yo soy muy empalagosa (le gustan los dulces).

Héctor comenta que en los supermercados de Ajijic, con sus diez mil habitantes, hay mucha más variedad de quesos, cervezas y dulces que en Guadalajara con sus seis millones de habitantes. Clara dice, refiriéndose a los gringos:

–¡Hijos de la chingada!

Pero enseguida nos olvidamos de las injusticias sociales y nos ponemos a intercambiar refranes criollos de nuestras distintas latitudes. Me dicen uno (el fuste es la fusta):

Al que el fuste no le guste
y el caballo no le cuadre,
que tire caballo y fuste
y vaya a chingar a su madre.

Y este es el último paseo que hice en Guadalajara. Mañana estaré en el enorme Distrito Federal, sola, sin mis ayos, y con renguera por el golpe.

Las dos campanas

Mientras estaba en Guadalajara, la feria y los paseos con mis acompañantes me daban un cómodo soporte para la crónica. Pero se ve que la ciudad de México me abruma, enorme, con su pasado histórico y político tan rico, tan peculiar. Entonces me puse a releer lo que sabía de la conquista y otras yerbas. Octavio Paz, en *El laberinto de la soledad*, dice: "Ahora sabemos con certeza que el gran período creador de Mesoamérica es anterior en varios siglos a la llegada de los aztecas al valle de Anáhuac". Entre estas culturas, la de los mixtecos tenía filósofos poetas que reflexionaban en hermosos jardines, que existían para eso, para ser pensaderos. Va una poesía náhuatl:

Escaneado con CamScanner

Percibo lo secreto, lo oculto
¡Oh, vosotros, señores!
Así somos,
Somos mortales
De cuatro en cuatro nosotros los hombres
Todos habremos de irnos
Todos habremos de morir en la tierra
Como una pintura
Nos iremos borrando
Como una flor
Nos iremos secando
Aquí sobre la tierra
Como vestidura de plumaje de ave zacuán
De la preciosa ave de cuello de hule
Nos iremos acabando.

Es interesante también el mito de creación que cuenta el Popol Vuh. Dice que al comienzo el mundo era un gran vacío y un gran silencio. El creador y el formador fueron poniendo a las criaturas en su lugar. Pero como no consiguieron que los animales hablaran, "sólo chillaban y cada uno gritaba de manera distinta", tenían que formar un ser que hablara para que pudiera nombrar lo existente, y entonces crean al hombre. Les salió mal al creador y al formador porque hablaba pero no tenía entendimiento... Este mito de creación es curioso porque cuenta una creación de carácter experimental: primero fueron esos seres blandos que hablaban pero no tenían entendimiento, después crearon muñecos de madera,

que se multiplicaron en muñecos de palo, pero no tenían alma, ni se acordaban de su creador, caminaban sin rumbo y andaban a gatas. Fueron aniquilados y finalmente crearon al hombre.

Dramático es el poema que registra la llegada de los conquistadores (explicita un mundo previo de bonanza, ausencia de enfermedades y que "andaban con el cuerpo erguido"):

Pero vinieron los conquistadores
y todo lo deshicieron.

Enseñaron el temor, marchitaron las flores,
chuparon hasta matar la flor de otros
porque viviese la suya.

Mataron la flor de Nacxitl.
Ya no había sacerdotes que nos enseñaran.
Y así se asentó el segundo tiempo, comenzó a señorear,
y fue la causa de nuestra muerte.

Sin sacerdotes, sin sabiduría, sin valor
y sin vergüenza, todos iguales.
¡Los conquistadores sólo habían venido a castrar al sol!

Pero veamos cómo cuenta esta historia Bernal Díaz del Castillo, cronista de la conquista:

Escaneado con CamScanner

(...) una mañana estaba lleno un patio donde estaban muchos indios e indias quemando resina que es como nuestro incienso. Paramos a mirar en ello con atención y luego se subió encima de un adoratorio un indio viejo, el cual era el sacerdote de aquellos indios. Cortés preguntó a Melchorejo, que entendía muy bien aquella lengua, que qué era aquello que decía el indio viejo y supo que predicaba cosas malas. Entonces Cortés mandó que quitasen esos ídolos que los hacían errar y los caciques respondieron que los quitásemos nosotros y veríamos cuánto mal nos iba en ello porque nos íbamos a perder en la mar.

Cortés manda despedazar a los ídolos y en su lugar puso una imagen de la virgen.

Cuando van hasta ciudad de México en 1519: "Las casas estaban sobre agua y de una casa a la otra se pasaba en canoas y sobre puentes que habían hecho, las casas todas de azotea, y en cada azotea, podía haber una fortaleza".

Cuando Moctezuma se encuentra con Cortés, "estaba debajo de un palio con plata y perlas, con grandes labores en oro y plumas verdes (...). Moctezuma calzado con suela de oro (...). Venían unos indios barriendo el suelo donde Moctezuma iba a pisar y le ponían mantas para que no pisase la tierra. (...) No lo miraban a la cara".

En otro encuentro con Cortés, los indios vinieron con varios pintores y pintaron a Cortés, a los soldados

y a los lebreles. Luego llevaron a Moctezuma el dibujo hecho. (En el Museo de Antropología, que se necesitarían tres días para recorrer entero, están los códices aztecas, hechos con papel sacado de los árboles, donde hay una infinidad de escenas pintadas, ya que la historia se contaba por medio de esta escritura pictográfica.) Volviendo a Moctezuma y a Cortés, al principio le llevaban bien de comer y también le llevaron unos paños con bordados de tigres, soles y venados (eran grandes dibujantes) pero parece que después los ídolos le dijeron a Moctezuma que no escuchara más a Cortés y fueron llevando víveres de forma más espaciada. Había una interna entre los caciques y Moctezuma. Bernal Díaz del Castillo dice: "El cacique gordo se queja ante Cortés de que Moctezuma le pide demasiados hijos para sacrificar y les tomaba las mujeres e hijas y las forzaba". Y pensando y pensando en esa característica del disimulo, de la que hablan tanto Monsiváis como Octavio Paz, ¿no tendrá orígenes históricos? Debían disimular ante Cortés para que no les sacara lo que tenían; ante Moctezuma, seguramente esconder los hijos si no querían que se los llevara; ante los recaudadores de impuestos, que también les sacaban... Y me encuentro ahora con una triste noticia actual: las madres, temerosas de que los narcos les secuestren a sus hijas para quien sabe qué, las afean a fin de que no sean codiciables.

Escaneado con CamScanner

La vida en la calle: el Zócalo en el Distrito Federal

Acá en esta ciudad todo es de tamaño monumental. El mercado de artesanías me marea de tantos puestos que tiene, el Museo de Antropología es como inmanejable, la Biblioteca de México tiene en su interior unos quince largos patios, y la avenida Insurgentes que va de norte a sur de la ciudad tiene más de sesenta kilómetros y seguimos estando en la ciudad. El DF tiene en este momento unos veintinueve millones de habitantes. Estoy en el Zócalo, centro histórico donde está la plaza central, la casa de gobierno y lo que sería la intendencia, también la catedral. Y no sé cómo miden las cuadras: mi hotel está en la calle Antonio Caso 83 y del 1 al 83 hay cuatro cuadras. La casa de gobierno tiene como diez mil celditas, en piedra y rojo. Mucha piedra, mucho rojo porque además hay adornos de Navidad, rojos y plateados. Hace más de un mes que se preparan para Navidad y la plaza central está precintada. ¿Por qué? Van a hacer allí una pista de patinaje, frente a la catedral. Ese rojo y esa piedra tan vetusta me recuerdan los sacrificios de los aztecas y la matanza de caudillos y presidentes. Zapata, Pancho Villa y el emperador austríaco que hicieron venir a México para poner orden, murieron asesinados. Según Octavio Paz la conquista representa la derrota y muerte de Quetzalcóatl, el creador del mundo; hasta los dioses mueren.

Pero ahora por la calle pasan taxis de muchos colores, algunos con dibujos de flores o animales, son de color rojo, celeste, verde y blanco. Un colectivo (le dicen "camión") tiene una inscripción: "No seguimos las reglas, seguimos las nuestras". Otro letrero de micro: "¿Sientes que te pican las ideas?". Pasa un bicitaxi, como los que hay en Cuba, y justo frente a la catedral, un hombre toca un corrido chirriante con un organito. Al lado, junto al templo se venden fotos de Pancho Villa, los Beatles, Cantinflas, Frida Kahlo y el Che. Dentro del patio delantero de la catedral: "Por tratarse del templo mayor de la ciudad no se permiten vendedores ambulantes". Los vendedores están todos afuera, junto a los que piden limosna. Dentro de la catedral, el cura bendice a personas y a objetos: rosarios, imágenes. Una señora fue al altar con un globo en la mano. ¿Iría a bendecirlo?

De una esquina sale una calle peatonal por donde pasa la gente. La multitud es tan grande que me dan ganas de quedarme un rato en un rincón para tomar fuerzas y afrontar de nuevo la calle. Me siento en el café "Vamos al grano" a comer algo; veo pasar a la gente. Las personas se sonríen aunque no se conozcan. Miro el piso y es un caleidoscopio, no hay un mosaico igual a otro: una baldosa de flores blancas sobre verde, otra al lado de flores rojas sobre amarillo, diversos diseños geométricos sobre azul y todo así. ¿Será el diseño del piso fiel a alguna decoración del tiempo de los aztecas, así como la Virgen de Guadalupe, la patrona de México, parece ser la continuadora de Tonantzin, diosa de la fertilidad? No hay uniformidad ni en el color de los taxis, ni en las baldosas del café ni en los objetos que se bendicen en la

Escaneado con CamScanner

catedral. No comprendo bien cómo son los mexicanos, me duele la pierna golpeada y tomo un taxi hasta el hotel, que está en un rincón escondido y es como un refugio.

Esa costumbre de matar

Octavio Paz, refiriéndose a su propio pueblo dice: "Matamos porque la vida nuestra y la del otro carece de significación". Un desgarrador poema en lengua náhuatl, lleno de interrogantes sobre los nuevos dioses traídos por los conquistadores, dice: "Nuestros dioses han muerto. ¿Hemos de morir nosotros también?". Una canción popular del siglo XVI dice: "Para dejar el pellejo, lo mismo hoy que mañana". Y un dicho popular de la misma época: "El pobre siempre hiede a muerto". Según Monsiváis, se hicieron sacrificios humanos en tiempo de los aztecas, y la crueldad siguió después en tiempo de los virreyes y, luego, de los presidentes. En 1968 hubo una gran matanza de estudiantes universitarios en Tlatelolco y también empleados universitarios fueron asesinados al confundírselos con agitadores. Incluso se ha dado muerte a personas por convertirse al protestantismo. Un asunto conmueve en estos días a México y a América Latina: cuarenta y tres maestros de la zona rural del distrito de Guerrero fueron muertos a mano de la policía, enviados a ella por la misma alcaldía. La policía los entregó a los narcotraficantes quienes hicieron desaparecer sus cuerpos. En un buen artículo sobre el tema en un diario de Guadalajara se lee, a propósito de la actitud del presidente Peña Nieto con relación al hecho: "Alquímico y visionario, el doctor Peña Nieto postula que estas desgracias son una extraordinaria oportunidad para que mejore el sistema". También habló el presidente de "mirar hacia delante" (digamos, que se olvide el hecho). Mucho más tarde y ya con efervescencia popular, seguramente aconsejado por sus asesores de imagen, envió un sentido homenaje a los familiares de las víctimas, pero en un primer momento se deslindó de toda responsabilidad y dijo que se trataba de un asunto de tipo municipal.

La televisión

Ya en el Distrito Federal, miro a un periodista que para decir ciertas verdades, o sea, para diferir en algo del discurso oficial, se instrumenta como un payaso. Lleva peluca verde larga y rulienta, nariz roja y cachetes blancos. Se mueve a grandes zancadas y dice a veces como en secreto algo sobre la matanza de maestros rurales o en relación con las incongruencias del presidente. Es muy escuchado, el mozo del café que lo está mirando me avisa: "Dice cosas que pocos dicen". ¿Y por qué tendrá que disfrazarse de payaso para comunicar? ¿Será por eso que comenta Monsiváis sobre la simulación de los mexicanos: esconderse bajo la máscara de payaso para ser inapresable?

Escaneado con CamScanner

Se llevaba a cabo en esos días la cumbre de presidentes latinoamericanos en Veracruz, con ausencia de Argentina, Brasil, Venezuela y Cuba. En ningún momento he escuchado comentar esas ausencias significativas, sólo se muestra al presidente diciendo discursos de apertura, recibiendo al rey de España y a Rajoy, el presidente español, muertos políticos en su país. En otro canal de televisión se trasmite que maestros del distrito de Guerrero amenazaron con obstaculizar las elecciones municipales por considerar que los gobernantes a elegir tienen vínculos con los narcotraficantes. Son quince municipios tomados y se constituyeron en gobierno del pueblo los que tomaron el poder. Y esta importante noticia no se analiza, no se comenta, es pasado como cualquier otro asunto. Pero miento al decir que no hubo ningún programa interesante. Los alumnos de las escuelas politécnicas tomaron sus colegios, unos veinte en total. Sentados en rueda alrededor de una gran mesa redonda, dirigían petitorios y preguntas al director general de las escuelas politécnicas, que estaba acompañado por un adlátere, aparentemente con función de consejero, ya que no hablaba con los jóvenes. Los chicos denunciaban diversas cosas: 1) que los directivos de los colegios eran corruptos; 2) que ejercían el nepotismo poniendo como personal de las escuelas a parientes no idóneos para los cargos; 3) que durante la ocupación de un colegio, una directora les cortó el agua; 4) que habían recibido amenazas de venganza por parte de las autoridades cuestionadas. Como los jóvenes condicionaban el cese de toma de los

colegios a ciertas medidas, como cursos de apoyo para recuperar el tiempo perdido, etc., surgió la pregunta: ¿pero a quién se los devolvemos, a los mismos directores corruptos, nepotistas y amenazantes? El director de las escuelas politécnicas dijo que pondría en cada colegio un veedor neutral. También exigieron que se investigue la muerte de una compañera que había trabajado con ellos en esa movida. El director general aceptaba gran parte de las demandas, pero pedía tiempo y los chicos querían respuestas prontas. Daba la impresión de que pedía tiempo para que algunas demandas se diluyan, por ejemplo, una planteada por varios chicos, de que salgan a la luz los nombres de los funcionarios corruptos o inep-tos. A ello se negó basándose en el derecho de defensa de los funcionarios afectados. El secreto, la precaución, la dilación, todo lo que el director general había aprendido a lo largo de su vida. Y esos jóvenes que, siempre con educación, hay que decirlo, iban pidiendo por sus derechos. A mi juicio, conspiraba contra la eficacia de los reclamos el hecho de que no fueran puntuales, pedía cada uno dos o tres cosas y eso daba lugar a que el director general aceptara unas demandas, postergara otras y desechara las de más allá. Preguntas frontales hubieran producido respuestas más directas, pero ya entramos en pautas culturales distintas, donde el discurso no es totalmente directo.

También pidieron para la entrega de los colegios la presencia de un abogado de derechos humanos. Ahí el director general se amparó en la dificultad de encontrar

Escaneado con CamScanner

un funcionario, si quiere venir, si está disponible, etc. Y yo pensé: "qué escena tan espantosa se hicieron estos chicos para querer la presencia de un abogado de derechos humanos en la devolución de un colegio tomado".

El mercado de artesanías

Bernal Díaz del Castillo, cronista de Indias, describe así a un mercado azteca en el siglo XVI:

> En la gran plaza del mercado hay mantas labradas de oro y plata, plumas, ropa de algodón, cuero de tigre, raíces, medicinas, piel de nutria, venado y gato montés, legumbres, gallinas, frutas, miel y golosinas. Tablas, cunas, bancos.

En fin, un barrio entero.

La plaza del mercado tenía un gran cuadrado con patios, como la biblioteca donde estoy leyendo y como el mercado que está pasando la plaza. La Biblioteca de México es una de las más grandes de la ciudad y tiene una sucesión de corredores y salas (de lectura, de reposo, de conciertos, etc.) que a simple vista parecen no existir, o sea, algo enorme e inadvertido. La biblioteca no tiene techo, está en gran parte a cielo abierto y está muy abierta a los patios laterales. ¿Será por el mismo motivo que no tenían techo algunas construcciones prehispánicas, para tomar contacto con el cielo? Hace un poco de frío en ella. Me abruma el tamaño de la biblioteca y me voy al mercado de artesanías. El mercado debe tener más de mil puestos. Hay bolsos, manteles, caminos de mesa, cuadros como de papel madera con dibujos de flores y pájaros de todos colores, otros cuadros donde se desarrollan escenas de la vida cotidiana, son como historias contadas en figuras, en pequeñas figuras, siguiendo la tradición del lenguaje pictográfico prehispánico. Hay de esos hermosos vestidos y blusas con el escote bordado, bolsos rojos, de un rojo sangre y miles de cosas más. Un vendedor me cuenta que en septiembre, el día del aniversario patrio, los varones que venden se visten de charro y las mujeres, de china poblana con trenzas y la pollera verde, roja y blanca. Por un momento me dan ganas de pertenecer a una patria cuya bandera tenga colores tan fuertes: verde loro, azul profundo, rojo sangre. Porque en Argentina el vestido de la paisanita criolla es celeste suave, y también son de ese color las camisetas de fútbol de los jugadores cuando representan al país.

En la feria está también La Catrina (la muerte) con su cara de calavera, su vestido de noche negro con bordados dorados, está muy elegante y lleva una estola de piel. Hay bolsos con la efigie de Frida Kahlo. Le pregunto algo a un vendedor y me dice "¡híjoles!". Es una interjección. En una columna, un adorno kitsch: es un retablo de la Virgen de Guadalupe que a su lado tiene un yelmo de armadura puesta debajo de una campana de vidrio,

Escaneado con CamScanner

junto a la armadura, caracoles. Hay pesebres de todos los tamaños y texturas. En otro puesto, sus dueños o encargados son indígenas, mientras una mujer cocina y otra a su lado cose, el padre le está revisando unas cuentas a una nena de unos ocho años, le toma las tablas. El padre le mira el deber y le dice:

–Está todo mal.

Y la nena esconde la cabeza entre las manos.

Me cansé de ver objetos y objetos, o me llevo todo o no llevo nada, eso de andar merodeando por los puestos me marea. Me voy a un café.

La Escuela de Antropología Social

La Escuela de Antropología Social queda a una hora de taxi desde mi hotel. El chofer me contó que en Navidad comen unos bollos hechos con chocolate, pasas y chile (pimiento), y me dice: "Esa costumbre viene de los antepasados". Me contó además, que los mexicanos en general cuando se deprimen no toman psicofármacos, toman alcohol.

Llegamos a la Facultad: edificio cuadrado y extendido a lo ancho; en la calle, puestos de comida: verduras cocidas, sopas, frijoles, tortillas de maíz, dulces.

Junto al hall de entrada, un recordatorio: cuarenta y tres asientos de aula, de esos con mesita integrada a la

silla, cada uno vacío y con un gran retrato de un maestro muerto en Guerrero. Arriba un cartel con un letrero:

Ni terroristas ni delincuentes
todos somos AYOTZINAPA

Y debajo otro gran cartel:

Nos faltan todos

Dentro del edificio, un volante en la pared:

¿Dónde está Paulino Martínez?
A cien años de su desaparición

Era un periodista. El cartel anuncia además un funeral sin cuerpo, performance, música y poemas por Paulino Martínez muerto hace cien años.

Yo quería tomar un café y tuve que bajar un piso, medio renga. Allí había un muchachito de cara inteligente, pero café no había; era arriba, le dije si por favor no me traía un café y volando me lo trajo a las mesitas de abajo. Me puse a charlar con él, estudia Antropología y se llama Uziel, me dice que su familia es devota y su nombre, bíblico. Tiene una nena de cuatro años, de nombre Lilita. "Se llama como la primera mujer de Adán", me dice. Hablamos de los estudiantes desaparecidos y dice:

–La democracia acá es una pseudodemocracia, los organismos de derechos humanos hacen declaraciones pero

Escaneado con CamScanner

no tienen ningún poder en la práctica; algunos teóricos hablan de colonialismo interno; acá no se reconoce al indígena como igual. Hay palabras despectivas en relación a los pobres. Macuarro que quiere decir "albañil", es un insulto –y agrega–: El fenómeno de los narcos no es un hecho aislado, tiene que ver con el terrorismo de estado. Esta Facultad está muy politizada y en las asambleas se debaten dos líneas de acción, la de la vía pacífica y la de ir por la fuerza. Yo creo que deberíamos pensar más, trabajar más los problemas antes de manifestarnos para que todo no se convierta en mera efervescencia.

Ubicado, inteligente y padre, todo en el cuerpo de un adolescente de diecisiete años, aunque dijo tener veinticinco.

Subo después lentamente al patio central y pasa un señor con cara de profesor español; efectivamente lo era, pero era chileno, exiliado con la destitución de Pinochet. Estaba absolutamente mexicanizado, pasaban las alumnas por el patio, lo saludaban calurosamente y él les decía "ándale" y "órale". Pasan por lo menos diez alumnos y cada uno es un acontecimiento festivo. Le muestro una carta de la editorial que me autoriza a entrevistar personas, a ver si por lo menos me lleva a una habitación más tranquila y sombría pero no, se ve que le gusta sentarse en el cantero. A mí me da el sol de frente, con una mano me cubro la cabeza, con la otra, anoto. No parece hacerle ningún efecto la nota de autorización y comienzo a preguntarle sin entusiasmo

si es cierto lo del disimulo de los mexicanos, lo que cuenta Monsiváis. Dice: "En la zona central del país, opinar en contra de una autoridad le costaba el cuello a la gente; la cortesía mexicana es un poco exagerada, se vincula con la tradición cortesana de sumisión". Como no logré sacarle mucho a ese profesor, porque cuando yo preguntaba por alguna particularidad que me hubiera llamado la atención me contestaba "como en todos lados", le pregunté en cambio qué le llamó la atención cuando llegó y me dijo:

–Me llamaban la atención los colores de la ropa, que eso les viene de antes, de la época prehispánica. Recuerde que las pirámides de Teotihuacan estaban pintadas de rojo, verde, amarillo, colores fuertes. Acá no hay moda, cada uno se viste como quiere, no es como en Argentina o Chile –y añade–: También me llamó la atención que el que invitaba a su casa decía: "Nos vamos a juntar en tu casa" (que es como decir "mi casa es suya"). Acá había muchos psicoanalistas argentinos que yo los llamaba "graduados en aerolíneas", porque no habían seguido ninguna carrera y ejercían.

Le comento que esa es una universidad muy politizada y me dice:

–Sí, acá alojamos a los de Chiapas cuando vienen al Distrito Federal.

Aproveché que una alumna quería agasajarlo y me fui.

Escaneado con CamScanner

Un antropólogo rural

Estoy en una oficinita de la Facultad y la empleada me indica un hombre para entrevistar. Es muy moreno, de ojos negros, lleva un sombrero de alas chicas, evidentemente es un hombre mayor, pero en la cara no hay muestras de la edad, su piel casi negra es lisa y compacta como la de una fruta madura. La empleada me dice:

–Él es antropólogo rural.

Se llama Isidro Sosa y me dice: "Me gusta mi nombre porque es corto". Me parece que no está dispuesto a contestar preguntas, tiene ganas de entrevistarme a mí, sonríe también con sus ojos, me dice alguna generalidad como para salir del paso y sus ojos riendo son lo más pícaro de este mundo. Me imagino que piensa: "Vamos a ver cómo se enreda esta gringa que vino de tan lejos para entrevistarme". Me hace contar cosas de mis viajes anteriores, y se ríe de todo. Y yo pienso que su risa es una manera de contestar como cualquier otra.

Para volver al hotel empleo dos colectivos, un subte, un taxi corto y camino cuatro cuadras. En el micro estoy sentada en el asiento trasero entre dos personas que comen algo de un tupper; el muchacho que está a mi derecha come ensalada, es psicólogo social, la señora del otro lado, una pasta blanca. Yo compré caramelos de fruta y los convido: es el postre. La señora me ve extranjera y renga y me dice:

–Yo la voy a acompañar en el metro.

Que no, que sí, me guio hasta el subte. Cuando ya andábamos le pregunté:

–¿Falta mucho?

–No, dijo, sólo ocho estaciones.

"Ah, bueno", pensé. Me bajé en el Zócalo que ya sabía cómo debía negociar el precio del taxi con el taximetrero.

Me bajé en el comienzo de la calle Antonio Caso y no podía creer que debía caminar cuatro cuadras hasta el 83, aunque ya las había caminado. Mientras andaba vi gente comiendo en la vereda, algunos con aspecto de empleados sentados bajo un toldo, con sillas muy formales. Era como una sala, pero afuera.

Volviendo a la feria

Ya casi a punto de volverme, me acuerdo de la feria de Guadalajara. En general, cuando las ferias son grandes, la actividad de sus integrantes se desarrolla entre el hotel y el predio ferial, ida y vuelta de uno a otro, una o dos veces por día. Si queda algo de tiempo, a eso se lo llama escaparse. ¿Para qué? Para ir a ver cómo es la ciudad o a algún ámbito respirable fuera de la feria, donde uno se siente junto a una ventana y mire pasar a la gente, donde haya un adentro y un afuera, porque la feria no tiene adentro y afuera, es un mundo cerrado en sí mismo, en todos los sentidos: el baño queda en Marte pero adentro, con la gente uno no se encuentra se tropieza

Escaneado con CamScanner

sin querer. En el caso del hotel de Guadalajara, siendo tan extendido y como las habitaciones estaban tan lejos de la recepción, también era un mundo en sí mismo, allí también los escritores, periodistas, editores, cuando se cruzaban se decían alguna palabra de reconocimiento, se saludaban al pasar, como las hormigas, que apenas se detienen cuando viene una en sentido inverso. Si la persona (escritor o escritora) no era santo de nuestra devoción, hacíamos un rodeo considerable para no saludar, o para que si nos ve y nos saluda, sea de lejos. En el saludo y con el mismo cuerpo uno va indicando que se está yendo muy apurado. En esos espacios tan abiertos como los del hotel y tan cerrados como los de la feria y tan multitudinarios los dos, los encuentros, las citas, los desencuentros se procesan de manera distinta a la habitual. Si se hace una cita y alguien no vino, o se perdió, parece natural: cerca hay una mesa donde hay varios charlando, uno va ahí y lo mismo da Pedro que Diego. Y además no todo es feria literaria, había gente que llamaba tres veces por día a Buenos Aires por algo que se le perdió allá, es una feria de deseos, posibilidades y contingencias. Una editora me dijo que allí no podía dormir y que vivía permanentemente cansada; un periodista se fue a recorrer la ciudad en colectivo y estaba encantado porque se había comprado una camisa y un pantalón baratos; otra se pasaba el tiempo libre tratando de cambiar unos dólares mojados o deteriorados que la madre de su novio había guardado debajo de una maceta. Otra escritora venía con un paquete enorme y pesado y le digo:

–¿Qué llevas allí?

–Esta máscara para regalarle a mi hermana.

Era la efigie de un dios maligno, pesaba como veinte kilogramos. ¿Dónde la pondría su hermana? Otra escritora vino furiosa unas siete horas después que los demás: la habían detenido en el aeropuerto del Distrito Federal porque le encontraron un paquete de yerba mate. Hay por lo menos un vuelo diario de Buenos Aires al Distrito. ¿Se necesitan seis horas para mirar si la yerba es droga? En fin.

Me acordé también de mis ángeles guardianes, a ellos les regalé tres libros pesadísimos, antologías de cuentos que me regalaron en la feria, porque si de algo estoy segura, es de que yo no cargo, más bien descargo.

Aeropuerto

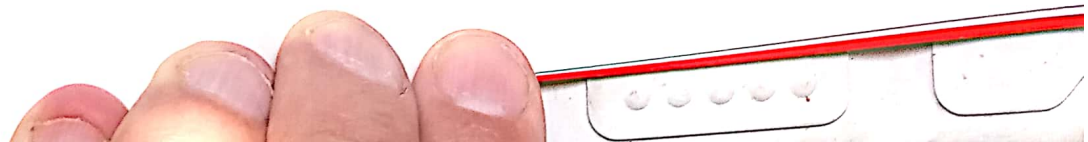
Si la feria de Guadalajara es monumental y el predio del hotel también, el aeropuerto de Ciudad de México no quiere ser menos. Todos los empleados llevan gorro de papá Noel, a mí me tocó como revisor un muchacho malhumorado con cara de "apártense de mí"; se reacomodaba el gorro que se le caía y se iba poniendo más furioso. Al pasar por la aduana me sacaron un frasquito de tequila diminuto, porque infligía no sé qué ley. Y ya no miré más nada para comprar porque tenía una pata en Buenos Aires; la pata se asentó cuando se me acercó una crítica literaria que yo conocía de nombre y tomaba

Escaneado con CamScanner

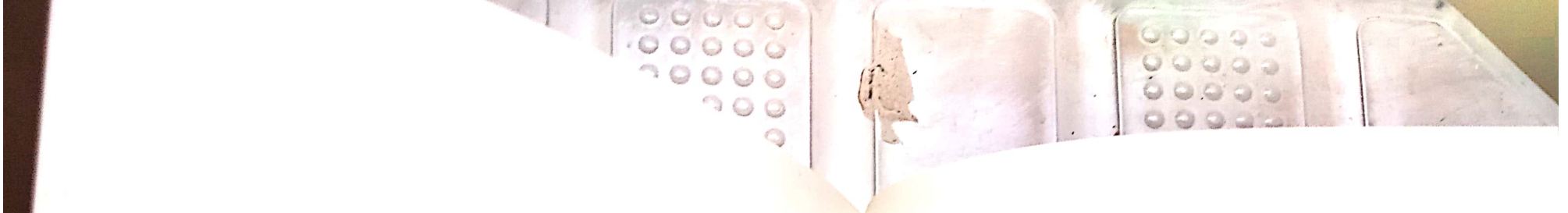
el mismo avión. Era como si estuviéramos de vuelta en Guadalajara. La perdí cuando embarqué (también las relaciones de aeropuerto son como las de hotel y feria, las personas se pierden en la manga que lleva al avión, si se encuentran en él, bien, y si no, Dios dirá). A mí me vino bien perderla porque no quería aterrizar ya en Buenos Aires, me venían recuerdos sueltos, por ejemplo las ardillas ladronas del parque de Chapultepec que les robaban a los puesteros los chocolates con picante y los letreros de los kioscos: "Dulce de tamarindo natural con sal y chile" (pimiento). Y un líquido: "Sangría señorial". Me acordé de la guía del Museo de Antropología, vieja y absolutamente renga, haciendo un gran recorrido, bajando y subiendo constantemente las escaleras. "Estoy acostumbrada", dijo. Era muy beata y no se detenía ante las representaciones fálicas porque su religión se lo prohibiría y decía cosas tales como: "La conjunción de varios planetas hizo posible el nacimiento del hijo de Dios". Y el museo en sí era tan imponente que desafiaba la ignorancia o la inteligencia de cualquier guía. Me acordé de una señora que limpiaba en el hotel, que dijo de mis sandalias:

–Qué cómodos deben ser esos huaraches.

Pero ya no recordé más, a mi altura, en la fila de asientos de al lado, estaba María Teresa Andruetto, escritora cordobesa a quien conozco, y se pasó a mi lado para charlar. Hablamos de su casa de Villa Allende, donde yo fui, y ahí tiene un burro y unas ovejas. Y ya estábamos en otro lugar, en la Argentina.



Escaneado con CamScanner



Índice

Volviendo a Bariloche 7
Azul 37
Los Toldos 53
General Villegas 73
Año Nuevo en Almagro 89
La buena educación 93
San Juan de Vera de las Siete Corrientes 97
Corrientes tiene payé 121
Tucumán 127
De vuelta en Asunción 171
Vamos a México 215

Escaneado con CamScanner

Esta edición se terminó de imprimir en Artes Gráficas del Sur,
Alte. Solier 2450, Sarandí, Provincia de Buenos Aires,
en el mes de febrero de 2017.

Escaneado con CamScanner